



COLOMBIA CUENTA

Colombia

OCTAVO
CONCURSO
NACIONAL
DE CUENTO

HOMENAJE A
ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

RCN

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
NACIONAL

CUENTOS
GANADORES
2014

cuenta



OCTAVO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

28 215 participantes

estudiantes hasta
séptimo grado **9 069**

13 850 estudiantes de octavo
a undécimo grado

estudiantes
universitarios **3 407**

1 889 docentes

mujeres (escritoras) **16 408**

hombres (escritores) **11 807**

32

departamentos

municipios

860

4505

instituciones
educativas

instituciones de
educación superior

287

290

evaluadores

jurados

5

35

ganadores

1 CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



ALICIA ACOSTA
BENÍTEZ
BOGOTÁ 29



HARID DAYANA
BUENO OSUNA
VALLEDUPAR 35



GABRIELA
GRANJA SOLÍS
CALI 41



SANTIAGO
CASTAÑO RAMÍREZ
SALENTO 49



JUANITA PARRA
ACOSTA
MEDELLÍN 55

2 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO



JULIÁN FRANCISCO
GONZÁLEZ ACUÑA
BOGOTÁ 87



DELIA ISABEL
MONTIEL RODRÍGUEZ
MONTELIBANO 91



DAYANNA FERNANDA
PIÑEROS MONTOYA
BARRANCABERMEJA 97



FRANCY JULIET
SERNA ALZATE
RIONEGRO 103



MANUELA
HERRERA ARANGO
MEDELLÍN 109

3 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



MARÍA ALEJANDRA
RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
CÚCUTA 149



JORGE ELIÉCER
SALAZAR VERGARA
BARRANQUILLA 155



JAIRO HERNÁN
BELTRÁN ROMERO
IBAGUÉ 159



LAILA ALEJANDRA
CARVAJAL PALACIOS
FLORIDABLANCA 165



LUISA FERNANDA
OCHOA CARDONA
MEDELLÍN 169

4 CATEGORÍA DOCENTES



LEONARDO
RAÚL BRITO
FLORIDABLANCA 209



FREDDY ALBERTO
GIRALDO
BARRANCABERMEJA 215



HELMER HERNÁNDEZ
ROSALES
POPAYÁN 221



ORLANDO MARÍN
HERRERA
BOGOTÁ 227



MARTHA PATRICIA
AREVALO PEÑA
BOGOTÁ 233

GANADORES 2014



DIEGO ARMANDO
VELASCO
JAMUNDÍ 61



STEFFANY SAENZ
ARCIA
SAHAGÚN 65



EINER JHOAN
CABRERA SANTACRUZ
PUERTO GUZMÁN 71



JUAN PABLO
ROSERO BRICEÑO
BOGOTÁ 75



LAURA BERENA
ROBLES MARTÍNEZ
MEDELLÍN 81



ELIZABETH MARÍN
CASTELLANOS
ENVIADO 115



SHAKÉN MAZAYA
MORENO FAJARDO
VALLEDUPAR 121



KELLY JOHANA
MENDEZ CARRANZA
BOGOTÁ 127



RUBÉN FELIPE
RIVERA OTERO
BUCARAMANGA 135



MARÍA JOSÉ
PLATA FLOREZ
BOGOTÁ 141



JOSÉ INOCENCIO
BECERRA LAGOS
DUITAMA 175



SANTIAGO BLANDÓN
ESCOBAR
CALI 181



JHANS ESPITIA
BOGOTÁ 187



JORGE ALEJANDRO
ARBELÁEZ HENAO
SAN VICENTE FERRER 193



JUAN FELIPE
FORERO PULIDO
BOGOTÁ 199

GINA PARODY D'ECHEONA Ministra de Educación Nacional
PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA Gestora

COMITÉ TÉCNICO

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

LUIS E. GARCÍA DE BRIGARD Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media
LAURA BARRAGÁN MONTAÑA Directora de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media
SONIA VALLEJO RODRÍGUEZ Subdirectora de Fomento de Competencias
Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media
ILBA JANNETH CÁRDENAS FONSECA Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones
Ministerio de Educación Nacional
NATHALY SOLANO HOYOS Coordinadora Competencias Comunicativas
Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media
JOHANSSON CRUZ LOPERA Concurso Nacional de Cuento
Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media

RCN RADIO Y TELEVISIÓN

ANA MARÍA GUERRERO Gerente Responsabilidad Social, OAL
CONSTANZA ESCOBAR Asesora para Educación, OAL
ALBA LUCÍA PAVA Gerente de Mercadeo Social, RCN Radio

CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ Dirección editorial
CONSTANZA PADILLA RAMOS Edición
ROCÍO DUQUE SANTOS Dirección de arte
CAMILA CESARINO COSTA Diseño de carátula y páginas interiores
BETUEL BONILLA Corrección de textos
AMALIA LOW Ilustraciones de la Categoría 1
JOHN JOVEN Ilustraciones de la Categoría 2
CARLOS RIAÑO Ilustraciones de la Categoría 3
JORGE LEWIS Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-773-454-6

IMPRESIÓN: Editorial Delfin Ltda.

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento>
<http://www.canalrcnmsn.com>
<http://www.rcnradio.com>

Ocho años del Concurso Nacional de Cuento	RCN – MINISTERIO DE EDUCACIÓN	11
Estimados lectores	GINA PARODY D´ECHEONA	15
La música de las palabras	FERNANDO MOLINA SOTO - GABRIEL REYES COPELLO	19
Una casa grande	CÉSAR CAMILO RAMÍREZ	23

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 26	1	Los adioses	29
		La chapa de mi abuela	35
		Infierno personal	41
		Esguerra	49
		A través de la ventana	55
		Faustino Castillo	61
		Lluvia de ranas en Puerto Azul	65
		Ni de pelo largo, ni de pelo corto	71
		Un largo camino a casa	75
		Zara, la zanahoriactriz	81

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO p. 84	2	El psiquiatra	87
		Amor en silencio	91
		24 horas	97
		Amor ilegal	103
		Alas de papel	109
		Cincuenta	115
		El abrazo del destino	121
		El fantasma de su sonrisa	127
		El escaramujo blanco	135
		Sonidos que no desean ser escuchados	141

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 146	3	Alba	149
		Tránsito de muerte	155
		Anatomía de un amante	159
		Estado civil: viuda	165
		La cobija blanca	169
		Miércoles	175
		Fiestas municipales	181
		Polvo (<i>Ghostwriter</i>)	187
		¿Qué tal tu noche, amorcito?	193
		Todos mis amigos están muertos	199

CATEGORÍA DOCENTES p. 206	4	Los pétalos, amarillos; el polen, rojo	209
		Cuesta abajo	215
		Diálogo de ciegos	221
		La muerte me rasguñó	227
		Te hago regresar o me voy contigo	233

Acta del jurado		238
OCTAVO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL		



Ocho años del Concurso Nacional de Cuento

RCN – MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Para Gabriel García Márquez, 2007 fue un año de celebración. Él cumplió, en ese entonces, ochenta años de edad y además se conmemoraron cuarenta años de la publicación de su novela más representativa, *Cien años de soledad*, y veinticinco de haber recibido el Premio Nobel de Literatura. En ese escenario y con la intención de rendirle un homenaje al escritor, nació el Concurso Nacional de Cuento RCN – Ministerio de Educación Nacional (CNC) que contó, además, con la presencia de Gabo entre los jurados de la primera versión.

Treinta y dos mil estudiantes participaron en esa primera convocatoria. Una cifra significativa que se aprovechó para diseñar un proyecto cuyo objetivo fue fortalecer la escritura creativa en los estudiantes colombianos y reconocer su talento literario.

En 2014 se cumplió la octava edición del concurso. Desde aquella primera versión hasta hoy, el CNC ha tenido una constante

evaluación para consolidarse y mejorar: en 2009 se creó la categoría de docentes y directivos docentes, que vino a sumarse a las tres que ya existían: estudiantes hasta séptimo grado, estudiantes de octavo a undécimo grado y estudiantes universitarios. Cada año se publican los cuentos ganadores en el libro *Colombia cuenta*, gracias al apoyo de la Fundación SM, que se distribuye gratuitamente en bibliotecas públicas, instituciones educativas y ferias y fiestas del libro en todo el país; hasta el momento se han distribuido 83 000 ejemplares.

La participación en el CNC es netamente virtual, la inscripción y evaluación de cada uno de los cuentos se realiza a través de un micrositio alojado en el portal educativo del Ministerio de Educación: Colombia Aprende (www.colombiaprende.edu.co/concursodecuento). Sin duda, este ha sido un reto interesante para el CNC, pues no solo debe superar las dificultades de conectividad propias del territorio nacional, sino también diseñar contenidos que sean aprovechados por la comunidad educativa de cada una de las regiones del país. Hasta la fecha se han recibido más de 249 000 cuentos, desde más de 900 municipios.

Adicionalmente, todo el proceso ha estado acompañado, desde el inicio, de un componente de formación dirigido a estudiantes y docentes, lo que ha impactado a más de 33 000 personas en todas las regiones del territorio nacional. ■





Estimados lectores

GINA PARODY D'ECHEONA

Ministra de Educación

Un libro de cuentos encierra un abanico de temas, colores, sabores, olores. Un libro de cuentos escrito por varios autores de distintas regiones contiene, además, una vasija de sorpresas, una caja de pandora que agita el mundo en el que vivimos. Y este libro de cuentos, en particular, es la confirmación, una vez más, del talento literario de los colombianos.

Estos autores «recogen el sentir literario de un país que se cuenta a sí mismo a través del talento. Todos ellos son promesas literarias y esperamos verlos muy pronto como autores reconocidos de las letras colombianas»; así lo resumía el escritor colombiano, Jorge Franco, en el prólogo de la primera edición, en 2007. Nada más actual que aquellas palabras.

En esta octava edición de *Colombia cuenta*, que corresponde a los relatos ganadores del Concurso Nacional de Cuento (CNC) del año 2014, se sienten la fuerza, el talento y la disciplina que exige la literatura: bien logrados, con finales contundentes, con imágenes memorables y personajes bien contruidos. La lectura de estos cuentos será no solo agradable para el lector, sino también una experiencia que lo hará reflexionar sobre diversos temas del país y de la existencia misma.

Edición tras edición el CNC ha logrado ser la plataforma para conocer estas nuevas historias que dibujan la realidad de nuestro país; una realidad escrita desde todas las regiones, que nos muestra lo agrestes que pueden ser algunos días, pero también nos permite ver aquellos que nos llenan de esperanza, limpios, que nos motivan a construir un mejor lugar para vivir, una nueva Colombia.

Cuando abrimos las páginas de este libro encontramos claras referencias a la obra de Gabriel García Márquez —influencia ineludible en estas nuevas generaciones—; así mismo, es notoria la necesidad de crear mundos mágicos donde todo es posible o de narrar esos amores contrariados que marcan en la juventud; sin duda, el conflicto armado que ha vivido el país es una tendencia temática para los concursantes, lo interesante es que siempre prima una visión positiva para la solución del conflicto; y los docentes, comprometidos con su labor, tratan de dejar un enseñanza en sus textos.

Podemos hablar de una generación de escritores que han crecido y se han formado alrededor del CNC, muchos de ellos como ganadores, otros como finalistas y algunos como participantes. Una generación que ya tiene una obra publicada, que ha sido premiada en importantes concursos literarios nacionales e internacionales y que comienza a dar cuenta de los cambios que estamos viviendo. Una generación que hablará de la Paz.

Entendemos el CNC como un proyecto dinamizador para poner en la agenda del país la importancia de la lectura y la escritura en nuestros estudiantes; lo acompañamos, además, con un componente de formación que, pasados ocho años, ha dejado una huella importante: al 89% de los estudiantes que participan en los talleres del CNC les gusta leer más que antes; al 78% les interesa escribir más y el 86% de los docentes que participan en los talleres entienden la lectura como un acto de placer y gusto¹.

¹ Resultados de la evaluación de impacto realizada por la Fundación E-Valuar, 2013.

Si bien las estadísticas del CNC son contundentes y demuestran el impacto alcanzado durante estos ocho años, más importantes son los procesos que se generan alrededor de este para lograr que la lectura y la escritura se conviertan en un camino que haga de Colombia la nación más educada de la región y consolidar nuestro sueño, que no es otro que tener educación con calidad y equidad para todos los niños y jóvenes; la educación es la herramienta más poderosa para igualarnos como sociedad.

¡Lo vamos a lograr! ■





La música de las palabras

FERNANDO MOLINA SOTO

Presidente RCN Radio

GABRIEL REYES COPELLO

Presidente RCN Televisión

Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro

EMILY DICKINSON

En diciembre de 2014, el Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación Nacional concluyó su octava edición con la premiación de los 35 mejores cuentos, seleccionados de entre más de veintiocho mil registrados, provenientes de 860 municipios de Colombia.

El entusiasmo con el que han participado niños y niñas, jóvenes y docentes de Colombia, la formidable respuesta a nuestra convocatoria y el ánimo con el que profesores y directivos de las instituciones educativas de los más diversos rincones acogieron esta versión del Concurso son para nosotros motivos de gran orgullo y satisfacción.

Motivados por el interés de promover la escritura creativa y el disfrute de la lectura, en 2007 iniciamos, de la mano del Ministerio de Educación, un largo recorrido en el que hemos contado con numerosos compañeros de viaje. Desde nuestro puerto de embarque, el HAY Festival nos ofreció un espacio de proyección, regocijo e intercambio para nuestros ganadores. Han sido, además, los invita-

dos al HAY Festival de Cartagena —escritores mundialmente reconocidos— los jurados encargados de evaluar a los últimos cien finalistas de cada versión del Concurso y seleccionar a los ganadores.

A lo largo del camino, los funcionarios del Ministerio de Educación han demostrado gran compromiso y dedicación. Año tras año han perfeccionado las herramientas de la convocatoria a través del Portal Colombia Aprende y han agregado nuevos recursos pedagógicos para promover y fortalecer las capacidades de maestros y directivos docentes en materia de escritura creativa. Durante la octava versión del Concurso, más de 800 profesores y cerca de 1800 estudiantes hicieron parte de los talleres ofrecidos en diferentes regiones del país por el Ministerio, con el apoyo de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN.

Esta última institución ha sido también un fabuloso compañero en esta travesía. Gracias a su apoyo, estudiantes de los últimos semestres de pregrado y posgrado, así como docentes universitarios, se han vinculado a la lectura de los cuentos participantes. Gracias a su trabajo cuidadoso, quienes superan las primeras etapas del proceso de evaluación han recibido una valiosa retroalimentación sobre sus textos y cuentan así con elementos que les permitirán enriquecer su talento.

Al final de cada etapa del trayecto, la Fundación SM nos ha brindado su respaldo a través de la publicación de las ediciones de *Colombia cuenta*, el maravilloso libro que recoge el esfuerzo, la perseverancia y la inspiración de los 35 ganadores de nuestro Concurso.

Con un especial reconocimiento por nuestros aliados y compañeros de excursión y una gran admiración por quienes, como diría Truman Capote, han encontrado «placer en la música que hacen las palabras», presentamos este ejemplar de *Colombia cuenta*.

Ocho años y más de doscientos cuarenta y cinco mil cuentos participantes después, nuestro compromiso de promover la escritura creativa se mantiene, esperando contribuir de esta manera a la excelencia de la calidad educativa. ■





Una casa grande

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ

Director editorial SM

Desde su creación, en el año 2007, el Concurso Nacional de Cuento busca propiciar el desarrollo de las competencias lectoras y fomentar la producción de textos literarios a nivel escolar en todos los rincones del país. A partir de la primera versión de esta iniciativa del Ministerio de Educación y el canal RCN, la Fundación SM se sumó al proyecto aportando la edición, ilustración e impresión de los cuentos premiados por el concurso, al hilo con su vocación institucional de contribuir al desarrollo socioeducativo de nuestro país ofreciendo más y mejores oportunidades de crecimiento a los más jóvenes.

En cada edición del concurso se rinde homenaje a un escritor relevante en la literatura colombiana; así han pasado Gabriel García Márquez (2007), Tomás Carrasquilla (2008), Germán Espinosa (2009), José Eustaquio Palacios (2010), Manuel Mejía Vallejo (2011), Rafael Pombo (2012) y, finalmente, Andrés Caicedo, en 2013. En esta ocasión el Concurso Nacional de Cuento celebra a Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972), el legendario personaje del Grupo de Barranquilla que aunque falleció a muy temprana edad

dejó para la posteridad una obra literaria muy singular compuesta por una novela, *La casa grande*, y dos libros de cuentos, *Todos estábamos a la espera* y *Los cuentos de Juana*.

En su conjunto, la obra de Cepeda está definida por un estilo personal tan propio como su misma biografía. Caribeño impetuoso y de legendaria vitalidad, Cepeda empezó a los 17 años su carrera de periodista y posteriormente marchó a Estados Unidos en donde adelantó estudios de Literatura. Allí conoció a los principales escritores norteamericanos de la época, como William Saroyan, quienes influirían notablemente en su obra. Tenía 28 años cuando publicó el libro de cuentos *Todos estábamos a la espera*, que tuvo buena acogida en la crítica y dio a conocer su nombre en los círculos literarios y culturales colombianos.

En 1962 Cepeda publicó su novela, *La casa grande*, una singular metáfora sobre la Violencia, construida a partir de la masacre de las bananeras ocurrida en Ciénaga en 1928. Cepeda supo de la infame matanza de cientos de trabajadores de la United Fruit, a través de los testimonios escuchados durante su infancia en aquella población, y en su novela logró recrear literariamente este triste episodio empleando técnicas narrativas, experimentales en ese momento, como la no linealidad de los capítulos y la mezcla de narraciones desde diferentes puntos de vista, diálogos, documentos y recuerdos, entre otras.

Han transcurrido más de 50 años desde la publicación de *La casa grande* y nuestro país aún sigue en busca del camino hacia la paz, esta vez con pasos que parecen muy firmes. Qué mejor homenaje para Cepeda Samudio que esta edición que recoge los cuentos ganadores de la octava versión del Concurso Nacional de Cuento. Quizás en la imaginación del autor de *Hoy decidí vestirme de payaso* sí hubiera cabido la posibilidad de concebir esta gran

casa colombiana que a todos nos sorprende año tras año, en la que más de 30 000 niños y niñas de todos los municipios dan forma a sus ilusiones, fantasías y temores a través de cuentos originales. En esta magnífica muestra de la diversidad se expresa nuestra esencia como colombianos. ■



CATEGORÍA



BOGOTÁ
ALICIA ACOSTA BENÍTEZ
Los adioses
29



VALLEDUPAR
HARID DAYANA BUENO OSUNA
La chapa de mi abuela
35



CALI
GABRIELA GRANJA SOLÍS
Infierno personal
41



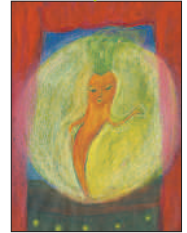
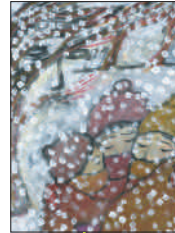
SALENTO
SANTIAGO CASTAÑO RAMÍREZ
Esguerra
49

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

JAMUNDÍ
DIEGO ARMANDO
VELASCO
Faustino Castillo
61

SAHAGÚN
STEFFANY SÁENZ ARCIA
Lluvia de ranas
en Puerto Azul
65

MEDELLÍN
LAURA BERENA ROBLES MARTÍNEZ
Zara, la zanahoriactriz
81



MEDELLÍN
JUANITA PARRA ACOSTA
A través de la ventana
55

BOGOTÁ
JUAN PABLO
ROSETO BRICEÑO
Un largo camino a casa
75

PUERTO GUZMÁN
EINER JHOAN CABRERA
SANTACRUZ
Ni de pelo largo,
ni de pelo corto
71



Los adioses



ALICIA ACOSTA BENÍTEZ
BOGOTÁ

No es necesario que me detenga en detalles banales e insignificantes para definirme. Lo único que soy, lo soy a través del arte, y mi existencia no se remonta fuera de sus límites. Aquel pequeño y grisáceo mundo que habitaba cobró vida desde el momento en el que los libros comenzaron a teñirlo con el color

que destilaban sus fantásticos relatos. Una hoja y un lápiz es todo lo que se requiere para darle vida a una monótona realidad.

Grado séptimo
Colegio Anglo Americano,
Bogotá

Los adioses

ALICIA ACOSTA BENÍTEZ

Mi esperanza fue arrancada al mismo tiempo que la última hoja del otoño. Sonó de nuevo la molesta campanilla que anunciaba el adiós que precedía a las vacaciones escolares. Comenzó a llover, y aunque sentía miedo ante tu inminente partida, me alegré de que esta despedida estuviera acompañada de la lluvia. Traté de memorizarte para todos los días que se avecinaban y en los que solo tendría esa borrosa imagen para intentar llenar los huecos que habrías de dejar en mi interior.

Volvió a chillar la condenada campana y el pitido lejano del autobús avisó que era hora de partir. ¡Maldito tiempo que apremiaba, maldito el mundo que ahora me alejaba de ti! El aire se impregnó de nostalgia y te abracé con fuerza, sin importar cuánto lo negara. Lo necesitaba tanto como tú. Nunca había dado un paso tan difícil en mi vida; ninguno me costó tanto como el que di para separarme de ti. Me alejé temblando descontroladamente, sin la mitad de mi alma, que se había quedado contigo en medio de aquel abrazo.

Estábamos al mismo tiempo en medio de todo y de nada, vagábamos perdidas en aquel mundo en el que nuestra amistad florecía simultáneamente con la primavera. En esa época del año, los capullos adormilados se despertaban perezosamente de su tierno letargo. Al fondo se escuchaban las habladurías inútiles del profesor cuando nuestra conversación alcanzaba un punto más allá del no

retorno. *Sherlock* se llamaba esa serie de la cual estábamos hablando y que se había vuelto un medio de acercarnos más. Dije que te parecías a John, que por fuera se mostraba fuerte y alegre, pero libraba en su interior una batalla de la que no podía escapar. A lo que replicaste, divertida, que me asemejaba a Sherlock, apoyando siempre a John desde que le había ayudado a dejar atrás el bastón. Desde ese momento empezamos a llamarnos por esos nombres. Jugábamos con nuestras identidades dobles todas las noches, cuando chateábamos sin falta entre las nueve y las once. Dejabas de ser Violeta para convertirte en mi fiel e incondicional amigo, y yo en tu magnífico genio. Así comenzó el mayor esplendor de nuestro tiempo juntas.

Suena en mi cabeza *Your Song*, de Elton John, esa canción que empezó a ser algo así como el himno secreto de nuestra amistad. Aquella melodía crecía en el vacío, cuando nuestros violines y nuestros seres convergían, fusionándose en uno, creando una armonía sublime y absoluta. Las notas seguían suspendidas en el aire luego de haber levantado los arcos y parado de rasgar las sollozantes cuerdas. Solo entonces logré comprender en su totalidad el inocente alcance de mi cariño y el significado que tenías en mi vida. Con una sonrisa pronuncié las siguientes palabras: «Sin ti solo soy un Holmes sin su Watson, una luna fría desprovista de sol que la caliente, la oscuridad sin ninguna luz que le dé un final. Solo te pido que no te vayas, que nunca te alejes de mí». Mirándome intensamente a los ojos, con una expresión de agradecimiento y sosteniendo mi pálida mano, respondiste: «No me voy, estoy aquí contigo». No pudiste cumplir esa promesa.

La tristeza llegó con el invierno. Traté de abrir los ojos, pero mis párpados se sintieron tan pesados que abandoné todo intento al instante. No me quedó más opción que seguir maltratando mi

cordura mientras el frío arañaba mi alma y me tentaba a sucumbir ante los placeres de la inconciencia. Cada noche, así como antes, solía esperar frente al computador a la hora de siempre y tu irremediable ausencia apagaba paulatinamente la esperanza de que volvieras.

El verano vino trayéndome una nueva vida. Sostuve en mis manos la carta que nunca quise entregarte, pues estaba decidida a dejarte ir. Saqué el encendedor, contemplé la llama azulada y pensé que nuestra amistad había sido igual a las estaciones cíclicas y eternas. A veces viva y ardiente, otras cruda e insensible, quizá tierna como la primavera o melancólica como el otoño. Antes de proseguir con mi descabellada tarea, miré por última vez ese escrito en el que se leía:

«Solo quiero olvidarte, dejarte olvidarme, prefiero padecer una sombría amnesia a someterme al dolor incesante de mi fatigado corazón. Evocarte me trae nostálgicos y malgastados recuerdos que pueblan de ausencias mi alma solitaria. El cielo despejado me hace sentir que no me encuentro en la realidad, pues es todo lo opuesto a la guerra que se libra agitadamente en lo más profundo de mi ser. Los adioses vienen y van destruyendo amores y promesas, deshebrando la amistad y confirmando nuestra absurda pequeñez en este mundo donde no somos más que un par de piezas acomodadas estratégicamente en un despiadado juego de ajedrez».

El mensaje comienza a quemarse lentamente frente a mis ojos, al mismo tiempo que un efímero soplo de viento se lleva las cenizas, reflejando en su perfección lo que fue nuestra historia, sin que ya no quede nadie que la recuerde. ■





La chapa de mi abuela



HARID DAYANA BUENO OSUNA
VALLEDUPAR

Estudio en el Colegio Comfacesar Rodolfo Campo Soto desde Transición y agradezco a los profesores que han tenido que ver con mi educación, en especial a *miss* Rossbi y a *miss* Elvira, porque me inyectaron la pasión por la lectura y la escritura con cada cuento y anécdota, con cada historia y cada libro que leí. Mis triunfos en la vida no son casuales,

Dios así lo tenía destinado; le doy gracias a él por mi hermosa familia, porque siempre me apoyan; me encanta escucharlos decir que se sienten orgullosos de mí, eso me hace ser cada día mejor.

Grado séptimo
Colegio Comfacesar,
Valledupar, Cesar

La chapa de mi abuela

HARID DAYANA BUENO OSUNA

Mi abuela Berenice es una señora de setenta años. Es muy querida y admirada en la familia por lo luchadora que ha sido, ya que desde que quedó viuda, con cinco hijos, se las ingenió para sacarlos adelante. A veces nos divierte contándonos chistes o anécdotas, pero otras veces está triste o amargada. Cuando mi tía Olga la ve así nos dice: «Mi mamá ya quiere viajar o irse de paseo». En cambio yo me imagino que su amargura es por su edad, por su salud o por lo que le ha tocado sufrir en la vida, porque hasta la violencia de la región la afectó, como a muchas otras personas, y tuvo que desplazarse de sus tierras, en la sierra de Perijá, al municipio de Agustín Codazzi, donde le tocó dedicarse a trabajar en casas de familia.

Por no ser tan bueno el pago, en las tardes tenía que lavar o planchar para ganarse otros pesitos, y en la época de la cosecha escoger café. Como le pagaban según la cantidad de latas que escogiera, se llevaba a mi mamá para que le ayudara, era ella la que siempre la acompañaba a todos lados. Pero esa tranquilidad no duró mucho, porque después la violencia se vino para el pueblo. Otro grupo armado terminó con la tranquilidad. Ni se podía viajar. De noche no se podía salir, dormir menos. Se vivía con zozobra. Le tocó nuevamente desplazarse hacia la ciudad de Valledupar. De

pronto esto fue lo que la enfermó de la presión arterial, aunque hoy en día da gracias a Dios porque por lo menos ella y los suyos están vivos, con un poco de tranquilidad. Y hasta recibe una pequeña ayuda como desplazada. Yo me pregunto: «¿Y el dolor del alma quién se lo quita?».

Mi abuelita, como todas las personas mayores, tiene sus mañas y costumbres. Por ejemplo, se la pasa caminando de un lugar a otro, visitando a sus amigos o haciendo diligencias. Uno la ve cuando anochece, pero no cuando amanece, porque cuando nos queremos levantar ya se ha ido. Por eso mi papá le puso como apodo Moncayo (por el profesor Moncayo, el caminante). Cuando la ve venir, dice: «Ahí viene Moncayo» o «Ahí va Moncayo» y ella solo se ríe. Últimamente camina más lento porque tiene problemas respiratorios. Los médicos dijeron que el humo del fogón de leña, cuando cocinaba en la finca, le afectó los pulmones, porque ella nunca ha fumado; además, también puede ser por los tres infartos que ha sufrido, pobre de mi abue.

Otra costumbre que tiene mi abuela es que todas las noches, antes de ir a dormir, se quita su caja de dientes, a la que llama «chapa», y la deja en el nochero de la cama; al día siguiente la cepilla y se la pone.

Pero un día eso no pasó. Una mañana mi abuela se levantó temprano, como de costumbre, y lo primero que hizo fue buscar su chapa y, vaya sorpresa, no la encontró en el lugar de siempre. Inicialmente pensó que estaba perdiendo la memoria y que de pronto la había cambiado de lugar, pero después de buscarla por todas partes, lo primero que se le ocurrió fue culpar a nuestra inquieta mascota, Linda, una hermosa perra labradora de color negro, muy cariñosa y juguetona. Como Linda no podía hablar, no se podía defender, y si la había cogido no podría decirnos dónde

la escondió. Pensamos que seguramente la había confundido con un huesito.

Recuerdo mucho a mi perrita porque lo que más le gustaba era correr conmigo y con mi hermano en medio del aguacero y bajar la ropa de la cuerda cuando la lavaban. La ropa de mi papá, ni la tocaba. También perseguía los gatos que llegaban al patio y espantaba las palomitas. Ni a las pobres hormigas las dejaba en paz. No entendían que Linda solo quería jugar.

Daba mucha risa ver a mi abuela, sentada frente a la perra. Con cara de tristeza estiraba la mano y le decía: «Dame la chapa, dáme-la, a ti no te va a servir», y Linda, creyendo que la quería consentir, se tiraba al suelo boca arriba a esperar que le sobara la pancita. Mi abuela duró dos semanas sin chapa y dijo que ella no se mandaría a hacer otra porque una nueva la maltrataría mucho. Se veía un poco extraña. Hablaba raro. A mi hermanito Yubran no le gustaba verla así y no se dejaba abrazar por ella. Él le sacó un verso que cantaba cada rato: «La chapa de mi abuela se perdió y yo no sé dónde quedó».

Un día, estábamos sentados en el corredor, mi abuela haciendo colchas de retazos de tela y nosotros estudiando cuando, de repente, vimos salir a Linda de mi cuarto con la chapa en el hocico, tirándola de un lado a otro. Mi abuela pegó tal grito que nos asustó. Cuando nos acercamos a quitarle la chapa, Linda salió corriendo, creía que queríamos jugar. Mi hermano y yo salimos tras ella para quitársela, corrimos por toda la casa y ella se escondía por todos lados hasta que la soltó. Cuando vio venir a mi abuela con la escoba se fue a esconder debajo de la cama. Mi abuela estaba tan brava que le quería pegar, pero mi mamá y nosotros no la dejamos. Duró todo el día brava con Linda y no le daba comida, pero al día siguiente se le pasó la rabia.

Por culpa de la chapa y por su comportamiento, a nuestra mascota la mandaron para la finca de la vecina. La mujer siempre quiso que le regalaran el animal y pensaron que allá estaría mejor porque tendría más espacio para jugar y nuevos amigos. Mis padres nos convencieron, prometiéndonos que un día la iríamos a visitar, pero eso nunca ocurrió. Siempre que la vecina venía de la finca nos traía razón de Linda. Nos conformábamos con saber que estaba bien y que era feliz.

Una mañana, el nieto de la vecina nos dijo que Linda había muerto. Lloré mucho por mi perrita. El niño nos contó que la habían encontrado en el corredor de la finca y a su lado, enrollada, una culebra cascabel. Seguro Linda pensó que con esa culebra se podía jugar, ya que para ella todos los animales eran amigos y todo era juego y felicidad.

Hoy en día, recordando la anécdota de la chapa, nos queda claro que nunca se supo cómo fue que se perdió ni dónde la encontró Linda, porque ese secreto se lo llevó a la tumba y el misterio no se pudo ni se podrá descifrar. Lo que nos queda claro es que la recordaremos siempre. ■



Infierno personal



GABRIELA GRANJA SOLÍS
CALI

A mis padres, en especial a mi mamá, quien me enseñó a vivir entre mundos de tinta atados al papel; a mis abuelos, a mi familia entera por su apoyo e infranqueable confianza en mí; a la chica que lleva secretamente dentro de sí su infierno personal e inspiró esta historia; al Concurso Nacional del Cuento por la oportunidad. Y a todas aquellas

personas prisioneras de la realidad para que encuentren escape entre las historias que tejen para nosotros. Mundos sin ataduras ni realidad.

Grado séptimo
Institución Educativa Manuel
María Mallarino,
Cali, Valle del Cauca

Infierno personal

GABRIELA GRANJA SOLÍS

— ¡Muérete!

—Sabes que con gusto lo haría... —Me tiembla la voz—. ¡Púdrete!

—¡Cállate, obesa!

—¡Cierra la boca! —le respondo, cubriendo mis labios para reprimir los incesantes sollozos—. Me lastimas...

—No seas estúpida, no te he tocado. ¡Nunca debiste haber nacido!

—Lo sé, lo sé —contesto con una mano en la frente, intentando recordar cómo mantenerme en pie y respirar—. Después de un momento libero el único sentimiento que tengo hacia ella:

—Te odio, te odio, te odio. Detesto todo de ti. Todo. No puedo soportarlo más.

Me retiro del espejo y sé que mi reflejo me imita.

Me despierto empapada en sudor.

Esa es mi vida, tan monótona y apagada como siempre... Hasta que la veo: mi tormento hecho pesadilla. La chica del espejo, quien demanda ser yo, pero sencillamente NO puede ser. Ella es tan... escuálida, pálida como una servilleta, con más huesos protuberantes en su piel de los que podría contar, con ojos verdes apagados, siempre llorosos, pero no lo suficiente como para que

se desprenda una lágrima, ocultando algo. Algún sentimiento de debilidad que cubre una armadura invisible. Y yo soy tan... obesa, con más defectos que emociones, con mirada ausente, porque siempre quiero estarlo, siempre lo estoy.

Me levanto de la cama descalza y me paro frente al espejo. La luz de la luna la revela, aunque ahora no parece querer insultarme. Se ve triste. La contemplo unos segundos y luego lloro. Lloro porque sé que de alguna inexplicable manera ella soy yo... Ella... No es una «ella», es un «algo». Es mi reflejo. Se supone que mi reflejo es lo que soy. No lo entiendo. De repente, los sollozos vienen desde más adentro y pronto soy incapaz de controlar el temblor que se extiende por todo mi cuerpo. Necesito una manera de reprimir lo que siento, una manera de librarme de mí misma...

Deslizo la cuchilla sobre mi muñeca una y otra vez. Un corte por cada uno de mis defectos. Soy fea. Estoy gorda. No tengo una sonrisa perfecta. No tengo un bronceado ideal. Mi altura... No tengo una figura esculpida. Y mi último corte, con llanto, sollozos y vergüenza hacia mí. Me odio por el simple hecho de ser solo una niña jugando a ser fuerte, una niña que siente vergüenza de sí misma porque intenta desesperadamente encontrarse, pero ni siquiera sabe dónde está perdida... ¿En su propio infierno tal vez? No lo comprendo. Me rindo, y al final me quedo dormida, ignorando mis gritos silenciosos.

Al día siguiente me levanto y me preparo para ir al colegio (a pesar de que son las cuatro y treinta de la madrugada y mi jornada empieza a partir las siete de la mañana). No puedo volver a dormirme y no me gusta llegar tarde a clases. En el autobús noto que me hizo falta descanso y noto también mi dolor abdominal (últimamente es muy constante), así que permito que el bamboleo del bus escolar me meza hasta sumirme en un sueño profundo. Me

despierto aturdida con la brusca sacudida que el conductor le da a mis hombros.

—Despierta, niña —me refunfuña sin el menor asomo de gentileza.

Me obliga a bajarme del autobús aún adormilada, ya que parece dispuesto a hacerlo por mí si no me apuro, y no quiero saber de qué manera.

Entro al colegio corriendo, por dos razones. La primera, el hombre me dejó aterrorizada. Sé que es ridículo, pero siento como si pudiera seguirme. La segunda, voy tarde a clase y no lo soporto. Cada minuto de mi tiempo libre, en la última semana, lo dediqué a estudiar para el examen de Química. Mi padre dice que me esfuerce al máximo, pero otras veces me dice: «Estás obsesionada con el estudio, relájate un poco. ¡Ey!, existe algo llamado “vida” más allá de tus apuntes, cariño».

En un momento empiezo a jadear y tengo que detenerme, me siento débil, siento que voy a desplomarme en el suelo en cualquier momento. Apoyo las manos en las rodillas, esperando que el jadeo advierta a alguien, pero no lo hace. Retrocedo hasta chocarme con una pared, ¿En qué momento perdí mi fuerza? Hago lo posible por estar en forma; hago al día, al menos, tres horas de ejercicio, y como poco. ¿Qué pasa? No me queda otra opción, tengo que hacer más ejercicio. Empiezo a sentir mareo; no le hago caso y continúo mi camino. Parece que voy bien... hasta...

Lo último que recuerdo es la leve percepción que tuve del impacto de mi cuerpo contra el cemento, gotas de lluvia cayendo sobre mí. Tengo frío. No creo que sea a causa de la lluvia. Casi siempre tengo frío. Me despierto. Mi uniforme ya no está, en su lugar hay una bata de hospital (aunque no concuerda con el sitio en el que estoy). Estoy en mi cuarto, noto que la bata no tiene man-

gas suficientemente largas como para cubrir mis cicatrices, así que instintivamente me pongo una mano sobre una de mis muñecas.

Mi papá está a mi lado, dormido... No, no lo está. Está llorando. Alza la mirada. Su vista recorre primero mi cara y luego mi brazo, hasta llegar a mis cortadas. Espero un reproche, un regaño, un grito, que me exija una explicación, pero no hace nada y me pongo más tensa con el pasar de los segundos, porque no sé qué esperar.

—Perdóname —dice por fin. Su voz se quiebra—. Perdón —repite al ver que no digo nada.

No sé qué decir. Él abre la boca para intentar hablar nuevamente, pero rompe en llanto. Me abraza, no me abraza, así desde que ella se fue.

De repente, veo a mi madre, postrada de nuevo en la cama del hospital, pálida y débil mientras el cáncer le extraía poco a poco la vida. El repentino recuerdo sale de mi mente, tal como llegó. En un segundo. Y ese segundo es suficiente para hacerme llorar inconsolablemente. Abrazo a mi padre, sé que él la piensa, sé que la extraña justo en este momento, tanto como yo. Nos consolamos el uno al otro en silencio. Nos toma poco tiempo volver a dormirnos.

—Me estoy haciendo viejo, Salomé —se queja mi padre desde el piso de abajo, unas semanas después.

Me río mientras bajo las escaleras, terminando de ponerme un arete, y le respondo entre risas:

—Cada día más, tienes razón.

—Vamos, vamos o llegaremos tarde, sube —me responde también con una carcajada.

En el auto de mi padre empiezo a recordar cómo fueron mis primeros días con el psicólogo... Al principio no quería contarle nada, había estado construyendo un muro sin darme cuenta, para proteger y ocultar mis sentimientos y emociones del mundo exterior.

Era mi infierno, solo mío. No quería compartirlo, pero después de varias sesiones me acostumbré y todo fue mucho más fácil.

No voy a decir que mi historia tuvo un final feliz, porque aún no ha terminado de escribirse. Porque cada nueva experiencia contribuye a lo que voy a ser y a lo que soy. Estoy consciente de que no puedo cambiar mi pasado, pero estoy dispuesta a construir un futuro tan libre de errores como me sea posible. Cierro los ojos, dejando que la brisa azote mi cara y eleve mi cabello en ondas. Pienso en la comprensión más valiosa que tengo en este momento: entendí que durante mucho tiempo fui mi propia cárcel, presa del miedo... Sin saberlo, yo misma era también mi llave a la salida. ■





Esguerra



SANTIAGO CASTAÑO RAMÍREZ SALENTO

Tengo trece años, que significan universos en mi mente y memorias que deseo compartir.

No me extraña que esté dedicando este cuento a mi mamá y a mi abuelo, José Ramírez, poeta y compositor de música colombiana, ya que sin ellos no tendría esa vena artística que me llevó a Cartagena.

También lo dedico a mi colegio y a mi profe, Doralba, porque sin su acompañamiento no hubiese podido concursar.

**Grado séptimo
Gimnasio Inglés,
Salento, Quindío**

Esguerra

SANTIAGO CASTAÑO RAMÍREZ

«Si quieres encontrar en el origen de cualquier problema, busca en el lucro y la codicia».

SRI RAMAKRISNA

El blazer yacía en lo profundo del charco, hasta el punto que las letras de la marca Prada no se podían leer. Estaba completamente humedecido y sucio. De las mangas se desprendía el olor al vino que había bebido temprano esa tarde. Su pantalón oscuro había costado el sueldo de tres de sus empleados y una minúscula parte del ingreso generado por el interés de sus múltiples acciones. Su cuerpo estaba completamente destrozado: una pierna doblada hasta la rodilla y en la otra, la carne en jirones, rasgada tanto en el muslo como en la pantorrilla. En su muñeca izquierda tenía un Rolex bañado en oro y en sus extremos colgaban dos finas tiras de cuero Italiano que servían de pulsera. Su corbata azul, con rayas horizontales de un tono más claro, le apretaba el cuello casi hasta ahogarlo, dejándole una marca roja. Su camisa de tono pastel, junto con su correa de cuero, fueron utilizadas como gasa y torniquete para parar el sangrado. Su fina billetera Louis Vuitton, que le había servido para adquirir tantas riquezas, no le sirvió para comprar el lujo que es la vida.

Y allí estaba su cuerpo sin vida, tirado cerca de la entrada del banco, en un profuso río de sangre. Una lluvia pertinaz trataba

de limpiar sus pecados. Su vida, llena de opulencia y comodidades, había sido una distracción alimentada por el deseo de poder y dinero, avaricia y ambición. Su nombre era Albeiro Esguerra Oviedo, como decía en la respetada y temida placa en la puerta de su oficina.

En la esquina izquierda de su escritorio, detrás del computador, había datos y nombres de informantes y aliados de sus andanzas secretas. Archivos en estantes muy organizados contenían material preciado, desde nombres de personas que incurrían en lavado de activos, en los que se podía o no confiar, hasta la lista de los «no deseados», la lista negra o la lista para las desapariciones sistemáticas. Era uno de los congresistas más poderoso y corrupto de todo el país.

Era hijo de un tahúr que en las noches, bajo una luz mortecina, jugaba a las cartas, batiéndose a duelo con sus contrincantes, esbirros de los peces gordos, y a los que siempre les ganaba mediante triquiñuelas. En las madrugadas volvía a su apartamento, borracho y con gruesos billetes arrugados en los bolsillos del pantalón. Esto se repetía una y otra vez. Su infancia, llena de perturbaciones y altibajos, sería el detonante de su vida y de las decisiones que a futuro tomaría.

Estaba dotado de una gran capacidad para calcular, organizar y manipular, en otras palabras, era un magnífico estratega en las artes maquiavélicas del engaño.

Empezó como estafeta de un magistrado reconocido, quien más tarde sería su mentor. Le enseñó todo lo que sabía: las leyes, los delitos y sus consecuencias. Los pormenores de la corrupción, que aprendió al dedillo, sobre todo para satisfacer sus intereses.

Sus orientaciones ideológicas lo convirtieron en protagonista de las noticias, que lo tenían como una persona con gran visión,

honestidad y un indomable espíritu altruista, como decía su tutor, una de las personas responsables de su gran salto hacia las contiendas políticas, el reconocimiento del pueblo y el odio de sus contendores.

No fue una sorpresa que Esguerra obtuviese una silla en el Congreso, con más del treinta por ciento de los votos; sin lugar a dudas era el favorito. No obstante, para asegurar su victoria, sacó un rollo de billetes en las mesas de votación y se paseó por los diferentes sectores de la ciudad para que la balanza se inclinara a su favor.

El primer día en la oficina, ya como hombre público, fue de completa laxitud. Tratando de borrar el pasado, recordó cómo acostumbraba a pasearse por aquel pasillo con carpetas, notas, cartas, papeles llenos de mensajes, oficios, memos, peticiones, reformas y decisiones que debía repartir por todo el edificio y vivir las desgastantes jornadas.

Con su traje de marca y mirada insondable observó a su alrededor y sacudió la cabeza. Tenía motivos para estar satisfecho, pues ahora sería él quien dirigiría el rumbo de las cosas y en sus manos estarían el poder y la facultad de trazar el destino de sus ambiciones.

Esta condición desvergonzada le brindaría buena parte de su éxito, un éxito que sedujo y arrastró durante muchos años a la mayor parte de la gente que lo conocía. Era el maestro de la ruindad política.

En sus toldas se conocía a quien sería el ejecutor intelectual de su destino final. Fue en un encuentro casual con Cesar León González, senador de ideas conservadoras, amañadas y de una personalidad introvertida y enigmática. Lo atrajo, ¡claro que sí!, y a medida que pasaba más y más tiempo con él, iban aflorando sus habilidades para el engaño y la manipulación.

Durante mucho tiempo comía de las ganancias perdidas de los demás, compraba atuendos con el sudor y la sangre de las personas y festejaba sobre las lágrimas que derramaban los familiares de las «molestias». Todo esto lo hizo con el fin de obtener poder. Pisoteó a cualquiera que se interpusiera en su camino, alimentando su ego, su avaricia y su ambición.

Se introdujo en el bajo mundo, conoció a los peces gordos e hizo negocios con ellos, asfixiado por las ganas de poder y dinero. Se hizo un nombre y creó un imperio. Aunque todo esto fuese como tocar la gloria, poco a poco, pieza por pieza, bloque por bloque, su imperio fue cayendo. Debía dinero, no podía seguir a flote, estaba vendiendo sus propiedades, sus acciones... Y cuando se dio cuenta de lo que había hecho, la culpa lo ahogó, lo consumió. Era muy tarde para dar vuelta atrás. Sus aliados se convirtieron en enemigos y fueron su perdición. El senador León González decidió eliminarlo de su lista.

Una noche, después de discutir sobre temas políticos, deleitar sus paladares en el restaurante Arcadiana y tomar unas copas de vino tinto —un delicioso Barolo, cosecha del 86— en el Hotel Ikeima fue atacado a la entrada del banco al cual se dirigía para recoger dinero e irse a la mañana siguiente. Su exterminador fue un lacayo de su «amigo».

Así terminó la vida de Albeiro Esguerra Oviedo, quien fue deslumbrado, consumido y eliminado por su propio mundo. ■



A través de la ventana



JUANITA PARRA ACOSTA
MEDELLÍN

A lo largo de mi vida he encontrado las cosas que me hacen feliz: la música, el fútbol y la literatura. Siempre he deseado un mundo mejor, donde las historias, por más tristes que sean, tengan un buen final; este mundo lo creo a través de la literatura.

Dedico este cuento a todas las personas que han sido parte de mi vida, que me han apoyado, que me

han sacado una sonrisa, y también a las que me han hecho llorar, porque cada experiencia me hace más fuerte.

Grado quinto
Colegio San José de la Salle,
Medellín, Antioquia

A través de la ventana

JUANITA PARRA ACOSTA

Hace muchos años Marta me adoptó, me contó que me había encontrado en la calle, llorando dentro de una sucia caja de cartón. Al verme, decidió que yo iba a ser el hijo que ella jamás pudo tener; decidió que mi nombre sería Daniel y me llevó a su casa. Era un sitio pequeño, de un piso, en un barrio pobre, pero supongo que no pude haber vivido mejor.

Hace unos meses cumplí doce, ya tengo suficiente edad para empezar a trabajar, ganar dinero y darnos una mejor vida a Marta y a mí.

Jorge es un buen hombre; fue amigo de Marta desde su juventud. Trabaja en obras, arregla jardines y reparara techos. Él fue quien me ofreció trabajo.

A diario salimos a trabajar en distintas casas. El último trabajo que tuvimos fue en Cabo Verde. Convertimos un pastizal en un hermoso jardín. Allí conocí a Celeste, una bella niña que me dejó sin aliento. Sus ojos azules me encantan y su cabello rubio me atrapa y me enamora.

Cuando llegamos a Cabo Verde me quedé atónito al ver la majestuosidad de la casa. Entramos y nos dispusimos a trabajar. Primero, Jorge podó el césped y luego yo comencé a hacer el hoyo donde íbamos a instalar la fuente de centro. Cuando terminé mi

tarea me senté en una pila de adoquines con los que Jorge estaba haciendo un sendero. Entonces la vi. Estaba en su cuarto, sentada en su silla de ruedas, llorando desconsoladamente; fui a su encuentro para tratar de calmar su llanto. Golpeé en la ventana para que me abriera. Subió la cabeza y pude ver su hermoso rostro, sus mejillas con incontables pecas por las que corrían cataratas de lágrimas que salían de sus ojos azules. Al igual que yo, ella se quedó mirándome. Seguramente observaba la cicatriz que atraviesa mi ojo izquierdo. Me abrió la ventana y, luego de unos minutos, me presenté. Le conté que esa cicatriz me la había hecho jugando fútbol en el barrio. Ella me dijo que había tenido un accidente de tránsito y por eso estaba en silla de ruedas. También me dijo que le encantaba el fútbol y que solía jugarlo con sus amigos cuando podía caminar.

Me despedí porque debía seguir trabajando.

Cuando íbamos de regreso al barrio, fui a despedirme de Celeste, pero no la encontré. Tuve que esperarla porque no quería irme sin decirle adiós. Me asomé por la ventana que daba a su cuarto, la vi y golpeé en el vidrio. Ella abrió y me pude despedir.

Fue en la camioneta donde me acordé que no le pregunte por qué lloraba.

Al día siguiente, al llegar a Cabo Verde, me asomé a la ventana de su cuarto y le pregunté. Me sorprendió su respuesta. Me dijo que ya no importaba, que ahora estaba feliz. Conversamos un rato, nos reímos, teníamos tanto en común. Finalmente me fui a trabajar y fue raro porque no dejaba de pensar en ella.

Así pasaron muchos días. Iba y la saludaba, conversábamos un rato, me despedía y volvía a trabajar. Nos hicimos muy buenos amigos.

El día que Jorge llevó la fuente para instalarla decidí proponerle que fuera mi novia. Fui a la ventana, la esperé unos minutos.

Cuando llegó, me organicé el pelo con los dedos y le pregunté: «¿Quieres ser mi novia?». Hubo un silencio incómodo, parecía que le había desagradado por completo mi propuesta, pero luego me dijo con una sonrisa que sí. Estábamos muy felices y nos prometimos amor por siempre. Nos dimos un beso, un beso puro y hermoso, como ella. La verdad, no sé por qué nos hicimos novios si yo iba a terminar algún día el jardín y jamás volvería a verla. Fue exactamente lo que pasó.

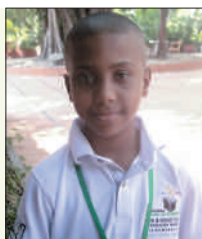
Un día salí a jugar fútbol con mis amigos, pero en eso llegó Diego, un joven de unos dieciséis años, a quitarnos del lugar donde estábamos jugando, solo porque allí quería jugar su pandilla. Me le enfrenté, me dio un puño en el pecho y yo le respondí con una patada y salí corriendo por los techos de las casas, con la pandilla persiguiéndome para volverme «papilla». Por andar corriendo como un loco no me percaté de una tabla que estaba rota, la pisé y caí desde el techo de una casa. La pandilla aprovechó para darme la paliza de mi vida y me dejaron ahí, en el piso, retorciéndome de dolor. Me dolían las costillas. Cuando me pude levantar, comencé a caminar para llegar a casa y acostarme un rato, pero no tuve suerte, cuando miré a mi lado derecho solo pude ver el camión encima de mí. Después de eso no recuerdo nada, solo el hospital. El médico dijo que debía amputarme las piernas. Lloré desconsoladamente y me acordé de Celeste en su silla de ruedas. Me durmieron, cuando desperté no tenía piernas. Tuve que ir a terapias para acostumbrarme a las prótesis y, vaya sorpresa, me encontré nuevamente allí con Celeste.

Y aquí estoy, con mis prótesis en las piernas, enamorado profundamente de Celeste. Espero nunca olvidar cuando la conocí a través de la ventana. ■





Faustino Castillo



DIEGO ARMANDO VELASCO
JAMUNDÍ

Este cuento lo dedico a mi madre y a mi abuelo, quienes me cuentan hermosas historias que me inspiran la escritura. A mi profesor, Juan Carlos Baines, quien con su carisma y motivación constante me enseñó que los sueños hay que buscarlos con esfuerzo y dedicación.

También a todos mis compañeros de la escuela, por su grandiosa compañía.

Grado quinto
Institución Educativa Alfredo
Bonilla Montaño,
Jamundí, Valle del Cauca

Faustino Castillo

DIEGO ARMANDO VELASCO

El nieto de Diosa, Faustino Castillo, salió de su casa esa noche, muy pintoso y muy majo, su gorra de lado, camiseta estampada, pantalones caídos y sus botas de moda. «¡Muchacho no salgas!», le grita la abuela, pero él la mira de lado y nada, pa'lante se va. Trepó a su moto, motores prendió, aceleró a fondo y el polvero dejó. En el camino, a Alejo encontró, y le dijo: «Viejo Tino, el parche es donde Mafer, “la Negra”, también van a estar Dany, Elvira y la bella de Sara». Faustino, como todo joven, le dijo: «Hágale pues, de una, nos vamos pa'llá».

De esta manera, el Tino y Alejo buscaron viche, tumbacatre y ron. A sus buenas pintas le sumaron cedés. Al llegar a casa de Mafer, el Tino la gorra se arregló, dio varios golpes. «¿Quién es?», preguntaron. «Nosotros, vieja Mafer, que venimos a poner el sabor». Una vez adentro se formó la rumba más brava. Salsa, choque, bachata, merengue y hasta un poco de son. Y fue así como bailaron a más no poder.

«Mi amigo el de gafas», dijo el Tino, «ya siente calor, pásenle un trago de viche, háganme el favor», y después de unas horas de rumba y sabor, pidió un espacio y la guitarra de Mafer puso a sonar. Los asistentes cantaron y cantaron, pedían y pedían hasta

que el repertorio se agotó, y entonces no quedó de otra, aunque bastante entonados, que pa´ su casa coger.

El Tino, algo preudo y cansado de cantar y bailar, a su amigo Alejo a su casa arrimó. Y cuando él a su casa se dirigía, recorriendo la fría carretera de aquella vereda, fue sorprendido en una curva por el tronco de un árbol colocado en la mitad de la vía, que a un alambrado con moto y todo lo mandó a templar.

Ya en el suelo, como salidos de la nada, vio cómo un grupo de hombres con armas de alto poder lo rodearon en medio de la oscuridad, y en un gesto absurdo, sus nervios lo hicieron reaccionar de manera violenta, hasta escuchar el eco de armas sonar y en la fría y oscura madrugada de aquel fin de semana, aquellos hombres se perdieron nuevamente en la oscuridad, y el cuerpo del Tino, a un lado de la carretera, tendido quedó.

Ah, y la abuelita, solita quedó. ■





Lluvia de ranas en Puerto Azul



STEFFANY SÁENZ ARCIA
SAHAGÚN

Llegué al concurso gracias a mi profesora de Castellano, quien seleccionó a los mejores de la clase para participar. Cuando me enteré de que era finalista me sentí como en un «mundial de felicidad». Me gusta leer cuentos, especialmente los que tengan algo de comedia. Los autores que más me han influenciado

son Gabo y Santiago Jiménez Trespalcacios. También me gusta la música.

Grado sexto
Institución Educativa
La Carrasquilla,
Sahagún, Córdoba

Lluvia de ranas en Puerto Azul

STEFFANY SÁENZ ARCIA

Puerto Azul es un pueblito ubicado en la costa Atlántica de Colombia. Siempre ha sufrido por la sequía y por fuertes olas de calor. Nadie ha encontrado solución a estos problemas, ya que es un pueblo muy apartado donde no hay ríos, quebradas ni aguas subterráneas.

Un día, ante esta situación, la Madre Naturaleza decidió ayudar a los habitantes de Puerto Azul, y para eso envió a la nube Juana para que regara con su lluvia al pueblo.

Juana era una nube joven e inexperta. Le preguntó a otras nubes cómo producir lluvia, pero estas estaban muy ocupadas y sugirieron pedirle ayuda al sol. Juana le dijo al sol que la Madre Naturaleza le había dado la misión de llevar lluvia a un pueblo, pero que ella no sabía cómo hacerlo. Ante esta situación, el sol se emocionó mucho por poder ayudar a la nube Juana en su primera misión.

El sol le indicó que debía quedarse sobre el lago mientras él calentaba, pero tanta era su emoción por ayudar a Juana, que no solo evaporó el agua sino que también arrastró a las ranas y los renacuajos que estaban allí. Juana, sin saberlo, no solo quedó cargada de agua, sino también de ranas y renacuajos.

Juana estaba feliz y se trasladó hasta Puerto Azul. Al llegar pudo ver la alegría que despertó entre sus habitantes. Los niños, con sus

caritas sucias, levantaban los brazos al cielo esperando la lluvia. Los campesinos lanzaban gritos de júbilo porque por fin sus cultivos serían regados.

Ese día no hubo clases en la escuela. Era tanta la felicidad entre profesores y alumnos que suspendieron la jornada escolar.

El alcalde declaró día cívico a partir de ese momento para que ningún habitante de Puerto Azul se perdiera este gran evento y para que de paso se bañaran, almacenaran toda el agua posible y asearan a sus mascotas. La nube Juana, desde lo alto, empezó a soltar las gotas, pero junto con las gotas de agua empezaron a caer las ranas y los renacuajos. Los niños gritaban asustados, con renacuajos en sus cabezas; las ranas caían por todos lados y en abundancia, tanto que a doña Cleotilde, que salía de la iglesia, terminó con su paraguas hecho trizas por el peso de tantas ranas.

Fue tal el impacto que causó este suceso que la Madre Naturaleza, al enterarse, le llamó la atención a Juana y le ordenó corregir su error.

Ante lo sucedido en Puerto Azul, la prensa no se hizo esperar y el hecho se convirtió en noticia internacional. Tan lejos llegó la noticia que un comerciante francés, propietario de una cadena de restaurantes en la que el plato principal eran ancas de rana, decidió viajar hasta Puerto Azul para comprar todas las ranas y los renacuajos, ya que en Europa estaban muy escasos.

El alcalde, como máxima autoridad, fue el encargado de hacer el negocio con el francés. Se recolectaron veinte camiones de ranas y renacuajos y con el dinero recibido se construyó el primer acueducto de Puerto Azul, pero no sirvió de nada por falta del preciado líquido.

Juana aprovechó entonces para enmendar su error, así que otra vez le pidió ayuda al sol, advirtiéndole que no se emocionara tan-

to. Nuevamente se produjo la evaporización en el gran lago y la nube, muy cargada de agua, se trasladó otra vez hasta Puerto Azul. La gente estaba muy temerosa de que volvieran a llover ranas, caimanes o babillas...

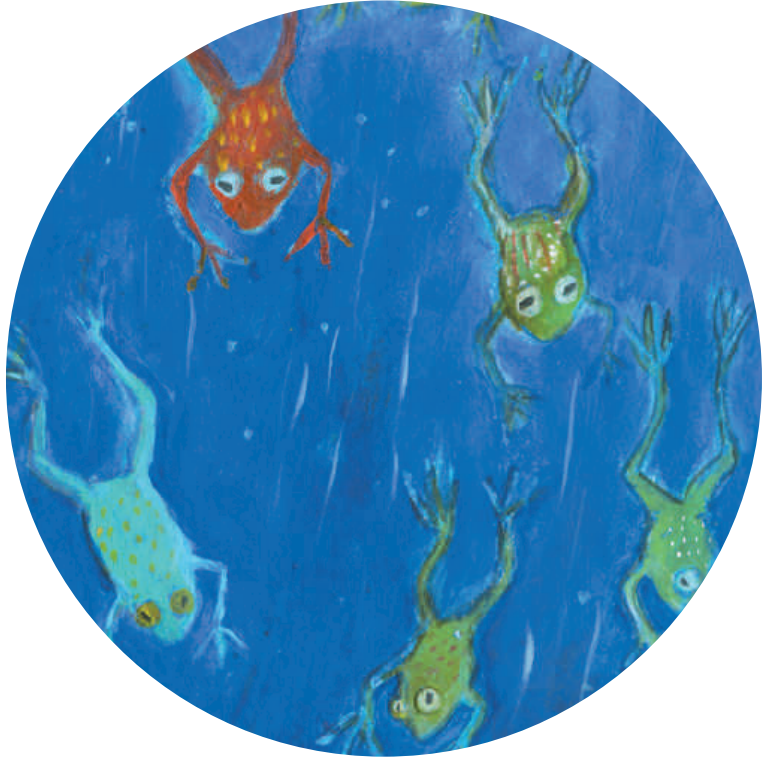
Después de haberse cerciorado de que solo caía lluvia, los niños, los campesinos y los demás habitantes salieron a recibir la bendición del agua. Juana había llevado tanta agua que los tanques que se habían dispuesto para almacenar se llenaron hasta rebosar.

Los cultivos fueron regados en su totalidad, por lo que los campesinos saltaban y bailaban de felicidad.

Ante el buen trabajo realizado por Juana, la Madre Naturaleza la felicitó y le encomendó llevar agua lluvia hasta Puerto Azul cada vez que fuera necesario.

El sol, por su parte, reconoció que no solo fue culpa de Juana que llovieran ranas en el pueblo, por lo que emitió un rayo de luz que atravesó las gotas de agua al caer, formando un hermoso arco iris que fue apreciado y aplaudido por los niños.

Desde entonces, Puerto Azul dejó de ser un pueblo sin agua, ya que contaba con una nube propia a la que esperaban niños y campesinos, sabiendo que al finalizar la lluvia también disfrutarían de un espectacular arco iris. ■





Ni de pelo largo, ni de pelo corto



EINER JHOAN CABRERA SANTACRUZ
PUERTO GUZMÁN

A mis papás, que me han acompañado en cada paso.

Grado séptimo
Instituto Amazónico
de Puerto Guzmán,
Puerto Guzmán, Putumayo

Ni de pelo largo, ni de pelo corto

EINER JHOAN CABRERA SANTACRUZ

Camila se sienta delante de mí en la fila del centro del salón. Es una niña como casi todas las de séptimo, flaca y de pelo largo. Me parece bonita, aunque se levante del puesto y grite por todo. Cuando los gritos de Camila se juntan con los chillidos de los pájaros que tienen un nido en el techo, justo encima de mi puesto, quisiera salir corriendo. Me retuerzo en mi pupitre, pero me aguanto.

Lo que ya no resisto es que ella piense que me gusta su pelo y que en pleno dictado se lo eche para atrás, tapando todo mi cuaderno, o que me agarre desprevenido y gire de repente, golpeando con él mi cara. Entonces me da calor de la rabia y me pongo rojo. Ella no se da cuenta, o se hace la tonta...

Como se hacen los tontos esos pichones que ya nacieron y me dejan todas las mañanas su «regalo» sobre mi silla, ¡con un tino! Mis cuadernos de cien ahora van quedando de cincuenta, porque arranco dos o tres hojas para limpiar mi pupitre todos los días. Llevo una semana explicándole a cada profesor, en cada cambio de hora, que no puedo ubicarme con mi pupitre en la fila, por lo de los pájaros, y diciéndoles a los tres compañeros que se turnan en el aseo que no dejen mi silla debajo del nido. Nadie quiere escucharme y menos la directora de grado, la profe de Inglés, que además es mi mamá. Me dijo que nos cambiaría de puesto al terminar el periodo.

Terminó el primer periodo y nos cambiaron de lugar. Los malos adelante. Ahora estoy atrás, al lado de la ventana, y delante de mí se sienta Maryuri. Es alta, bonita, callada, muy inteligente y, lo mejor... ¡tiene el cabello corto! Algunas veces me atraso porque me quedo mirándola y se me olvida copiar, entonces mi amigo Greidy me empuja y me pongo pilas de nuevo. Con él le mandé saludes y ella me contestó que lo mismo. Con mi celular le tomo fotos a escondidas y no se las muestro a nadie. De la tienda de mi papá saco todos los días, disimuladamente, dos bombones, uno para mí y otro para ella.

Hoy es viernes, termina el segundo periodo y nos vamos de vacaciones de mitad de año. Todos están divirtiéndose en el patio y mi mamá nos pidió a Greidy y a mí que reuniéramos a los compañeros en el salón para repartir la torta. Solo faltaba Maryuri. La busqué hasta encontrarla en un rincón, al lado del laboratorio, ¡«chupando piña» con Villanueva!

Cuando le conté a mi mamá, que sabe de «sapología», habló conmigo y luego de la cháchara me consoló diciéndome que besarse dentro del colegio es una falta que está en el Manual de Convivencia y baja la nota de comportamiento. Maryuri me ganó por cinco décimas el primer puesto en el periodo pasado, me toca contentarme ahora con bajárselo. No puedo hacer nada más porque Villanueva me lleva dos años y, además, vale por dos porque estudia con su mellizo en grado décimo. ¡Serían dos contra uno!

Luego de las vacaciones nos cambiarán de nuevo de puesto, que conste que no tengo nada en contra de los pájaros ni de las niñas... bueno, si me dieran a escoger, me quedo con los pájaros. Si mi mamá sigue con el cuento de que en las filas debe ir una niña y detrás un niño pienso hablar con el señor coordinador para que ubiquen delante de mí a un niño. No quiero saber nada de niñas, ni de pelo largo, ni de pelo corto. ■



Un largo camino a casa



JUAN PABLO ROSERO BRICEÑO BOGOTÁ

Todo comenzó como una tarea de mi colegio, pero nunca imaginé que mis ideas podrían llegar tan lejos. Doy gracias a mis padres, Pablo y Mery, y a mi hermanito Samuel, quienes me acompañaron siempre y me animaron a escribir este cuento. «Un largo camino a casa» nació en una tarde lluviosa mientras contemplaba el cielo encapotado de Bogotá; siempre he querido conocer la nieve y así me inspiré, lo demás se fue materializando en mi mente hasta

lograr mi primer cuento. Sin duda, mi mejor experiencia, ahora que encontré en la literatura la manera de darle vida a mis ideas. Gracias a todos por leer mi cuento, espero que lo disfruten como yo lo hago cada vez que lo leo.

Grado quinto
Colegio Hogar de Nazareth,
Bogotá

Un largo camino a casa

JUAN PABLO ROSERO BRICEÑO

El día era muy claro y sin nubes. Era una mañana de marzo, el fin del invierno estaba cerca. En una granja en el norte de los Estados Unidos, Tommy Smith se sentía feliz porque había concluido temprano su labor.

«La nevada terminó anoche», le comentó a su esposa mientras almorzaban. Después de que acabaron, él miró por la ventana de la cocina y dio gracias a Dios porque el invierno concluía.

Sin embargo, en el cielo se observaba una gran nube negra que se movía suavemente e iba cubriendo con rapidez los rayos del sol. Esta inmensa nube, sin forma, parecía un monstruo, de esos que aparecen en los sueños. Rápidamente Tommy le pidió a su esposa que organizara todo lo necesario, pues se aproximaba una tormenta. «Saldré a recoger a los niños al colegio, sinceramente no me gusta como luce el cielo».

Se puso el abrigo y de inmediato salió para la escuela, que estaba a tres kilómetros de allí. Montó uno de sus mejores caballos. En ese momento la inmensa nube ya había cubierto por completo el cielo.

Una gran ola de nieve y viento azotó a Tommy y a su caballo. La nieve tocó su cara y rápidamente hizo casi invisible el camino, pero él continuó lo más rápido que pudo.

En la escuela, alumnos y profesor habían notado que se aproximaba la tormenta, pero este último intentaba mantener a los muchachos distraídos en sus tareas. Aunque muchos de ellos tenían sus caballos y sus trineos en la escuela, tenían por norma que mientras hubiese tormenta no podían salir del colegio hasta tanto sus padres no los recogieran.

Los hijos de Tommy, Sarah, de quince años; Nicole, de once y Tommy Jr., de ocho, vieron cuando su padre entró a la escuela. Sarah pensó que desafortunadamente nadie creía que ellos fueran capaces de ir solos en trineo a su casa. Su padre sonrió y les dijo: «Pónganse rápidamente sus abrigos. Sarah, ayuda a tu hermana a alistarse para salir».

Sarah tomó a su hermana de la mano y la llevó hasta el trineo. Alistaron la carpa para el viaje, para protegerse de la fuerte tormenta. Tommy puso a los dos niños pequeños en el piso del trineo y los cubrió muy bien con unos abrigos de piel.

Sarah se sentó en el trineo mientras su padre amarraba el caballo. «¡Sarah!», gritó su padre, «quédate aquí mientras localizo el camino que nos llevará de vuelta a casa». El caballo estaba listo para viajar. Sarah sabía que era un animal muy obediente y fácil de llevar. De repente, un fuerte ruido los sorprendió y el caballo, asustado, salió del colegio en la dirección equivocada. Sin embargo, Sarah pudo notarlo. Ella les dijo a sus hermanos que no se asustaran: «Llegaremos a casa primero que papá, estoy segura de que el caballo conoce el camino».

Intentó controlar al animal, pero no lo logró, hasta que finalmente el caballo se detuvo. Nicole preguntó: «¿Ya estamos en casa? ¿Papá llegó antes que nosotros?». Sarah se bajó del trineo y trató de ver dónde se encontraban, pero la fuerte tormenta y la densa nieve no se lo permitían. Todo a su alrededor estaba recubierto de una nieve blanquísima, era imposible caminar.

El caballo inició nuevamente su marcha. Le costaba mucho trabajo andar entre esa densa nieve, halando el trineo. Sarah difícilmente podía ver hacia el frente, los lados o hacia atrás. Mientras el caballo caminaba con dificultad sucedió algo terrible, la nieve había cubierto un pozo de agua y el caballo cayó en él. La niña hizo todo lo posible por ayudarlo a salir.

En el intento, la ropa de Sarah terminó totalmente mojada. Pensó que la única solución era encontrar un lugar en el cual permanecer mientras cesaba la tormenta. Nicole salió del trineo a ver qué estaba haciendo su hermana. Entre las dos trataron de romper el hielo que se había formado sobre la cabeza del caballo. Intentaron de muchas maneras buscar el camino a casa, pero era una tarea imposible debido a la nevada.

Finalmente no lograron hallar la forma de ubicarse y volvieron al trineo donde estaba su hermano. El caballo consiguió salir y haló fuertemente el trineo, pero un objeto impedía que se moviera. Al golpear el trineo, los niños fueron sacudidos y la carpa se salió, haciendo que Sarah y Nicole cayeran. Se levantaron y trataron nuevamente de mover el trineo, pero era muy pesado para ellas. Lo único que podían hacer era permanecer allí hasta que alguien las buscara y las rescatara.

Ya había caído la tarde. Sin poder ver el sol, en la oscuridad, Sarah pensaba que, por ser la hermana mayor, debería hacer algo para salvar a sus hermanos. Cariñosamente acarició la cara de Nicole y le dijo: «No te preocupes, pronto vendrán a ayudarnos».

Con la carpa logró hacer una tienda en la que entraron los tres hermanos y se cubrieron con los abrigos de piel y con todo lo que estaba al alcance. En medio de la oscuridad, Sarah hizo unos colchones con algunas carpas y todos se acostaron y se abrazaron para mantenerse calientes.

Sin embargo, no había forma de impedir que el frío penetrara en la carpa. El fuerte viento la sacudía y la nieve lograba entrar. Sarah trató de tapar a sus hermanos con el abrigo, pero el hielo continuaba entrando. Cuidadosamente los abrazó de nuevo para darles calor. De repente, un fuerte viento se llevó la carpa y quedaron totalmente descubiertos. La nieve caía con mucha fuerza y solo se podían observar tres figuras humanas esperando a que los ayudaran, mientras la furia de la naturaleza los seguía azotando.

Algo le decía a Sarah que debía pensar rápidamente y ver qué iba a hacer. Decidió que lo mejor era permanecer en movimiento para evitar congelarse y morir. «No cierren los ojos, muevan las piernas y los brazos, oremos a Dios para que nos ayude. Les prometo que esto pronto pasará», dijo a sus hermanos.

Entre tanto, su padre los buscaba con ayuda de varios amigos. Él sabía que por la fuerza de la tormenta y en la oscuridad era imposible hallarlos.

Veinticinco horas después de que salieron de la escuela, unos amigos de Tommy encontraron las huellas del caballo. Al llegar a la última, vieron el cuerpo rígido de una niña que permanecía boca abajo, abrazando a sus hermanos, protegiéndolos de la nieve para salvarlos. Sarah había entregado su vida por sus hermanos y les había hecho prometer que saldrían vivos para que su muerte no fuera en vano. ■



Zara, la zanahoriactriz



LAURA BERENA ROBLES MARTÍNEZ MEDELLÍN

Me gusta leer, escribir, dibujar, coser a mano y a máquina, tejer y tocar la guitarra. Mi sueño es ser algún día una talentosa diseñadora de modas.

Este cuento se lo dedico principalmente a Dios, y a todos aquellos que tienen un sueño, pero que no saben cómo cumplirlo o no se sienten capaces de hacerlo; por ello me identifico con estas profundas frases:

«Nunca desistas de un sueño. Solo trata de ver las señales que te lleven a él».

Paulo Coelho

«Si sueñas con alcanzar las estrellas, cuando menos obtendrás la luna».

Brian Littrell

**Grado séptimo
Gimnasio Cantabria,
Medellín, Antioquia**

Zara, la zanahoriactriz

LAURA BERENA ROBLES MARTÍNEZ

Muy lejos de aquí, en una isla llamada Bocados, vivía Zara, una zanahoria que anhelaba ser actriz, pero sus padres pensaban que era una completa pérdida de tiempo porque querían que fuera enferfruta, juezanahoria o abogabrocoli como sus hermanos; sin embargo, ella no les prestaba atención y siempre que había una obra en el comilegio era la protagonista, la antagonista y la extra, se aprendía todo el libreto y enseñaba a los almuerzolumnos a actuar. En definitiva, era una muy talentosa zanahoriactriz.

Una tarde su maestromate de teatro fue a su casa y habló con sus padres acerca del talento de Zara, pero solo empeoró las cosas. Sus padres la inscribieron en un pizzainternado del pueblo Fastfood, donde solo enseñaban «profesiones importantes». Ella estaba muy triste porque ya no sería actriz. Tres días después, Zara escribió una obra de teatro y se la enseñó a los dueños del pizzainternado, quienes aceptaron producirla. El día del estreno se dieron cuenta del talento de Zara, la sacaron del pizzainternado y la inscribieron en la Real Academia de Acfrutación, en donde demostró ser la mejor.

Al terminar la escuela se convirtió en la más famosa zanahoriactriz de la isla. Todos la querían contratar para películas y programas. Zara había logrado cumplir su sueño y, como no fue fácil, decidió viajar por el mundo actuando y dándole esperanza a todos los cominiños, enseñándoles que todos los sueños se pueden lograr si se trabaja con constancia, venciendo los obstáculos. ■





CATEGORÍA

RIONEGRO

FRANCY JULIET SERNA ALZATE

Amor ilegal

103

BARRANCABERMEJA

DAYANNA FERNANDA PIÑEROS MONTOYA

24 horas

97



BOGOTÁ

JULIÁN FRANCISCO

GONZÁLEZ ACUÑA

El psiquiatra

87

MONTELÍBANO

DELIA ISABEL MONTIEL RODRÍGUEZ

Amor en silencio

91

ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA ÚNDECIMO GRADO

ENVIGADO
ELIZABETH MARÍN
CASTELLANOS
Cincuenta
115

VALLEDUPAR
SHAKÉN MAZAYA
MORENO FAJARDO
El abrazo del destino
121

BOGOTÁ
MARÍA JOSÉ PLATA FLÓREZ
Sonidos que no desean
ser escuchados
141



MEDELLÍN
MANUELA HERRERA ARANGO
Alas de papel
109

BUCARAMANGA
RUBÉN FELIPE
RIVERA OTERO
El escaramujo blanco
135

BOGOTÁ
KELLY JOHANA
MÉNDEZ CARRANZA
El fantasma de su sonrisa
127



El psiquiatra



JULIÁN FRANCISCO GONZÁLEZ ACUÑA BOGOTÁ

A mi papá, que creyó en el cuento
y que cree en mí.

A los ojos del que me lee, no soy
nadie. En la medida de lo posible
quiero que esto continúe así.

Grado noveno
Instituto Alberto Merani,
Bogotá

El psiquiatra

JULIÁN FRANCISCO GONZÁLEZ ACUÑA

Despertas. Es otro día de arduo trabajo en el hospital psiquiátrico. Te estás hospedando en una humilde habitación, una exactamente igual a la de los internos. Tienes que ir de consulta en consulta, de terapia en terapia, recorriendo los mismos pasillos una y otra vez. Las blancas paredes, las límpidas baldosas, el olor a desinfectante y los gritos de los pacientes son tu pan de cada día. Al fin de cuentas, eres un psiquiatra. Frecuentemente te encuentras absorto en la monotonía de tu oficio y pasas largas horas pretendiendo que escuchas a todos tus pacientes, a pesar de que realmente andas obnubilado, anonadado; sientes que ya no aguantas más y entonces, exhausto, vuelves a tu habitación.

Es de noche y no puedes conciliar el sueño. Las patologías de todos los pacientes que visitas a diario son tan familiares que de vez en cuando te sientes en el lugar de ellos y aunque te esfuerzas por creer que nada de lo que haces repercute de manera directa en tu salud mental, muy en el fondo sabes que algo se está adueñando de ti. Es de madrugada y pasan apenas unos segundos antes de que te levantes agobiado por el insomnio y abras la puerta de tu habitación para avanzar determinante y a la vez sigiloso. Ahora caminas cabizbajo, susurrando una que otra palabra, y entonces te tropiezas con el filo de una puerta. Bramas de dolor. De inmediato, todos

los guardias prenden sus linternas y te alumbran directamente en la cara con cierta displicencia, más bien con lástima. Te tapas los ojos para que no te encandile la penetrante luz que apunta a tu rostro y caes al suelo fulminado, como si hubieras usado toda la fuerza que posees en esa caminata nocturna.

Despiertas. Piensas continuar con tu rutina diaria, revisas en tu mente el itinerario y te dispones a dirigirte a la habitación de otro paciente. De repente, sientes un dolor punzante en tu tobillo y al agacharte notas unos vendajes en casi todo tu pie derecho. Con dificultad te enderezas, miras a tu alrededor y te das cuenta de que no estás en tu habitación. Paulatinamente empiezas a recordar las desventuras de la noche anterior. En ese momento un hombre formal, de bata blanca, con gafas y fonendoscopio entra a la habitación y se sienta en la silla que se encuentra adyacente a tu cama. Te mira de reojo y agarra una libreta de un bolsillo de su bata y comienza a dictar la condena de tu perdición: «He sido informado que el paciente número 4284 fue encontrado merodeando las instalaciones a las 3: 25 a. m.». Se te hiela la sangre y sientes cómo tu corazón empieza a bombear descontrolado. El hombre te vuelve a mirar y reconoces en su bata una identificación: Dr. Hans Enziel. «También me comentaron que el paciente 4284 sufre de trastornos de personalidad y que normalmente frecuenta a los otros internos para preguntarles cosas, como si se tratara de un psiquiatra», prosigue y, finalmente, se te acerca y te pregunta: «¿Acaso cree usted que es un psiquiatra?». Te limitas a permanecer callado, conforme el hombre se levanta y se marcha, y casi sin pensarlo coges la silla en la que ese hombre se hallaba y la ubicas en el centro de la habitación. Con las cortinas improvisas una soga, la amarras a un tubo que está en el techo y, parado sobre el asiento, sumerges la cabeza y susurras acongojado: «Estoy loco». ■



Amor en silencio



DELIA ISABEL MONTIEL RODRÍGUEZ MONTELÍBANO

Este triunfo se lo dedico principalmente a mi padre, Dagoberto Montiel, por ser un incondicional y por darme las oportunidades que ahora tengo; a mi madre, Doris Rodríguez, por apoyarme siempre y por alentarme a seguir adelante, saciando mi sed de lectura. También se lo dedico a mis hermanas Kelly, Bleidys y Sofía por hacer que mi vida nunca sea aburrida; a esta última, por ser la persona en la que más confío.

A toda la familia Montiel y, por último, a mi colegio, que me ha hecho lo que soy y que ha forjado mi carácter, además de mi mente; gracias especiales a la profesora Carol Santana.

Grado décimo
Fundación Educativa
de Montelíbano,
Montelíbano, Córdoba

Amor en silencio

DELIA ISABEL MONTIEL RODRÍGUEZ

Ella es como una brisa refrescante que te alegra el alma. Le alegra el día a cualquiera. Él es como una gota de agua, pura y cristalina. Haría feliz a cualquier mujer. Ella ha tenido que vivir lo que probablemente no le ha tocado a nadie. A pesar de sus pocos años ha sufrido más que cualquier persona que conozca y aun así sonríe todo el tiempo. Su presencia es tan reconfortante para mí... Él es la única persona que me conoce completamente. Ella me permitió entrar a su vida como nunca se lo había permitido a nadie.

Él llegó a mi vida y la iluminó con su sonrisa, con esos hermosos ojos azules que cautivan y enloquecen. Ella es tan fuerte, desearía tener su fuerza, es una luchadora. Aunque en mi vida ha habido pocas personas importantes, él verdaderamente se ganó un espacio en mi corazón. En realidad, no sé cómo llegué a estar tan perdidamente enamorado de ella. Estoy perdidamente enamorada de él.

Y cómo olvidar el primer día que la vi. La chica que siempre sonreía y que se la llevaba bien con la mayoría del salón, aunque siempre estaba sola. Cómo olvidar el día que llegó al salón el chi-

co nuevo que no conocía a nadie y que obviamente necesitaba amigos. Ella fue la primera persona que me habló, con esos hermosos labios y su sonrisa brillante. Y, por supuesto, yo iba a ser la primera en hablarle, aunque por un momento fue algo imposible, sus ojos hipnotizaban. Quizás eso fue lo que me hizo enamorarme de ella, ese «bienvenido», seguido por un golpecito en el hombro muy dulce, como ella. En realidad pensé que nunca iba a salir de mi boca el «bienvenido» que aseguró algo entre nosotros. Ese golpecito me devolvió a la realidad, ya que me quedé atontado con su hermosa sonrisa. Él solo me respondió con una dulce mirada y me dijo: «Hola». Solamente fui capaz de decirle: «Hola», porque no estaba seguro de sonar coherente si decía algo más. Y ese simple hola hizo que me enamorara de él.

Ahora estamos en un picnic, tres meses después de conocernos, y ella está acostada justo a mi lado. Me invitó a un picnic y estamos acostados uno al lado del otro. Verla con los ojos cerrados es genial, te genera una paz interior inigualable. Y aquí, con los ojos cerrados, estoy pensando todo esto. Si supiera que pienso todo esto de ella. Si él supiera lo que pienso. La brisa hace que su pelo se mueva muy suavemente y el atardecer en el fondo es perfecto, todos los días con ella son perfectos.

En realidad, en mi vida ninguna persona había sido capaz de generarme una felicidad tan grande como la que él me ha prodigado porque, a pesar de que no sabe a ciencia cierta lo que siento, desde el primer momento me ha apoyado. Lograr que me mostrara lo que en realidad era su vida fue difícil, fue duro conseguir su confianza. Cuando alguien ha sido dañado por tantas personas en la vida cree que todos vamos a hacerle daño, y eso pensó ella de mí al principio. Al principio creí que él solo quería hacerme daño, como lo han hecho todos los que han entrado en mi vida.

Al fin logré entrar en su vida, tratando siempre de hacerla feliz, que sonría, no con esa sonrisa falsa que le muestra a todos en el colegio, ¡no!, una sonrisa verdadera y genuina que me enamora cada día más. Él no quería hacerme daño, supongo que únicamente anhelaba a alguien importante en su vida; en realidad me ayuda mucho porque me hace sonreír como nunca nadie lo había logrado. Él sabe quién soy en verdad, me ayuda a escapar de todos los problemas y de mi pasado. Cuando ella sonríe me siento en las nubes, siento una paz interior que no había sentido antes, una paz que nunca nadie me había dado.

A veces me pregunto por qué él aún no ha conseguido a alguien. Pienso que estoy ahuyentando sus citas y eso en cierto modo me tranquiliza porque sé que nunca tendré que verlo feliz con alguien más. Solo le pido a Dios que ella no consiga a nadie porque no sé si aguantaría verla sonreír por otra persona. A veces pienso que me agradaría que me viera como algo más.

Solo quiero que ella me haga feliz a mí. Si supiera todo lo que siento, ella no lo aceptaría. Solo quiero que él sea mi razón de sonreír para siempre. Pero nunca se lo diría... solamente soy su mejor amigo. Pero eso nunca va a ser así... qué lástima, solo es mi mejor amigo.

Y todos en el colegio se daban cuenta de cómo él estaba enamorado de ella y de cómo ella se moría por él. Todos, menos ellos dos. ■





24 horas



DAYANNA FERNANDA PIÑEROS MONTOYA BARRANCABERMEJA

Las letras forman palabras, las palabras forman frases y las frases forman historias.

Esta es una de las muchas historias que las letras hicieron nacer.

Tuve noches de insomnio, de borrar, de llorar, de frustrarme por un cuento; no me arrepiento.

Hoy puedo decir que vivo la literatura, ¡que vivo el arte!
¡Hoy las letras me forman a mí!

Grado undécimo
Escuela Normal Superior
Cristo Rey,
Barrancabermeja, Santander

24 horas

DAYANNA FERNANDA PIÑEROS MONTOYA

Felicidades, ha soportado exitosamente veinticuatro horas más de su vida, vida en la que, desde temprana edad, va a estar en manos de otras personas consideradas como su familia. De ella depende su supervivencia, desde su tierna infancia hasta su adolescencia, etapa en la que simplemente va a odiarla unos días y amarla otros. O no.

Entonces usted decidirá que es suficiente y la vida, coqueta y tranquila, dirá que no. Todavía no. En esa etapa tan «maravillosa» que es la adolescencia, además de seguir dependiendo de sus padres va a ir a una escuela donde su futuro está cifrado en sus profesores; pero no se engañe, eso no significa que usted no sea responsable de su futuro, aunque los maestros también se llevan buena parte de la culpa. Entonces usted pensará: «Por favor, es suficiente», y la vida, aún coqueta, pero más alegre, dirá: «Espera un poco, todavía no. Aún no».

Cuando ya tenga edad suficiente, irá a la universidad (se habrá dado cuenta de que ha estudiado y estudiado para... seguir estudiando) y seguirá dependiendo, nuevamente, de sus padres. Si es

que ellos le quieren ayudar. Entonces va a poder darse cuenta de lo que es vivir solo, o al menos lejos de regaños y gritos para que ayude en su casa. Entonces usted dirá: «Es suficiente, vamos», y la vida, entornando los ojos, dirá: «Que esperes un poco más, cariño». Con toda la tristeza del mundo, aún no es momento.

Al terminar la universidad (termina sus estudios) tiene que seguir de largo a buscar un trabajo. ¡Un trabajo! ¡Un trabajo, joder! Ha estudiado buena parte de su vida para conseguir un trabajo en el que pasará el resto de su vida (eso si es uno fijo, porque si no...) y ese dinero que gane, al principio, será para usted solamente, pero ¿olvidamos algo? ¡Ah, sí! Las cuentas que llegarán cada mes a su casa o apartamento, agua, luz, teléfono, Internet, gas. ¡Por todo tendrá que pagar al Gobierno! Y como si eso fuera poco, si usted llega a tener familia, además de mudarse a una casa más grande, porque su esposa e hijos no caben en un apartamento o en una casa de soltero, tendrá que dar parte de su dinero para que sus hijos se alimenten, estudien. Ellos serán como usted. Y usted dirá: «Por favor, te lo ruego, es suficiente, y la vida, cansada de todo, dirá: «Te esperas o alargaré el momento». Es extraño, pero por suerte o desgracia aún no es tiempo.

Lo peor es que esas personas, más adelante, pueden querer separarse de usted (esposa) o tratarlo mal cuando pasen por una «etapa adolescente» (hijos) que usted tendrá que afrontar. No los puede correr de la casa (¡Dios mío, qué gran idea!); tampoco venderlos (un poco cruel e ilegal) y lo único que puede esperar es una disculpa solamente cuando quieran salir con sus amigos. Linda vida.

Entonces usted se habrá dado cuenta de que ya tiene suficiente, pero en una edad muy avanzada, y la vida decidirá que sí, que es cierto, que ya es suficiente. Entonces, morirá.

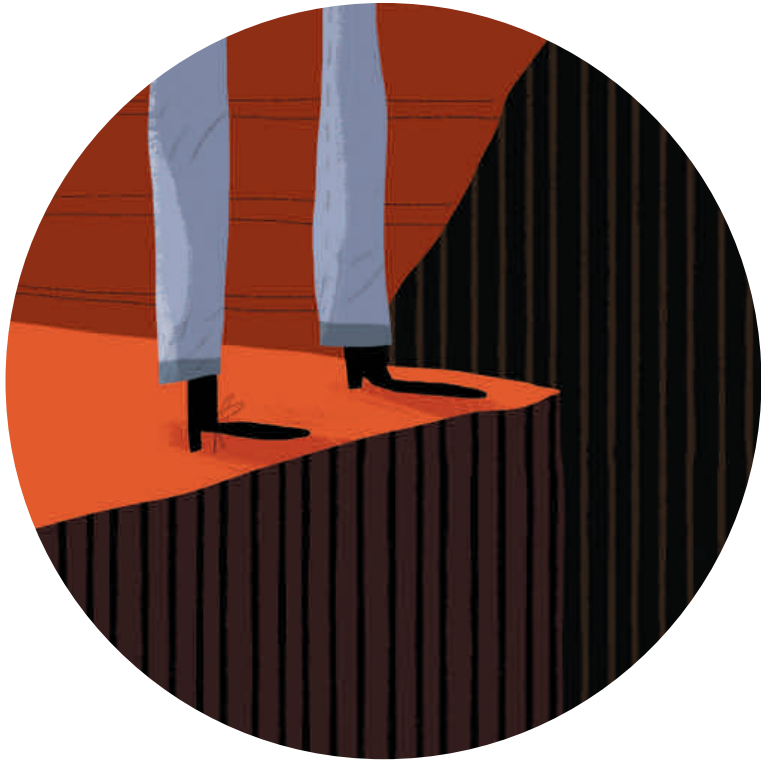
Y usted, o mejor, su cuerpo sin vida, empezará a depender de su familia, que decidirá si cremarlo, su piel fundiéndose, su cara derritiéndose, sus huesos volviéndose cenizas, las abrasadoras llamas atrapando todas las partes de su cuerpo. O enterrarlo, encerrado con animales diminutos que poco a poco irán consumiendo todo lo que era, pudriéndose, dejando que los gusanos se coman su piel, todo lo que usted hizo con su cuerpo... reducido a nada.

No se llevará nada. Pero eso no importa, ya estará muerto, no sentirá nada. La vida decidió que ya era suficiente.

Pero, nuevamente, felicidades, porque cada cuarenta segundos, en algún lugar del mundo, alguien habrá decidido que es suficiente y aunque la vida le haya dicho que esperara, no lo quiso hacer. Felicidades porque cada cuarenta segundos alguien piensa en el suicidio y lo hace realidad. Felicidades porque, mientras usted leía esto, pasaron más de cuarenta segundos y todavía sigue vivo, sigue aquí y pensando en superar todo lo que vendrá con el futuro.

¿No? Felicidades porque es usted una de las personas que ha superado a personas como yo, pesimistas, que le han dicho qué es lo que tiene que hacer con su vida, qué es lo que le deparará el futuro, pero usted sigue aquí, sin darle mayor importancia.

Felicidades porque en este momento alguien ha decidido que es suficiente y aunque la vida le haya dicho que no, ese alguien cierra sus ojos fuertemente y se dispara en la cabeza o se ata una soga al cuello o se tira de algún edificio cercano. O se corta las venas. Pero usted ha pasado, exitosamente, otras veinticuatro horas de su vida. Y esperemos que aún esa vida coqueta y risueña no haya decidido que es suficiente. ■





Amor ilegal



FRANCY JULIET SERNA ALZATE
RIONEGRO

Me encanta escribir y me gustan el teatro, la música y la fotografía.

Agradezco a mis padres y a mi amiga Leicy, la bibliotecaria.

Grado undécimo
Institución Educativa
San Antonio,
Rionegro, Antioquia

Amor ilegal

FRANCY JULIET SERNA ALZATE

Estoy cansada de tener el ceño fruncido, de llorar en mi habitación, sola. En esas cuatro paredes sombrías solo hay desorden. Me levanto, voy a la cocina, tomo un vaso de agua. ¿Hace cuánto no como nada? Abro la nevera: vacía. ¿Salir a la calle? No quiero. Vacilo un momento. Salgo. Trato de organizarme un poco el cabello. Llego a la tienda, compro un helado y regreso a mi apartamento.

Me siento en ese mueble viejo, gastado. Me siento incómoda, me levanto, me miro al espejo: doy asco. Decido ir a la ducha, dejo que el agua fría corra por mi cuerpo, lavo mi cabello. Al salir, me peino, me pongo un vestido, me miro al espejo: tengo ojeras. Me maquillo un poco, quedo mucho mejor, me siento guapa. Organizo mi apartamento un poco y salgo.

Llego al parque. Está lleno de niños. Te recuerdo. Miro el cielo, una nube, me distraigo.

—¿Puedo sentarme?

—¿Quién es? —Volteo la cabeza y veo a un hombre alto, se ve interesante, está ordenado, nada mal...

—Sí, claro. Siéntate —le respondo mientras él sonrío, sus dientes son muy bonitos y, sin saber por qué, me fijo en sus labios rosados.

—¿Cómo estás? —me pregunta con mucha confianza.

—Bien —respondo—, ¿y tú?

—Muy bien, gracias. Hace un hermoso día —asevera con tono optimista, mientras pasa un carro de helados—. ¿Quieres uno? —Sonríe.

—Vale —respondo y sonrío.

Se queda a mi lado toda la tarde. Cuando veo que llega la noche me levanto para despedirme. Le doy gracias por el helado y me doy la vuelta.

—Mañana te espero aquí a las dos —me advierte con mucha seguridad.

Sigo caminando. Ahora estoy confundida. Estoy a tres pasos de mi puerta. He dejado las llaves. Me pregunto dónde estará la dueña del edificio. La busco, la encuentro, le doy las gracias.

Al fin entro, voy a mi cuarto, veo mi cama y mi libro. Me acuesto y me pongo a leer. Ya llega la noche, ese «te espero aquí a las dos» me retumba en la cabeza. ¿Iré? No sé... Me cayó bien, es agradable, serio. ¿Por qué se me acercó? No tenía ningún tono coqueto, se ve algo mayor. ¡Qué raro es! Me duermo.

Cuando despierto son las diez, me levanto, me organizo, salgo al supermercado, hago las compras. Llego a mi casa. Ya son las doce. Cocino algo, pasa el tiempo y ya son la una y treinta.

¿Iré al parque? Vacilo diez minutos, agarro mi mochila, empaco mi libro —por si acaso— salgo para el parque, estoy nerviosa.

Está sentado en la misma banca de ayer, ¿me acerco o no me acerco?

—Hola —digo.

—Gracias por venir. —Sonríe.

A su lado hay un ramo de claveles amarillos, son hermosas esas flores...

—Para ti. —Las extiende hacia mí. Noto una expresión de cariño, me mira con un sentimiento diferente, como si me contemplara, como si me acariciara el cabello y el rostro con su mirada.

—Son mis flores favoritas, ¿sabías? —respondo al recibirlas.

Esa tarde hablamos sobre mí, me pregunta qué hago, qué me gusta hacer, cuál era mi deporte favorito y otras cosas.

—¿Y tus padres? —me pregunta.

Pasan por mi cabeza miles de imágenes y recuerdos.

—Murieron —respondo.

Hay un momento de silencio incómodo.

—Me tengo que ir, tengo un compromiso —miento—. Hasta pronto.

Él se ofrece a llevarme y yo declino su propuesta.

Llego a mi casa, estoy deprimida. ¿Por qué me preguntó sobre mis padres? En realidad le mentí. Mi madre sí había muerto, pero mi padre nos abandonó. Cuando yo era pequeña, él le pegaba a mamá, era un borracho, adicto a las drogas. Yo era pequeña y no entendía por qué todos los papás de mis amigas eran lindos con sus madres y el mío no.

¡Bah! Una lágrima corre por mi mejilla. ¡Qué difícil es recordar!

Veo los claveles y eso me entristece más. Papá le daba unos iguales a mamá después de pelear. Mejor no pienso en eso, pero ¿quién es ese hombre? ¿Por qué me miraba con tanta ternura?

Mi madre murió hace tres semanas, me hace falta, era mi único apoyo, lloro.

Ahora debo conseguir un trabajo, el dinero que me dejó no durará para siempre, además, debo distraerme. Mañana lo buscaré, estoy cansada, intentaré dormir.

¡Otro día más de vida! No tengo ánimos, pero debo buscarlos.

Veo el periódico, todos los empleos exigen experiencia, hay uno que no la requiere, un supermercado. No suena mal. Llamo,

pregunto, me dan la dirección. Me emociono, ya nada pasa en mi vida. Me organizo muy bien para mi entrevista. Cuando llego al lugar, lo veo. ¡Es él! ¡Increíble! Me sonrojé. ¿Por qué?

Él me saluda tranquilamente, me pregunta qué hago ahí y, ¡oh, coincidencia! Es el dueño del lugar. Me quiero morir de la vergüenza. Él, con cierto tinte de felicidad, me contrata.

Ha pasado el tiempo. Llevo más de un mes trabajando. Me duele menos lo de mi madre, he salido varias veces con él, nunca me ha mirado con morbo, me siento protegida, creo que me estoy enamorando, ojalá que no. Me trata con mucho cariño, me lleva a casa, cuando me siento mal, me escucha con mucha atención, me hace cumplidos, me... encanta.

Hace dos meses lo conozco y ha transformado mi vida. Le he contado muchas cosas sobre mí. Es un poco misterioso, dice que no tiene hijos ni esposa, pasa su vida en el campo.

Estoy emocionada. Hoy me invitó a cenar. Me pongo un vestido rojo y me maquillo, me pinto los labios también de rojo. Estoy muy feliz. Creo que le diré que me encanta. Quedé fantástica. Tocan a la puerta. Es él.

Me mira con admiración.

—Estás muy bella —me dice.

En el restaurante, la mesa estaba decorada con claveles, había pedido una comida deliciosa.

—Debo decirte algo muy importante y creo que es el momento. —Siento mil cosas, estoy nerviosa, esto lo estaba esperando hace mucho. Agacha su mirada y toma aire. Creo que le diré lo que siento.

—Te amo —digo mientras él, a la vez, me dice que es mi padre. ■



Alas de papel



MANUELA HERRERA ARANGO
MEDELLÍN

A mis padres, que tuvieron el valor de cuestionarme cuando debían hacerlo y de apoyarme cuando más lo necesitaba.

A Rina, que me enseñó que quien no tiene alas debe construir las.

A Medellín, la única ciudad del mundo que enseña a las personas a volar.

Grado décimo
Colegio Calazans Femenino,
Medellín, Antioquia

Alas de papel

MANUELA HERRERA ARANGO

A veces sueño que me pierdo en la inmensidad del cielo, que vuelo con las aves y que me como las nubes. Otras veces sueño que hay monstruos que me persiguen y cuando están a punto de alcanzarme extendiendo las alas y vuelo, vuelo muy lejos, el viento me arrulla en sus brazos y toco las estrellas que me gritan: «Adiós».

Hoy el ogro ha vuelto a casa muy furioso. Mi mami llora y me pide que haga silencio mientras subo a mi habitación. Ella siempre tiene la carita hinchada y llena de moretones y raspaduras. ¡Pobrecita mami! Cree que no me doy cuenta de que el ogro es muy malo. Ella quiere que yo lo quiera, pero él me da miedo, a veces me golpea y me mira con una cara tan feroz que me pongo a llorar y mojo mis pantalones, entonces él se pone furioso, me golpea más fuerte y me dice: «Maldita inútil, no sirves para nada», y después todo se pone oscuro.

Quiero ser un pajarito y poder volar muy lejos, pero no puedo dejar a mami solita, tengo que protegerla. Soy la que hace que mami tenga problemas, por mi culpa la golpea el ogro. Soy una mala niña, por eso todos me odian y me lastiman. Excepto mami. Ella solo está un poco perdida, un poco marchita. Llora como yo y las dos nos abrazamos. En ocasiones yo compartía mi osito, así ella

no lloraba cuando se iba a dormir. Pero el ogro le quitó la cabeza a mi osito y ahora mami siempre llora. Si yo fuera más buena hubiera protegido a mi osito y a mami, pero soy tonta y le tengo miedo al ogro. Es que no sirvo para nada.

Los niños en el colegio me molestan, ellos me odian, me tiran al piso y escupen mi cara. Yo no los odio. A veces, cuando no aguantó más, los muerdo, pero me siento mal, como rota. No quiero que ellos sientan dolor como yo. Entonces llega la maestra y me dice: «Muy mal, Mar, ¿ya tienes cinco años y te comportas así? Es que parece que no sirves ni para ser educada». Miro a la ventana, veo las nubes grises y pienso cómo me gustaría volar bajo la lluvia.

No me gusta llorar. Cuando estoy triste y golpeada me voy al parque con mis alas y las contemplo por horas. No importa si nadie juega conmigo, soy feliz solo con mirar mis alas. Están hechas sobre todo de papeles arrugados y algunos pedazos de gasa. Son blancas como la nieve y me quedan perfectas; con ellas puedo volar hasta tocar el sol. Una vez el ogro las vio y las destruyó, así que ahora debo guardarlas debajo de mi cama. ¡Odio tanto al ogro y extraño tanto a papá!

Todas las mañanas una paloma me observa desde la ventana. Sus alas son blancas como las mías, es inteligente y muy buena, me invita a volar y le digo: «Espérame un poco, pequeñita, solo un poco más».

El ogro ha venido muy borracho. Al principio estaba un poco amable y hasta intentó besar a mamá, pero ella ya no besa ogros y ahora él está tan enojado que mamá me hizo esconderme en mi clóset. Escucho muchos gritos y no estoy segura de qué están diciendo. Me doy cuenta de que estoy llorando al probar mis lágrimas. Mamá dice que las lágrimas son excesos de amor, pero es mentira, las lágrimas son pequeñas gotitas de tristeza, por eso son

saladas. Todo lo horrible es salado: las lágrimas, la sopa y el mar. Por eso odio llorar.

Me he quedado dormida. Cuando abro los ojos me duelen mucho y no puedo ver bien. Abro el clóset despacio, ahora ya no escucho gritos. ¿Qué ha pasado? Bajo de puntillas a la sala. Tengo mucho miedo de encontrarme con el ogro. Lo escucho roncar desde un rincón lejano. Tiene una botella de cerveza quebrada en su mano. Camino un poco más y encuentro a mamá tirada sobre la alfombra, hay mucha sangre y no puedo ver su rostro. Me acerco a ella y está muy fría, hay pedacitos de vidrio alrededor, brillando por todos lados. Algunos tienen gotitas rojas encima. La sacudo por un tiempo, pero ella no despierta y ahora estoy muy asustada, comienzo a llorar y le digo: «Seré más buena, mami, seré mejor. Tengo miedo, no quiero estar sola».

Lloro y miro el cielo. Ahora mami está volando, su cuerpo sigue conmigo, pero ella está volando. Yo también quiero volar con ella, así que subo corriendo y cojo mis alas, miro al balcón y veo a la pequeña paloma allí, ella me mira de vuelta, curiosa, después vuela hacia el cielo inmensamente azul. Y yo susurro, bajito: «Ya voy, pequeñita».

Me dirijo al balcón con mis blancas alas puestas, me subo al borde y por un momento miro hacia abajo, donde mucha gente triste y gris pasa. ¡Ojalá ellos tuvieran alas y también pudieran ser libres!

Cierro los ojos, salto, extendiendo mis alas, siento el viento en mi cara y sonrío: ahora puedo volar para siempre. ■





Cincuenta



ELIZABETH MARÍN CASTELLANOS ENVIGADO

A mis padres y amigos, sin ellos no sería quien soy ni esta historia se hubiese contado.

A los libros, que me han hecho sentir mil y un sentimientos en un puñado de palabras.

«Adoro los placeres sencillos; son el último refugio de los hombres complicados».

Oscar Wilde

Grado undécimo
Colegio San José de la Salle,
Envigado, Antioquia

Cincuenta

ELIZABETH MARÍN CASTELLANOS

Desperta en la mitad de una habitación, sola. Es blanca y tiene ese olor a amoníaco distintivo de los hospitales. Se sienta sobre la camilla, con el cuerpo adolorido y la cabeza palpitante. Desconecta lo que supone que es el suero y comienza a sentirse algo mareada. El «bip» del monitor cesa para volverse un único pitido constante cuando remueve la pinza de su dedo. Debe salir de allí y volver a su hogar rápidamente. ¿Cuánto tiempo lleva allí? Rezando porque no sea demasiado se acerca a la puerta y la abre de un tirón para observar el pasillo. Es largo, completamente blanco e iluminado. Al final solo hay un giro a la derecha que indica que el camino continúa. Los primeros pasos los da con cautela, casi esperando que un loco le salte encima. Camina con un poco más de confianza. Tal vez sí está en un hospital, uno muy descuidado, por golpearse la cabeza y perder algo de su memoria. Eso explica el dolor.

El primer par de puertas están unos pasos más allá, imponentes y plateadas, con una pequeña ventana. La puerta de la derecha tiene una gran X negra sobre ella y al mirar a través del vidrio no ve más que muebles rotos amontonados. La segunda, a su izquierda, está algo empañada. La habitación que se ve dentro es bastante grande, con paredes acolchadas y blancas y varias lámparas col-

gando del techo. No los ve de entrada, pero los oye. La risa de dos niños tintinea en el aire, luego susurros y más risitas, como si compartieran un secreto gracioso entre ambos. Sus cuerpos están muy juntos al otro lado del cuarto, tanto que no puede decir dónde comienza uno y termina el otro. Sobre sus frentes caen cabellos rizados color caoba. Sus ojos brillantes y grises la observan. Los ve ponerse de pie y caminar en su dirección. Da un paso atrás, inconscientemente, notando algo en aquel pedazo de metal que no ha visto antes: una ficha médica.

Experimentos 1 y 2. Edad: 6 años. Operación exitosa. Cuerpo bicéfalo.

Al alzar la vista no encuentra hermosura en aquellos rasgos angelicales, solo locura. Entiende por qué no se pueden distinguir bien sus cuerpos —están unidos el uno al otro— y sabe que no es de nacimiento. Una bata cubre aquel monstruoso cuerpo. Aun así puede apreciar las bruscas suturas que corren por donde debían estar sus hombros antes de ser unidos. Lo que a lo lejos ve como hermosos ojos claros ahora son orbes aterradoramente abiertas con pupilas dilatadas, sus sonrisas tienen también un aire siniestro, como si supieran exactamente por qué está ella allí. Son sonrisas diabólicas, de esas que ruegan por sangre.

Aterrada por tal expresión en rostros tan jóvenes, corre y gira al final del pasillo. ¿Qué es ese lugar? Definitivamente, no un hospital. No quiere ver las demás puertas, solo Dios sabe qué encontrará si lo hace. Sin embargo, alcanza a leer varias palabras. Experimento 3, trasplante de ojos. Puede imaginarse lo que significa eso. Experimento 7, radiación. La imagen le causa escalofríos. Experimento 14, acupuntura. No quiere saber. Se detiene en una: Experimento 22, proyecto Frankenstein. Edad: 19. Operación fallida, el sujeto presenta una psicosis grave. No puede evitar dar un vistazo.

En medio de la habitación hay un chico sentado de espaldas, con el pelo rubio y grasiento, algunos años mayor que ella por lo que dice su ficha. Permanece con la cabeza gacha y las piernas cruzadas en un círculo de sangre. ¿Siquiera está vivo? ¿Es suya aquella sangre? Pega un poco más el rostro al vidrio con la esperanza de observar mejor ese subir y bajar de hombros. ¿Acaso tiene una camisa de fuerza? Le parece ver que mueve la cabeza un poco. Grita inevitablemente cuando el muchacho aparece de forma repentina frente a ella, al otro lado de la ventana. Tiene la expresión de un psicópata: ojos rojos, extremadamente abiertos y sin enfocar. Tiene un corte sobre una de las cejas y un arañazo al lado derecho de la cara. Se le han formado ya costras de sangre seca, dándole un aspecto maligno, sobre todo por su sonrisa. Sus dientes están manchados con una sustancia carmesí que también corre por las comisuras de los labios. Sabe por qué lo ha encontrado de espaldas en la puerta en cuanto vio la pila de extremidades humanas roídas, justo donde estaba sentado. «Canibal», susurra. Su mente le grita que corra, pero tiene las piernas entumecidas en ese mismo punto, mientras que aquel «ser», a falta de un término mejor, le dirige miradas lujuriosas, deseando su cuerpo, pero no sexualmente.

«Eres la siguiente», un murmullo a sus espaldas le hace girar tan repentinamente el cuello que teme haberse causado un desgarro. Una chica pálida le devuelve la mirada. Experimento 23, quimera, lee en su ficha. No puede responderle, solo observarla. La chica sonrío, da pasos atrás en su habitación para que pueda echarle un vistazo a sus piernas deformes y peludas, con pezuñas al final. La palabra «cabra» le viene inmediatamente a la cabeza. «¡Eres la siguiente!», grita y comienza a reírse fuerte, generando escalofríos a todo su cuerpo. Oye risas igual de dementes a su alrededor.

¿Qué harán con ella? ¿Le quitarán sus órganos y la obligarán a comerlos luego? ¿Le implantarán partes de animales como a la chica? ¿O acaso la lanzarán al psicópata para alimentarlo? No, no, no puede morir allí, no de esa forma, no aún. Tiene que salir, pronto, rápido. ¿Dónde están sus amigos? El pensamiento de encontrarlos en alguno de esos cubículos le da náuseas, siente la bilis subiendo por su garganta y, sin querer pararlo, vomita al lado de la puerta. Tiene que encontrar a alguien más, no puede ser la única desgraciada que han atrapado para ser usada en quién sabe qué cosas macabras. Se detiene en cada puerta desde ese momento, sin reconocer a nadie y sintiendo disminuir su cordura. Amputación, trasplante de cerebro, automutilación, esquizofrenia, tolerancia al dolor. A cada paso que da su esperanza disminuye y el estrés aumenta. Tiene que escapar.

Desde el cuarto de control, el hombre sonrío hacia las pantallas mientras ve a su nueva favorita correr de un lado a otro en busca de una salida, asomándose por cada ventana para encontrar un horror diferente. Ver cómo transcurre todo, tal como lo espera, lo satisface. Una sonrisa siniestra surca sus delgados y cortados labios. Toma su cuaderno de campo y lo abre en una página en blanco. Comienza a escribir: Experimento 50. Edad: 16. En proceso. Psicosis inducida. Procedimiento realizado: se asignó una habitación al sujeto, dejándole la puerta abierta para crear la sensación de libertad. El sujeto despertó desorientado por el golpe; predecible. Se estudió la reacción ante los demás sujetos de prueba. Ante la mención de su futuro aumentó su ritmo cardíaco y la actividad en el hipotálamo. Se estiman veinticuatro horas para la pérdida de la razón. ■



El abrazo del destino



SHAKÉN MAZAYA MORENO FAJARDO VALLEDUPAR

Soy una persona afortunada por tener a mi mamá, una luchadora incansable que me da su apoyo; a mi papá, el hombre de la creatividad infinita; a mis amigos quienes, aunque pocos, ocupan un lugar muy importante porque han sabido llegar allí; a toda mi familia, que ha disfrutado este triunfo y cree en mí; a ese angelito que está en el cielo, Alejo; a mis profesores

de Castellano, especialmente a Edgardo, por motivarme a participar, y a mis directores de colegio, Pedro y Bere.

Gracias por su apoyo incondicional.

Grado noveno
Colegio Gimnasio del Norte,
Valledupar, Cesar

El abrazo del destino

SHAKÉN MAZAYA MORENO FAJARDO

El hombre de la gabardina negra, que nunca había sido visto divagando por las solitarias calles de aquel barrio, metió cautelosamente un sobre de manila en el buzón de la casa más hermosa, colorida y agradable de la acera, la casa de Samantha Grace. El sobre iba dirigido a ella.

Samantha era una joven hermosa, de cabello castaño, ojos verdes y mirada profunda. Tenía muchos pretendientes que siempre le mandaban cartas, flores e innumerables regalos; sin embargo, ninguno de ellos le interesaba. Además, no tenía tiempo para un novio, ya que era una niña muy inteligente y perseverante, dedicada a sus estudios en los que siempre sobresalía. Era más bien de ese tipo de muchachita que prefería ganarse la vida y destacarse por su inteligencia más que por su belleza, aunque tuviera esta de sobra.

Aquel día encontró entre su correspondencia un sobre de manila sin datos del remitente. El sobre contenía un largo manuscrito que narraba la vida de una tal Allison, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte. Samantha comenzó a leer aquel extraño manuscrito. Aunque lo encontró inusual e interesante, recordó

que debía hacer sus quehaceres, así que guardó el escrito y no lo volvió a abrir.

Pasaron los años y Samantha continuó sus estudios. Seguía siendo la misma persona educada, amable, tierna y llena de pretendientes enamorados de su físico y, sobre todo, de su forma de ser. Un día, al fin, encontró al hombre de su vida, Thomas Thompson, un hermoso hombre rubio, con ojos azules, con piel ligeramente bronceada. Fue la única persona en toda la vida de Samantha que logró moverle el piso.

Thomas y Samantha pasaron mucho tiempo juntos, hasta que un día él decidió escogerla como la mujer que amaría el resto de su vida y le propuso matrimonio. Ella, sin pensarlo dos veces, dijo que sí. Hay que admitir que se amaban infinitamente, cada te quiero que se decían era sincero.

Tiempo después concibieron a una hermosa niña que tenía un brillante cabello castaño, como su mamá, y unos hermosos ojos azules, como su papá. Allison Thompson Grace fue creciendo al lado de sus padres; llevaba una vida tranquila y llena de alegrías, con una familia perfecta. A los quince años era una bella jovencita, llena de pretendientes, igual que su madre cuando tenía su edad. Su vida era la típica de una adolescente: muchas fiestas, reuniones con amigos, *chats* infinitos, buenas notas, estudios sobresalientes, amigos.

Sin embargo, Allison desarrolló una extraña enfermedad. Padecía del síndrome Riley-Day, no sentía el dolor, lo que la hacía excepcionalmente propensa a los accidentes. Por lo inusual de la enfermedad, Samantha y Thomas trataban de cuidar mucho de Allison.

Un día, mientras Samantha revisaba entre las cajas de recuerdos del colegio, encontró aquel sobre de manila que recibió en su

adolescencia, ese que contaba la vida de una tal Allison. A medida que lo leía se fue dando cuenta de la similitud entre la historia de la protagonista del manuscrito y la de su propia hija; no solo coincidía el nombre, sino también la extraña enfermedad, el nombre del padre, su personalidad y la forma de expresarse. Samantha notó que era un documento escrito hacía muchos años, que narraba con detalle la vida de su hija y que incluso, al final, describía también su muerte.

Samantha no sabía qué hacer, no podía decirle a nadie sobre el manuscrito porque la tildarían de loca, no podía terminar de leerlo porque se enteraría de cómo moriría su hija. ¡No podía hacer nada!, solamente guardarse todo para sí misma. Sin embargo, se le ocurrió que si cambiaba algunas partes del documento, tal vez podría cambiar la vida real. Fue imposible, las hojas eran indestructibles, no se podían quemar o romper, no se podía escribir nada encima, no se podía borrar ni una palabra. Era inmodificable.

Desesperada, pensó que tal vez podría salir en busca de quien le había dejado el manuscrito. Pero la única pista que tenía era la de un hombre que siempre llevaba una gabardina negra, como lo revelaba en una de las esquinas del antiguo papel. Sin más indicios, Samantha emprendió la búsqueda, sin resultados.

Un día, mientras Samantha seguía con sus pesquisas, Allison escuchó sobre el individuo de la gabardina negra e inmediatamente lo asoció con aquel hombre que ella se encontraba en todos lados y que, casualmente, siempre llevaba una prenda del mismo color. Habló con su mamá sobre él, la llevó a los lugares donde siempre lo hallaba. Ese día no estaba. Volvieron todos los días, los meses siguientes, pero nunca lo encontraron.

Ni Allison ni Thomas supieron para qué buscaban a aquel hombre, ni se enteraron sobre aquel manuscrito. Samantha no tuvo

más remedio que guardase todo para sí misma, como lo había hecho siempre, leer el final de aquel documento y disfrutar cada momento que vivía junto a Thomas y Allison. Aunque ya sabía qué iba a pasar, prefirió hacerse la desentendida. ■





El fantasma de su sonrisa



KELLY JOHANA MÉNDEZ CARRANZA
BOGOTÁ

A mi familia, profesores y amigas: ¡gracias! Esto nunca hubiese sido posible sin ustedes.

El amor y la muerte siempre encuentran la manera de aparecer en mis historias. No es que yo les dé permiso, pero nunca he escrito sin amor y no hay un amor que evite el trágico destino de la muerte. En cuanto me siento llena de palabras, la imperiosa necesidad de escribir se apodera de mí, lo que explica por qué tengo todo el tiempo en mis manos un lápiz y una hoja de papel.

Alguna vez leí que ignorar una pasión es un suicidio lento, así que no importa qué esté haciendo, la literatura será mi eterno refugio, el lugar donde cultivaré cada uno de mis pensamientos.

Grado undécimo
Colegio El Carmen Teresiano,
Bogotá

El fantasma de su sonrisa

KELLY JOHANA MÉNDEZ CARRANZA

Natalia se quitó los zapatos muy despacio. Sus manos aún temblaban y el nudo en su garganta no disminuía. Acostándose suavemente sobre la cama, cubrió su rostro con una almohada, haciendo un inmenso esfuerzo por no romper a llorar mientras los recuerdos la acechaban.

Recordó bajar las escaleras después de haber tenido una noche repleta de pesadillas y sentarse a la mesa junto a sus padres y su hermano. Recordó los elogios de papá al delicioso desayuno y la manera en que mamá sonreía por ello. Siempre sucedía, cada mañana. Entonces, su hermano haría algún comentario para enojarla y empezarían a discutir compitiendo por quién terminaba primero.

Pero al día siguiente no sería así. No había sido así en los últimos dos días.

Tendría que bajar las escaleras y sentarse junto a sus padres. Ninguno haría comentarios elogiando al otro porque ambos estarían demasiado ocupados tratando de contener las lágrimas. Ya no tendría con quién competir ni con quién enojarse porque él no volvería. Él se había ido y, según lo que todos decían, era para siempre.

Sin embargo, Natalia no les creía. No importaba cuánto insistieran en que él no regresaría a su habitación, ella siempre iba allí a revisar, confiando en que aparecería en cualquier momento y

sonreiría tranquilamente. Quizás lo que más anhelaba era que su hermano estuviese a su lado durante las terribles pesadillas que solían atormentarla. Él se escabullía para abrazarla y susurrarle cuentos clásicos o anécdotas, cambiando los personajes, hasta que lograba dormirse. En una ocasión llegó a inventar algo relacionado con alienígenas y robots. Si lo que los demás decían era cierto, no tendría quién desapareciera sus pesadillas y tampoco quería enfrentarlas sola. Esa fue la principal razón por la que decidió que no volvería a dormir. Por desgracia, sus párpados empezaron a cerrarse contra su voluntad y, aún con la almohada encima, cayó en un profundo sueño.

Su garganta ardía y la oscuridad parecía devorarla con cada segundo que pasaba. Natalia se hizo un ovillo en el suelo, con la esperanza de pasar desapercibida, y esperó. Cuando una mano cálida se posó en su brazo, se forzó a no gritar. Giró sobre sí misma y vio a su hermano. En menos de lo que pensó, su cuerpo reaccionó y lo abrazó. Él le devolvió el abrazo sin decir una palabra para explicar por qué estaba vestido de un color que no le gustaba. Algún tipo de bronca le había tenido siempre al blanco desde que ella derramó un frasco de corrector sobre su camiseta favorita. Seguía siendo el mismo chico alto, con cabello oscuro rizado y ojos azules. Aunque lucía un poco más joven y no llevaba zapatos.

Mamá lo reprendería por eso.

Natalia se aferró a su camisa, como en esa película que habían visto juntos, donde un barco se hunde y las personas sujetan tablas sobre el agua creyendo que eso evitará que mueran. Ella creía en ese momento que abrazarlo evitaría que desapareciera.

—Natalia —murmuró él.

—No te vayas. No te vayas, por favor.

—Claro que no. Aún te debo un cuento, hermanita, ¿recuerdas?

La noche en que la noticia llegó a casa, él no había ido a tranquilizarla. Natalia supo por qué cuando se levantó de mal humor y fue a despertarlo. Su hermano no reaccionaba.

—Sí.

—Está bien —Ambos se sentaron en el suelo—. Érase una vez una princesa llamada Natalia...

—No. Sabes que odio a las princesas.

Él dejó escapar un bufido y codeó su costado.

—Nunca me dejas hacer los cuentos a mi modo, pero en esta ocasión lo dejaré pasar. Entonces, ¿en qué iba? ¡Ah! Érase una vez una bruja llamada Natalia, que no fue invitada a la celebración por el nacimiento de la hija del rey.

—Conozco ese. Lo sé de memoria.

—Había olvidado lo exigente que eras —Natalia sintió sus ojos enlagunarse por ese comentario—. Es broma, Nata. No podría olvidarte. ¿Qué quieres que pase en el cuento?

Ella respiró antes de responder:

—Quiero que la bruja haga una poción para que nadie cercano a ella muera. Es más: para que nadie muera en absoluto.

—Eso no es posible.

—Sí, sí lo es. Es nuestro cuento, yo soy la bruja —replicó, enojada—. ¡Yo puedo hacer la poción que quiera, y a la primera persona a la que se la daría a beber serías tú!

Hubo un pequeño silencio, interrumpido por sus sollozos. Natalia sabía que eso no podía hacerse, pero estaba harta de la realidad.

—Yo no la bebería —aseguró su hermano—. Vivir es más complejo que morir, Natalia, y en realidad siempre habrá una parte de mí contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Siempre quedan partes de las personas que se van. No tengo permitido confesarte qué queda de mí, lo que es una suerte porque sé que lo descubrirás por tu cuenta.

—Pero...

—No dispongo de mucho tiempo, hermanita.

Él narró su cuento sin interrupciones. Habló sobre una bruja talentosa y sensible que era querida por todo el pueblo y cuyo hermano había viajado a tierras lejanas. Una bruja que aprendía cada día algo nuevo y que tuvo un problema con un par de trolls. Casualmente, nunca encontró a un brujo o a un príncipe del cual enamorarse.

—¿Qué sucede después?

—No sé. Es nuestro cuento, tú tienes que crear el resto.

—No puedes hacer eso —me quejé—. No puedes dejarlo ahí.

—En realidad, sí. Desde ahora crearás tus propios cuentos, Natalia. Vivirás tus propios cuentos, de hecho. Me gustaría que todos, sin excepción, tuvieran un final feliz, pero algunos no lo tendrán y son esos los que te servirán como enseñanza —Suspiró—. Dios, sueno como papá.

Ella no pudo evitar reír.

—Pero... ¿y mis pesadillas?

—Trataré de encargarme de ellas, ¿de acuerdo?

Su hermano se puso de pie y ella lo imitó. Ahí estaba: la despedida. Eso era lo más doloroso.

—De acuerdo.

—Tienes diez años hasta ahora, brujita. Haz que el resto valga la pena. Yo te estaré esperando... aunque no quiero que regreses demasiado pronto.

Entendió que no se refería al sueño. Quiso llorar, pero las lágrimas no salían. Un beso en la mejilla y un «te quiero» susurrado más tarde.

Natalia despertó y caminó hasta el baño. En su mente se reprodujo el sueño y le entró gran curiosidad por saber a qué se refería su hermano con la parte que quedaba de él en ella. Tenía que tratarse de algo notorio. Examinó su reflejo detalladamente. El cabello de Natalia era casi rojizo y su piel varios tonos más clara que la de él. Sus ojos eran de un color distinto también. Ni siquiera parecían llevar la misma sangre. De hecho, una de sus profesoras no la dejó irse con él cuando fue a recogerla porque no podía creer que fuese su hermano. Recordando cómo se burlaban de la expresión de la sorprendida mujer, Natalia sonrió.

Y fue en ese instante cuando entendió que el azar de la genética había puesto en ella la misma sonrisa. Esa que ella siempre veía tras superar sus pesadillas y lograr dormir. Así que cada vez que Natalia sonriera, sería como si su hermano estuviese sonriendo a través de ella.

Lo que había quedado de él era el fantasma de su sonrisa. ■





El escaramujo blanco



RUBÉN FELIPE RIVERA OTERO
BUCARAMANGA

A mi familia.

A Sofía, por lo sentimental de aquel escrito.

A todos los que alguna vez me vieron escribir y a quienes no.

A quienes les guste la literatura y a los no lean.

A la gente con la que alguna vez me crucé en la calle y nunca volví a ver.

Y a los tiempos libres, pues de allí salieron las líneas más grandes de mi historia.

Grado octavo
Fundación Colegio UIS,
Bucaramanga, Santander

El escaramujo blanco

RUBÉN FELIPE RIVERA OTERO

Es difícil tener que contar esto. Ciertamente es complicado tener que hablar desde mi perspectiva menos psicópata, plenamente consciente de todo lo que digo, no de todo lo que hago. Es complejo. Mezclado con el desasosiego, este estado es mortal, como si por mis venas transcurriera el tiempo y el corazón fuera mi reloj cronológico (de hecho lo es). Siempre describiendo esto como algo imposible de describir, en la ironía de la palabra, pues por mucho que lo detalle me encierra dejándome sin explicaciones. Y si el amor es de apreciación, que nadie se atreva a juntarse. Yo la aprecié por horas, intentando controlarme, pero eso solo me excitó más; en ningún momento fui consciente de lo que hacía, mis actos fueron producto de mi demencia y yo, con mi poca experiencia para manejarla, me quedé observando, no controlé mi cuerpo, trataba de hablar con ella y decirle que se detuviera; al parecer eso la incitó.

Por eso es tan difícil... ¿Qué pasa cuando dejas de pensar? ¿Qué pasa cuando el creador de ellos (porque Él no me creó) empieza a involucrarse? Tal vez todo esto sea un invento, como el libro más vendido en el planeta, un invento gracioso (ojalá).

Sería agraciado poder levantarme, verla a ella todos los días, como habitualmente. Verla reír, llorar, ser feliz, enfermar, verla vi-

vir. Seguro que sería mejor que verla fría y pálida, recostada en un forraje, sangrando, sin poder hablar. Pues a pesar de todo duele, tortura y escarmienta el hecho de que yo hice esto, y que lo hice sin haberlo hecho.

Los eventos que recuerdo hasta el momento en el que agarré esta hoja de papel para palpar el suceso son pocos; sin embargo, trataré de esforzarme por los lectores y de ambientarla lo mejor que pueda. Le sorprendería a usted saber lo contradictorio que puedo ser, no me culpo, incluso a veces lo hago a propósito —me produce una sensación inenarrable el poder confundir— y como en este momento el medio es mío, me aprovecharé un poco, de paso lo usaré para llenar espacios en mi remembranza.

Tengo dudas, pero me parece que fue un fin de semana, quizá el último día de esta, algún día en el calendario que se olvida fácilmente debido a la poca importancia que tiene para mí; no obstante, soy consciente de que los días no dejan de pasar porque no los miro, y aunque los miro.

Continuando con mi descripción, empiezo por contar un poco de mi cotidianidad. Siempre he vivido en una zona rural, en lo más profundo de la naturaleza, en la verdadera naturaleza, no la naturaleza que conoces, sino el triple de pura, donde la sociedad no alcanza a llegar; tampoco la tecnología y menos la «libertad» que esta representa. Con excepción de un poblado que se encuentra a unos pocos minutos de aquí, no hay nada más en kilómetros. Como dije, un sitio abandonado.

Esto produce cierta calma (aunque nunca estoy calmado). Un «paraíso» en el congelado infierno que la gente llama cielo, con un clima templado que para un demonio es más que helado. Con muy poca fauna, exceso de flora y un aroma muy embrollado como para detallarlo.

No hay pobreza, se vive con poco. Es muy enredado conseguir algo de carne, pero eso no es problema para un vegetariano, y ya que aquí casi todos lo son, nadie mata los animales, ni los atormenta cazándolos, en cambio los dejan vivir en paz, como unas personas, hasta que mueren.

Ahora me dispongo a revivir el suceso del primer instante que logro divisar en mi mente. Era de noche (recuerdo). Las luces de la carretera que comunica con el poblado estaban más apagadas de lo normal, el metal que las sostenía hacía un ruido silbante que terminaba con un pequeño golpe contra el poste, parecido al de una campana apenas cesa el viento. La fuerte lluvia volvía un lodazal el camino (semipavimentado, lo suficiente para que los carros transiten y, así mismo, para embarrarse) y lo convertía en un sendero peligroso.

Yo salía de la casa de Lenz, un vecino con quien solía frecuentar los bares al estilo rústico de las cercanías. Iba en una máquina algo destartada, tan rápido como era posible. No sé por qué solo salí de la casa despidiéndome de él luego de haber compartido unas cuantas bebidas. De un momento a otro sufrí un ataque de ansiedad, con la adrenalina a mil. Hundí el pedal hasta lo profundo, moví la palanca y arranqué, sin importar el peligro, haciendo caso omiso del límite de seguridad, olvidando que por viejo que pareciera, el lugar tenía una buena comisaría.

A los pocos minutos se me acomodó una patrulla detrás, con las sirenas a tope, y empezó a hacer cambio de luces. No quería problemas, me controlé y paré, me orillé y esperé a que el oficial llegara al lado de mi puerta. Como era de esperarse, me avisó de los carteles y me informó que tendría que ponerme una multa, por lo que, sin pensarlo dos veces, muy decidido, empuñé la pistola que siempre portaba y descargué tres tiros en la quijada del oficial.

No observé ni me detuve a ver si alguien estaba viendo, arranqué y esta vez a la velocidad límite me dirigí a mi casa.

Faltaba menos de media hora para llegar. La lluvia parecía por fin haber cesado y el frío de siempre abordaba el vehículo. Las ráfagas de viento golpeaban mi mejilla. Me disponía a continuar por la intersección, a la entrada al pueblo, cuando la vi ¡a ella!, la única mujer a la que contemplaba, cuyo nombre (al igual que el mío) prefiero tener en reserva. La vi caminando sola, muy tranquila, como yo, segura de sí misma. De nuevo, a sangre fría, sin pensarlo, me dispuse a bajar del carro. Llegué hasta donde ella y la saludé con una voz algo fuerte. Ella sonrió y me saludó igual. Acto seguido, empezamos a tener una conversación muy simple y típica, pero con una intención oculta.

Se veía interesada en la conversación, la detuve y le propuse acercarla hasta su casa. Gran error que aceptara.

El camino se oscurecía y yo estaba muy «alegre», asintiendo a todo lo que ella decía. Es más, el paisaje se volvía algo romántico, perfecto; con cada palabra pronunciada por su tierna voz yo encarnaba ese demonio que soy, hasta el punto en el que enloquecí completamente. De un momento a otro la golpeé con mi arma, tan fuerte como pude. El exceso de rabia actuó y ella cayó de golpe en el asiento. Es lo último que recuerdo, pues el resto son memorias cortas con muchas emociones reprimidas que evocan mi locura.

Así que aquí me encuentro, igual que al inicio, buscándole cura a lo incurable, rogando por piedad a un Dios inexistente, tratando de asimilar todo, escondiéndola a ella detrás de ese escaramujo, ese escaramujo que para mí es blanco y que próximamente será rojo. ■



Sonidos que no desean ser escuchados



MARÍA JOSÉ PLATA FLÓREZ
BOGOTÁ

Dedico este cuento a todos los monstruos que, con una maldición a sus espaldas, recorren las calles de las ciudades colombianas.

Le doy las gracias a mis compañeras y profesores del colegio Santa Francisca Romana, a mi familia, a Víctor Hugo Paredes Castro, a los integrantes de Gtomedios, a los estudiantes y profesores de la Escuela de Música de Cámara de Bogotá, a los amigos que llegaron a mi

vida por la providencia de las partituras y, especialmente, a Julio Martínez, Jaime Plata, Rocío Cruz, Olga Lucía Flórez, Edward Moore y Alberto Gracia, quienes ayudaron a armar los rompecabezas de mis escritos.

Grado undécimo
Colegio Santa Francisca Romana,
Bogotá

Sonidos que no desean ser escuchados

MARÍA JOSÉ PLATA FLÓREZ

Hace tiempo no podía dormir. Todo empezó una noche en la que, por puro capricho, no cerré mis ojos después de que mis papás me dieran el beso de buenas noches. Cuando todo estaba a oscuras escuché un ruido metálico, como el que hace el papel plateado que envuelve los bocadillos escolares. Pero el sonido era extraño, era un sonido que no deseaba ser escuchado. El ruido venía de la calle, pero a esa hora no podía ser un niño jugando o alguna pareja en una cita a escondidas. Era un monstruo, un monstruo que hacía ruidos plateados que nadie debió haber escuchado.

La siguiente noche fue igual. Un rato después de que mis papás apagaran la luz, escuché los gruñidos metálicos del monstruo. Quise asomarme, pero mamá había inducido sabiamente en mí el miedo a las ventanas. La recordé con su voz firme, esa que tienen las madres: «A una niña de mi barrio la mataron. Se la llevó una bala perdida porque se puso a mirar por la ventana». Fue otra noche sin sueño y de miedo. Miedo a un pedazo de vidrio porque daba a la calle.

La última semana de colegio me levanté de mala gana. Mamá me regañó varias veces por quedarme dormida mientras me vestía o alistaba la maleta. Un lunes gris, por la mañana, papá me acompañó a desayunar y me dijo: «Yo sabía que a medida que crecieras

te volverías un poco perezosa, pero estás muy pequeña para hacer estos dramas. Eso déjasele a tu hermano». Yo miraba con tristeza los huevos pericos, incapaz de comer, pues el sueño me quitaba el apetito. Mi hermano, un grandulón de dieciséis años, no cabía en aquella discusión. Él solo tenía ojos para su consola y su celular. Él no sabía nada de sonidos de metal y mucho menos del monstruo que había al otro lado de mi pared.

Tal vez fue la noche de ese lunes que la curiosidad venció al miedo y me atreví a mirar por la ventana. Cuando me asomé, vi el tronco y parte del follaje de un arbolito que crece frente a mi cuarto. Iba a poner la cortina en su lugar cuando una especie de enredo greñudo se asomó por la parte inferior de la ventana. Quise gritar, pero entonces la bola de greñas se daba la vuelta y me miraba. Tenía unos ojos oscuros y profundos. Eran ojos de un hombre. Eso lo sabía porque todos los monstruos fueron hombres o niños alguna vez, antes de que los maldijeran brujas o magos más malos que ellos. Quise correr y llamar a mis papás, pero el monstruo no me dejó, me tenía hipnotizada con sus greñas sucias y sus ojos de alquitrán.

Me quedé en la ventana. El monstruo debió calmarse porque me mostró lo que llevaba en sus peludas manos, un yogur de esos que guardan en las tiendas en grandes congeladores. El monstruo movió la tapa metálica. Esta vez el sonido de metal no me incomodó porque ahora deseaba ser escuchado. Sonreí, aliviada, y el monstruo peludo me hizo señas para que fuera a dormir. Le hice caso por puro miedo, porque nadie podría dormir en una situación así. Me quedé quietecita con la cabeza en la almohada, tratando de dormir con el monstruo al otro lado de la ventana.

Con el tiempo me acostumbré a la presencia de la bestia greñuda. Llegaba cuando la casa estaba toda a oscuras, se acomodaba debajo del marco de mi ventana y se tomaba su yogur de tapa pla-

teada. Cuando me levantaba a mirarlo, sus ojos grandes y oscuros estaban ahí, medio escondidos en su maraña de pelo y enredos. Recuerdo que una noche, antes de irnos de viaje, me quedé observándolo largo rato. Él no me indicó que me fuera a dormir, solo se quedó ahí, mirándome como si le fuera a pedir algo. Yo no entendía. ¿Qué podía pedirle a un monstruo greñudo de ojos oscuros?

Nos fuimos de vacaciones tres días a tierra caliente, lejos del frío, del tráfico de Bogotá y del monstruo. La madrugada del tercer día de paseo el celular de papá nos levantó a todos a las tres de la madrugada, una mala hora para despertar en cualquier época del año. Papá contestó, guardó silencio, dijo una grosería, invocó a Dios y luego otra grosería. Pero él no maldecía con rabia, lo decía como con tristeza, tal vez con miedo. Mi hermano y yo estábamos bien despiertos, pero nos hacíamos los dormidos mientras papá le susurraba a mamá palabras que la hacían llorar.

Media hora después mis papás nos llamaron para darnos las malas noticias, porque buenas no eran. Habían robado el apartamento. Mamá culpó a los porteros, papá al país y mi hermano a todo el mundo. Cuando llegamos, la casa estaba rara. La sala, siempre tan ordenada, tenía todos sus adornos burdamente expulados en el suelo. El estudio ya no tenía el computador que ronroneaba como un gato peludo y gordo. Mi hermano había perdido su amada consola con todo y controles. La que más lloró fue mamá, por su joyerito que tenía las cadenas de la primera comunión, los aretes del matrimonio, la medallita de la tía que iba a venir de visita en un mes y el brazalete de la otra que había muerto hacía once o doce años.

Mi cuarto no se salvó. La pieza se veía tan triste con el baúl abierto, los libros de cuentos por el suelo, junto con la ropa y los juguetes. Todo para llevarse la pantalla del televisor. En silencio y con lágrimas en los ojos fui recogiendo el desorden que los ladro-

nes habían dejado. Fue ese día que mamá mandó a cortar el arbolito, diciendo que era un nido de ratas. Tuve pena de mi monstruo peludo, ya no vendría porque no tendría cómo esconderse. Pero dio igual que lo cortaran porque los días en los que el árbol aún estaba en pie el monstruo no regresó. No volví a ver sus greñas ni sus ojos oscuros, ni escuché la tapa plateada del yogur.

La casa se recuperaba, yo tuve una tele nueva, mi hermano otra consola y papá se costó otro computador. Mamá no quiso joyas y se contentó con haberse llevado el anillo de compromiso y de matrimonio al viaje. Unas semanas después me atreví a contarles la historia del monstruo a mis padres. Primero se miraron el uno al otro, aterrados, queriendo creer que era una mentira. Papá fue el primero en creermelo, lo sé porque me abrazó y me dio muchos besos diciendo: «Mi hijita, menos mal ese hombre malo no te hizo nada». Mamá llegó después con sus caricias en el pelo y sus lágrimas de adulta.

Mamá y papá llegaron a la conclusión de que dormiría en el estudio y papá trabajaría donde antes había sido mi pieza. Casi nunca tratamos el tema, pero cuando lo hacemos mis papás siempre hablan de «ese tipo» o «ese hombre». Aunque alguna vez le escuché a papá decir: «Bueno, tampoco podemos ser tan severos. La gente que se dedica a esas cosas por lo general lo hace porque no tiene de otra».

Yo sigo pensando que era un monstruo. Tal vez había sido un hombre que no tuvo de otra más que dejar que lo convirtieran en una bola de greñas con ojos. Mamá dice que hay que ser mayor para comprender estas cosas, pero yo sé que si puedes dejar unos cuentos en el suelo y llevarte unas cadenitas de primera comunión entonces a ti también te han robado algo. Algo que vale más que una consola y un computador que ronronea como un gato grande y peludo. ■

3

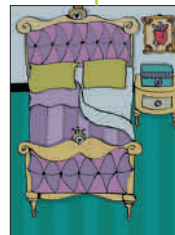
CATEGORÍA

FLORIDABLANCA
LAILA ALEJANDRA
CARVAJAL PALACIOS
Estado civil: viuda

165

IBAGUÉ
JAIRO HERNÁN
BELTRÁN ROMERO
Anatomía de un amante

159



CÚCUTA
MARÍA ALEJANDRA
RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

Alba

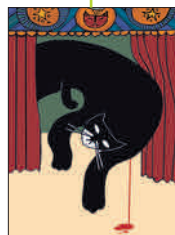
149

BARRANQUILLA
JORGE ELIÉCER SALAZAR VERGARA
Tránsito de muerte

155

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

DUITAMA
JOSÉ INOCENCIO
BECERRA LAGOS
Miércoles
175



CALI
SANTIAGO BLANDÓN
ESCOBAR
Fiestas municipales
181

BOGOTÁ
JUAN FELIPE FORERO PULIDO
Todos mis amigos
están muertos
199

MEDELLÍN
LUISA FERNANDA OCHOA CARDONA
La cobija blanca
169

SAN VICENTE FERRER
JORGE ALEJANDRO
ARBELÁEZ HENAO
¿Qué tal tu noche,
amorcito?
193

BOGOTÁ
JHANS ESPITIA
Polvo (*Ghostwriter*)
187



Alba



MARÍA ALEJANDRA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ CÚCUTA

A todo aquel que lleva el arte como aliciente y al amor como vida en las infinitas luchas. A los valientes con espíritu incansable, que pudieron recrearse a sí mismos después de verse abatidos. A los que nunca se dejaron abatir. Desde lo ilegible, a cada animal no humano existente y próximo a existir, por los que cada

día de tenacidad vale totalmente. Y, por encima de todo, a la literatura, mi verdugo y mi vigor, a ella, cada una de mis siete vidas.

**Universidad Libre,
Cúcuta, Norte de Santander**

Alba

MARÍA ALEJANDRA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

Te dije, Alba, que la comida nunca estaría lista, que si llegabas a casa con esos ojos de fingir ceguera no obtendrías alimento. Debiste haber callado, haber seguido el principio de guardar silencio, sobre todo cuando hay dolor en lo que no se dice. Debiste seguir cantando lo que te pedía el público, tomarte las pastillas que te recetó el psiquiatra y pedir perdón cada vez que alguien dudaba de la verdad de tu acusado.

Tenías que haber inventado una mejor excusa, seguir venerando al victimario, permitirle que te pagara el silencio. Pero ¡si tú nunca hablaste más que para recitar oraciones marianas, nunca levantaste las manos más que para experimentar con agujas y solo viajaste al infierno cuando era diariamente impuesto! ¿Te pareció poco? No importa, vida mía, tú no sembraste las murallas y los vacíos, no abriste la puerta de una habitación para princesas afligidas, la cerraste, la limitaste, la atascaste, perdiste la partida porque nadie escucha a las pequeñas que fantasean en voz alta, por eso los monstruos siempre la invaden.

Has regado tu propio olvido y la desidia de tus cercanos. Incineraste todos tus vestidos, destrozaste todas las hojas de tu diario, te sumergiste en la bañera por más de un minuto sin lograr tu cometido. Eras la cantora más linda del barrio hasta que decidieron

exiliarte todos: tus hermanas, tu madre, tu padre, tu abuela. Abandonaste la zona de la masacre con tan solo trece años en la piel y cinco meses de vientre, con la mochilita de colores y el cabello sin peinar, con los brazos y las piernas amoratadas y miradas que raspaban tu espalda.

Alba, Albita, el alma se te fue desde la primera sacudida, la vida te confirmaba que las historias que leías jamás llegarían a tu tropa de realidades, que los sueños se quedarían en una isla blanca donde solo entran los poderosos. El espíritu te dolió desde la primera entrada, el empalamiento de la luna, la traición a la sangre, tu progenitor dentro de ti.

Alba, Albita, llegará el tiempo de la verdad. Has sabido tener paciencia, has sabido tener amnesia, has sabido guardar la ira. Vendrán los pájaros azules a traerte los trozos del malvado, vendrán todos los poetas a dedicarte antologías enteras, a retratarte como protagonista de sus historias, pero con nombres distintos y ordinarios. Quizá seas Silvia o Carmen, si acaso Victoria, para jugar con las palabras y la realidad. Estarás también en la lista de los revictimizados si intentas la justicia. Estarás tan desnuda como siempre, serás un número más para los archivos y una lágrima más para las pantallas.

Sabías que el señor tiempo no sana a los abatidos, que no hay segundo más curativo que el de la acción, que la pasividad acompañada en tus brazos no traería flores para mi nacimiento. Ya no dibujas flores en los pupitres, no alimentas a los perros de los parques, no memorizas las citas de los libros para acallar a tus maestros; ya no hay utopías en tus manos que hagan creer a cualquiera en un sueño aún no soñado, no hay cartas anónimas para tu único amor, un niño silencioso y pintor voraz que te enseñó con su andar que el hogar podría ser el camino.

La abuela te vistió con trajes negros y te bañó con hierbas, te atestó la habitación de humo y te cambió las sábanas. La comida empezó a faltar enteramente para ti, te arrebataron los discos de ese *blues* que bailabas desde la clandestinidad, te arrancaron los libros, aunque estuviesen en los mejores escondites, te despedazaron el júbilo, te obligaron a ser ausente, porque los únicos presentes pueden ser los que se viven en reserva. Tú, en cuarentena. Pero no estabas enferma, estabas quebrada. La vida sobre la vida, la niña prodigio daría a luz y nadie quería ver ese sol, por eso partiste, tuviste que partir, la orden había sido emitida a través de un edicto de traiciones.

Tus amigas no volvieron, huyeron como si estuvieran ante la presencia de una peste. Renunciaste a tu amor y cediste a la desdicha. Soy lo único que te acompaña. Los discos ya no están, los libros han sido prohibidos, el telón no será abierto jamás. Me viste llegar a una casita desahuciada regida por monjas, me tuviste en tu habitación. Sola, lo hiciste sola, porque las novicias no querían acercarse al pecado. Con más de diez niñas expectantes a tu alrededor, muertas de miedo y de asco, violentamente descargaste alaridos para expulsarme, con las piernas abiertas y la existencia coja, con la garganta a punto de reventar, con el sudor como tu único calor, con las manos aferradas cruelmente a las almohadas. Una lágrima tras otra nacía como la vida misma, me desterraste de tu vientre y llegué a tu pecho.

Cada día era una hazaña completa, crecer es una de las cargas más pesadas. Estar sujetas a las necesidades humanas y civilizadas fue el peor castigo. Deseamos siempre ser estrella, galaxia, luna. Esperamos tanto, aun habiendo dado todo. Una abre los ojos y escoge mantenerlos así, una llega a la vida y decide quedarse en ella. Alba, mi cielo, madre mía, ya no llores, sigue cantando, si-

gue bailando ese *blues* sin miedo, sigue llenándome las noches de historias. Todo el futuro que temimos nos abrazará. Lo busqué y lo encontré, a mi padre, tu padre, lo conocí y le di muerte. Alba, Albita, el monstruo se ha ido. ■





Tránsito de muerte



JORGE ELIÉCER SALAZAR VERGARA BARRANQUILLA

A un querido amigo, quien se extravió aquella noche de lluvia y llanto, para no regresar.

«Escribo para mí. Para mi placer.
Para mi vicio. Para mi propia
condenación».

Juan Carlos Onetti

Universidad Libre,
Barranquilla, Atlántico

Tránsito de muerte

JORGE ELIÉCER SALAZAR VERGARA

Eran las diez de la mañana y los niños jugueteaban por toda la casa. Todos vestidos de negro, bebían café y aguas aromáticas. Algunas mujeres, con las cabezas gachas, empezaban a sollozar; otras habían comenzado a llorar desde la noche anterior. Hombres, amigos y familiares del viejo se repartían entre cervezas y botellas de aguardiente; algunos, ya borrachos, cantaban y contaban chistes. El viejo seguía caminando, había ingresado por el portón que permitía la entrada a los autos. Saludó a la gente, bebió una cerveza, un trago de aguardiente y siguió su paso. Todo el mundo alzaba la mirada cuando sentían las parsimoniosas pisadas acercándose. El viejo se detuvo en la cocina y, junto a las empleadas de la casa, comió un poco de cordero asado y siguió andando hasta llegar a un cuarto que se anteponía a la sala principal. En aquel cuarto se cambió de ropa y se puso un traje que había comprado semanas antes en un almacén del pueblo. Se perfumó y atesó la corbata hasta que esta apretó su ajado cuello. Lustró los zapatos de gala con los que se casó y caminó hasta llegar a la sala. Personas sentadas alrededor del recinto, sumidas entre llantos, observaban el cajón abierto. El viejo saludó a todos en la pieza y le dio un beso a su esposa, hizo

una venía doblando su cuerpo y se introdujo en el cajón. Tocarón las campanas de la iglesia. Los hombres echaron el cajón a sus hombros y avanzaron al cementerio que esperaba a su muerto. ■





Anatomía de un amante



JAIRO HERNÁN BELTRÁN ROMERO IBAGUÉ

A Leonor, mi madre, culpable de mi ADN literario; a María Luisa, quien domina las habilidades para explorar la anatomía de un amante; a Juan Camilo, corrector de mis precarias técnicas para contar las desdichas de un amor contrariado; a Claudia, por compartir las claves de su sabiduría; a Sandra, Jefferson y Manuelito por su generosa

paciencia para soportar con estoicismo mis desvaríos literarios. Pero especialmente a ese joven cuya derrota prematura inspiró esta historia.

**Universidad Cooperativa
de Colombia,
Ibagué, Tolima**

Anatomía de un amante

JAIRO HERNÁN BELTRÁN ROMERO

Aquella fue una noche invadida por el insomnio. Cumplía mi año rural en ese poblado lejano y frío. A la medianoche, cuando empezaba a dormitar, me despertó el estruendo de un disparo seco que cortó el aire e interrumpió de un tajo la música que se escuchaba a lo lejos.

No pude volver a dormir. A las seis de la mañana me levanté. Acordé con el otro médico sortear a cara o sello las tareas de la jornada. Perdí. Él atendería las consultas de urgencias del pequeño hospital y yo haría la necropsia.

Caminé sonámbulo a la morgue, atravesando un salón atiborrado de policías, familiares y curiosos que no querían perder detalles de esta tragedia.

Recordé el instante en el que el silencio de la noche fue atravesado por el balazo y repetí la pregunta que debía responder con la tarea poco grata que iniciaba: «¿Cómo ocurrió la muerte? ¿Cuál era su mecanismo fisiopatológico?». Esa era mi labor. «¿Cuáles eran los motivos del otro que lo llevaron a vencerlo sin oportunidad y sin revancha para siempre?». El ayudante ambientaría las circunstancias y las razones.

«Este es un muerto distinto», me dijo el ayudante, que se autodenominaba, orgullosamente, tanatólogo. Era bajo, viejo y gordo, escaso de pelo y dientes, experto en las lides de preparar los restos

de los vencidos para hacerlos presentables para el funeral. Sentí que estaba conmovido con el muerto. Habíamos hecho más de diez necropsias juntos y siempre sospeché que él disfrutaba del dolor de los deudos, del rictus de miedo, de la angustia y del terror a los muertos y de las circunstancias de la muerte, que me narraba en detalle.

Afuera, la madre del muerto, que se reconocía porque era la única que lloraba con convicción y sinceridad, se abrazaba con un adolescente que dejaba rodar unas silenciosas y gruesas lágrimas. Lo demás, era lo de siempre: los vecinos, los amigos y la nube imprudente y mórbida de curiosos que susurraban fingiendo congoja e indagaban detalles de la muerte. Siempre detesté a esa clase de personas. Nunca vi la cara de un muerto a menos que fuera por obligación, como en este caso. Me ruborizaba ver la derrota.

Los policías, con cara de aburrimiento e indiferencia, organizaban el salón contiguo a la morgue y anotaban en sus libretas los datos que recibían de los deudos.

El ayudante desnudó al muerto y me entregó la bata, el tapabocas, los gorros y los guantes; preparó el bisturí y la sierra para la necropsia.

Preso de la curiosidad, miré en detalle al occiso, un joven de unos veintidós años, cuerpo atlético, pálido, frío, lívido, pero sin el rigor mortis propio de un cadáver de seis horas. Vi en su rostro un gesto de satisfacción, como si durmiera feliz. Los ojos entreabiertos. Leí en su rostro una dignidad nunca vista. Su boca dibujaba una sonrisa, acompañada de un hilillo de sangre que brotaba por la comisura izquierda de los labios. Su rostro impecablemente afeitado tenía dibujado un beso con labial en la mejilla.

Solo tenía un agujero cerca de la tetilla izquierda, hecho por el proyectil estruendoso y solitario de la madrugada que encontró en su camino a este hombre y decidió quedarse en él. No encontré orificio de salida.

Sus manos eran grandes, callosas, de hombre de campo, pero sus uñas limpias y bien cortadas daban la imagen de una persona cuidadosa. Además de su imponente presencia, me impresionó el fuerte olor a perfume varonil, con aroma a sándalo, como si acabara de aplicárselo. La pequeña morgue estaba inundada de este perfume intenso y penetrante.

—¿Por qué huele así? —pregunté al ayudante.

—Se bañó anoche en perfume —respondió—, estaba invitado a una fiesta. Lo mataron mientras bailaba con la esposa del asesino.

—Pero, huelo esto —me dijo acercándose la camisa—, tiene un olor diferente. Sentí el perfume varonil, mezclado con otro aroma, una fragancia de jazmín, suave, dulce y tenue. —Era el olor de la mujer con quien bailaba —prosiguió—, por ella lo mataron. Su esposo sintió celos, los separó y le disparó en el pecho.

Entre sus dedos encontramos cabellos largos. Su brazo izquierdo lucía un tatuaje rudimentario, con su nombre y un nombre femenino que el ayudante atribuyó a la mujer de la fiesta.

—Se le advirtió, pero decía que estaba enamorado, no le importaba nada. El amor es la mayor estupidez que existe —sentenció.

Iniciamos la exploración del tórax. El proyectil se había deslizado entre los espacios intercostales. Buscamos la trayectoria, identificamos en los órganos lesionados la causa de muerte. Sus pulmones rosados estaban indemnes.

—Nunca fumó —comentó el ayudante, quien parecía conversar con mis pensamientos. Lo que yo me preguntaba mentalmente, justo él me lo respondía en voz alta.

Encontramos un corazón sano de hombre joven, con una perforación puntiforme en su ventrículo izquierdo, sin salida. Con los dedos busqué el proyectil. Allí estaba, entre abundantes coágulos. Del ventrículo extraje una bala pequeña, como el pulpejo del meñique de un niño: duro, frío. Rompió el corazón y por ese pequeño

agujero se escapó la vida, pero no avanzó. Era suficiente, aquella minúscula herida derrotó a este corazón enamorado y testarudo.

La muerte tiene sus certezas. Un solo disparo de insomnio, un solo órgano, una sola herida, nada sobraba, nada era redundante o innecesario. Allí estábamos ante la poderosa muerte.

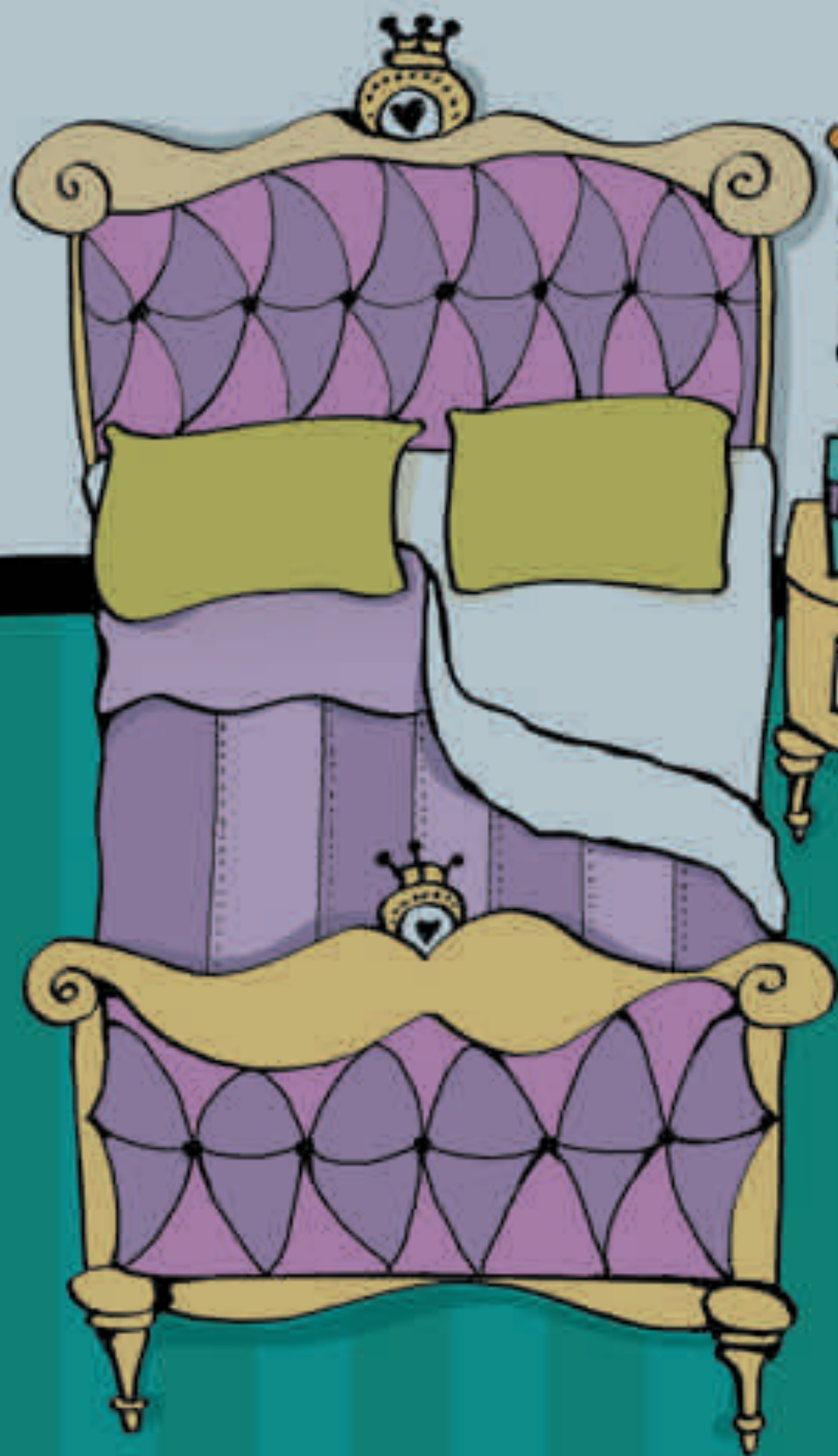
«Hay que tomar una muestra del contenido gástrico para buscar alcohol», pensé. Inmediatamente el ayudante trajo la botella para hacerla mientras decía: «No tomaba».

Exploramos su cerebro, indemne, gelatinoso, insondable. Pensaba en el lugar donde habitarían las decisiones, aquellas como prepararse para la fiesta, bañarse en un aroma de perfume seductor, disponerse a invitar a la mujer casada a bailar, abrazarla al compás de la música, apretar contra su pecho el corazón galopante de su amada y sentir el propio, ese que estaba ahora vencido y expuesto a nuestros ojos.

Estaba de acuerdo con el ayudante. Era una estupidez y un motivo abyecto matar y hacerse matar por amor. Siempre me parecieron ridículas aquellas historias de crímenes pasionales, pero nunca había explorado en la anatomía de un amor mortal.

Me acerqué. Tenía un tinte color rojo en la mejilla. Era del labial. Aventuré a suponer que la mujer le estampaba un beso en la mejilla en el momento que el asesino disparó, por eso el gesto de satisfacción que ignoró la muerte, que no se inmutó ante ella. En este momento ya no oía al ayudante que seguía murmurando sobre el muerto.

Terminamos la necropsia y le pregunté por qué me decía que este muerto era distinto. Tomó aire profundamente, como un moribundo. Se tomó un tiempo largo que sentí infinito. «Este muerto es mi hijo». Bajó la cabeza y salió del salón, dejándome solo con aquel cadáver plácido. Reaccioné al sentir el ahogo de las lágrimas que me brotaron por este amante desconocido. ■



Estado civil: viuda



LAILA ALEJANDRA CARVAJAL PALACIOS
FLORIDABLANCA

Soy una soñadora que cuenta su edad por momentos vividos, no por años pasados. Reflejo en mis escritos la lucha de mis pensamientos, la lucha de mi vida diaria, el feminismo y el cambio social.

Dedico este cuento a la vida misma, que me enseña cada día cómo luchar una vez más, al feminismo por ser inspiración para este cuento y a la lucha por la desmitificación del amor.

Agradezco a mi familia por darme la libertad de ser quien soy, por enseñarme a creer en mí y por ser la mayor muestra de amor libre e incondicional que conozco. A Florence Thomas, por revelarme que «nada construido históricamente es eterno».

Universidad Industrial de Santander, Floridablanca, Santander

Estado civil: viuda

LAILA ALEJANDRA CARVAJAL PALACIOS

Lo vio tan tranquilo, tan quieto, tan él, serenamente recostado en la cama, con los más bellos sueños reflejados en su sonrisa y no lo soportó. Tenía un príncipe, pero no era azul, solo era un príncipe, así que se le ocurrió una idea para cumplir su anhelado sueño: teñir ese pálido rostro de azul. Salió de la casa a recibir la sensación placentera que le causaba sentir los rayos de sol en su vientre. Con fuerzas casi divinas entró de nuevo a su casa, subió las escaleras sintiéndose la mujer más fuerte del mundo y, con suavidad y amor, puso una almohada en su rostro, apretó y apretó hasta que la lucha de aquel cuerpo debajo de ella terminó.

Al retirar la almohada, sus ojos se llenaron de lágrimas y en su rostro se dibujó la más sincera sonrisa. Su príncipe era azul, de ese azul único, de su azul favorito. Pero su sonrisa no duró mucho. Recordó aquellas promesas de amor eterno y sintió celos de la tierra que lo acariciaría por el resto de la eternidad, así que bajó a la cocina, cogió su cuchillo favorito, sí, aquel de cortar carne que su príncipe había afilado muy bien para preparar la cena antes de tomar la última siesta.

Subió las escaleras de nuevo, con una tristeza que parecía dominar cada uno de sus músculos y, con delicadeza, le fue quitando

la camisa a su príncipe, ahora azul. Recostada sobre su pecho, con tibias lágrimas rodando por las mejillas, tomó las fuerzas que necesitaba para seguir. Tenía que arreglárselas para que sus promesas de amor se cumplieran; no estaba dispuesta a compartir su corazón con los gusanos.

Poco a poco y con mucha delicadeza fue deslizando el cuchillo desde la garganta hasta el vientre. El líquido rojo que brotaba del cuerpo aún tibio manchaba su ropa, las sábanas, su cordura. Con destreza y suavidad separó uno a uno los huesos de las costillas de su príncipe y, con el amor más sincero que había experimentado, sacó su corazón separándolo de las venas y arterias que lo retenían y lo unían a su cuerpo, cada vez más frío. Por fin era suyo y de nadie más. Pero el gozo, la sensación de júbilo, no duró mucho. Recordó aquella otra promesa que angustiaba su ser y atormentaba su mente.

Primero sacó su ojo izquierdo, aquel que se le apagaba cuando tenía sueño o preocupaciones, y luego el derecho. Los ojos color panela ahora eran suyos. Su príncipe ya no tendría ojos para nadie más, como lo había prometido.

Morana, con sus mejillas llenas de lágrimas negras, una sonrisa adornando su rostro y con los ojos y el corazón de su príncipe en las manos, se recostó en su regazo, cerró los ojos y esperó volver a soñar con su eterno amor, su ahora príncipe azul. ■



La cobija blanca



LUISA FERNANDA OCHOA CARDONA
MEDELLÍN

Como estudiante de Artes, mi sensibilidad me ha llevado a explorar múltiples lenguajes a través del cuerpo, la música, la plástica y las letras; he podido encontrarme con la infinita riqueza del universo, la imaginación y el pensamiento.

Agradezco a la vida los golpes y zancadillas y, sobre todo, por la oportunidad de ser madre, guía y consejera de Jacobo y David.

**Universidad de Antioquia,
Medellín, Antioquia**

La cobija blanca

LUISA FERNANDA OCHOA CARDONA

Un día, mientras lavaba ropa, la tía Carmen me pidió permiso para lavar sus cobijas, que ya tenían mucho polvo. Eran tres cobijas muy bonitas, casi nuevas. Una de ellas, la blanca, me parecía muy hermosa y en tono de charla le dije que cuando no la usara más, me la diera a mí. Mi tía me contó que la cobija había pertenecido a mi abuelo José Manuel, al que solo alcancé a conocer por fotos, pero que fue el padre querido de toda mi familia materna. José Manuel le regaló la cobija a la abuela Julia, quien la guardó por treinta y cinco años, empaquetada en una funda plástica que no pudo salvarla del olor particular que adquieren los objetos guardados por largos periodos, hasta el día en que la tía Carmen tuvo que someterse a una cirugía delicada y estuvo varios días en el hospital. Solo entonces la abuela decidió sacar la cobija del empaque y dársela a la tía para que se abrigara durante su convalecencia. Mi tía, a diferencia de la abuela Julia, no guardaba nada, permanentemente sacudía sus cajones y regalaba todo lo que no necesitaba.

Después de esta pequeña charla me quedé pensando en mi difunta abuela, ella había vivido en la casa que ahora era mía. La que era su habitación lucía totalmente distinta, no había vestigios de papeles y colgandijos, calendarios viejos, medicamentos vencidos, estampitas religiosas, camándulas, flores artificiales, cuadernos de

hojas amarillentas con apuntes de toda clase, recetas, oraciones, teléfonos y recordatorios, todo cubierto de una delgada capa de polvo que los protegía de manos ajenas.

El pequeño cuarto de la abuela parecía un mercado de san Alejo, al que no le cabía ni una cosa más, pero, a pesar de eso, ella siempre se las ingeniaba para reacomodar sus cosas y hacerles campo a las nuevas. Ella sí que aprovechaba el espacio; para ser sincera, no solo su cuarto estaba atestado de cosas, también la cocina y el techo hacían las veces de bodega. La abuela era bastante creativa, afirmaba que todo servía y por eso cada vez que un recipiente plástico quedaba vacío, lo lavaba cuidadosamente para reutilizarlo en caso de ser necesario. ¿Cuántas cosas tenía la abuela en su cuarto? Era todo un misterio, los nietos llegamos a pensar que tenía un tesoro escondido y era un sueño poder hurgar entre sus cosas, pero la única manera era con los ojos, cuando entrábamos a visitarla, porque la mirada se nos perdía entre las grietas y se esforzaba por atravesar las transparencias de los velos que cubrían algunos objetos.

La abuela decía que cuando ella muriera, la tía Carmen se encargaría de lanzar todos sus preciados bienes a la basura, ya que no estaba de acuerdo con la acumulación desmedida de la anciana. De todos modos, ese parecía un panorama lejano, puesto que la abuela era como un roble inmunizado, no le dolía nada, o por lo menos no se quejaba, incluso pasó por dos cirugías a corazón abierto y siempre salió victoriosa.

Tres años después de la última cirugía, la abuela se encontraba bien, pero un día su color empezó a cambiar, su tez siempre blanca se tornó amarilla, y no cualquier amarillo, era un amarillo intenso, casi radiactivo, que con los días se volvió más fuerte; eso fue todo lo que supimos porque a los diez días la abuela murió.

Después de su muerte los médicos descubrieron que un cáncer había invadido su cuerpo, un cáncer de esos que se gestan en el interior, silenciosamente, y pasan a cobrar su cuota el día final. De todas formas la abuela, en mi opinión, vivió sus años plenamente.

La muerte de la abuela fue dolorosa para todos y, como en muchos otros funerales, reunió a toda la familia, incluso a unos que no conocía, aparecieron más tíos y primos de los que yo creía tener. Después de eso, y como una profecía que se cumple, la tía Carmen empezó a desalojar el cuarto de la abuela el mismo día que la enterraron. Estuve presente en el desalojo y me asombré bastante porque era la primera vez que en realidad veía lo que había allí guardado, no podía entender cómo entre cuatro pequeñas paredes podían haber tantas cosas, pero más tristeza me dio descubrir la cantidad de artículos nuevos, ropa, zapatos y porcelanas que la abuela guardaba dizque para una fecha especial, objetos guardados por años, esperando ser estrenados en algún tipo de evento que lo ameritara, algo imposible en una casa donde había pocos. Después de repartir las cosas de la abuela, lo que no demoró mucho, quedó el vacío y la inmensidad de su habitación, y, sobre todo, algunas dudas que surgieron desde el funeral.

Pasados algunos días un grupo de familiares se reunió en casa de la abuela. La recordamos a ella y a los familiares desconocidos que aparecieron en su funeral, en la repartición de sus corotos. «¿Quiénes eran estas personas?», le pregunté a la tía Carmen y ella, con el rostro sombrío, nos contó la verdad:

«Bueno, muchachos, esta familia es grande y bien surtida, todos somos hermanos, pero no todos nos parecemos. La abuela fue la madre de todos los aquí presentes y en todos está su sangre, pero ella sufrió sus propios dramas que todos los hijos conocíamos, pero de los que nadie hablaba nunca. Tuvo tres esposos y el

último fue José Manuel. María, la mayor, es hija del difunto Augusto Marín; Ángela es hija del capataz de la finca donde trabajó la abuela, nunca supe el nombre; el resto de los doce hijos son de José Manuel, solo que él ya estaba casado antes de conocer a la abuela, así que ella no pudo tener el lugar de esposa que siempre anheló y se sentía bastante avergonzada, tanto que al entrar a la iglesia se escondía detrás una columna porque la gente del pueblo la señalaba como pecadora. Tal vez por eso siempre les insistió a las mujeres de la casa para que se casaran, pero qué sufrimiento el que le dieron todas, mamás jóvenes y solteras, menos yo, que me quedé de tía».

Cuando la tía Carmen terminó de contar la historia, le pregunté por qué solo hasta ahora nos enterábamos del asunto y ella me dijo que por respeto a la abuela no se comentaba nada de eso en la familia, era un secreto más bien guardado que todas sus cosas y por más de cincuenta años.

Ese día por la noche, tendida en mi cama, no pude conciliar el sueño, me sentía triste y no salía una sola lágrima que me aliviara. Pensaba en todo el dolor que la abuela guardó, tan silenciosa, tan ausente. Y ahora ya no estaba. Fue esa noche de insomnio, en el silencio de mi habitación, que pude sentir lo mismo que sintió Carmen el día que se abrigó por primera vez con la preciada cobija blanca. ■



Miércoles



JOSÉ INOCENCIO BECERRA LAGOS DUITAMA

A mi familia.

Tengo dieciocho años. Admito que elegí el camino menos fácil para sobrevivir: el arte, en su personificación más enigmática, la literatura; pero le atribuyo —no sin alegría— a esa innata preferencia, mi felicidad. Voy a escribir y a leer

toda la vida; seguiré poniendo un par de sillas a mi lado para que se sienten Bioy y Borges a dictarme lo que no quieren olvidar.

**Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia,
Duitama, Boyacá**

Miércoles

JOSÉ INOCENCIO BECERRA LAGOS

I

No se bañó. Se puso las botas de goma, el pantalón de siempre y el abrigo rojo. Abrió el diccionario: adjetivo; la palabra era impróvido. Miró su reflejo. Compuso su barba. Como todos los miércoles, no desayunó. Tendió la cama, se lavó los dientes y salió a la calle. Su objetivo era inconcebible: quería matar al hombre menos prescindible del pueblo.

Dedicó toda la mañana a imaginar el crimen, a elegir a la víctima y las circunstancias de su muerte. Le disparó a un maniquí azul para entrenar.

Preparó la pistola, la bala correcta... sonaron dos balazos. Sonrió. Mató al alcalde. Creyó haber asesinado al elemento más imprescindible del pueblo: consumó el exterminio del líder. Los habitantes se enteraron. Hicieron una fiesta larga y muy alegre. El que había sido elegido perpetuamente ya no gobernaría, volvería su orfandad libertina.

El hombre se acostó temprano. «Tres balas en vano», pensó.

Estaba insatisfecho, no había sido un delito perfecto. Para tomar mejores decisiones le pidió a Cronos —su dios— que le diera la oportunidad de reiniciar el día...

II

Solo se lavó el rostro. Se puso las sandalias grises, el pantalón de siempre y el abrigo negro. Abrió el diccionario: sustantivo; la palabra era esperanto. Miró su reflejo. No movió su barba. Como todos los miércoles, no desayunó, no tendió la cama. Se lavó los dientes y salió a la calle. Su objetivo era inconcebible: quería matar al hombre menos prescindible del pueblo.

Dedicó toda la mañana a imaginar el crimen, a elegir a la víctima y las circunstancias de su muerte. Persuadió a un perro para entrenar.

Preparó el brebaje, la gota correcta... La fluidez del veneno no se oyó. Sonrió. Mató al médico. Creyó haber asesinado al elemento más imprescindible del pueblo: consumó el exterminio de la salud. Los habitantes se enteraron. Hicieron una fiesta larga y muy alegre, ya no protegerían su infinitud, volvería la peste natural.

El hombre se acostó tarde. «Dos infusiones en vano», pensó.

Estaba insatisfecho, no había sido un delito perfecto. Para tomar mejores decisiones le pidió a Cronos —su dios— que le diera la oportunidad de reiniciar el día...

III

Tardó mucho tiempo en la ducha. Se puso las botas de goma, el pantalón de siempre y la chaqueta verde. Abrió el diccionario: verbo; la palabra era restar. Ignoró su reflejo. Solo palpó su barba. Como todos los miércoles, no desayunó. Tendió a medias la cama, lamió la crema dental y salió a la calle. Su objetivo era inconcebible: quería matar al hombre menos prescindible del pueblo.

Dedicó toda la mañana a imaginar el crimen, a elegir a la víctima y las circunstancias de su muerte. Apuñaló a dos gallinas para entrenar.

Preparó la daga, el corte correcto... Contaron cuatro incisiones. Sonrió. Mató al sacerdote. Creyó haber asesinado al elemento más imprescindible del pueblo: consumó el exterminio de la fe. Los habitantes se enteraron. Hicieron una fiesta larga y muy alegre, cesaría su pavor por la vida eterna, volvería su politeísmo irracional.

El hombre no se acostó. «Seis hendiduras en vano», pensó.

Estaba insatisfecho, no había sido un delito perfecto. Para tomar mejores decisiones le pidió a Cronos —su dios— que le diera la oportunidad de reiniciar el día...

IV

Se dio un rápido duchazo. Se quedó en medias, en calzoncillos y desabrigado. No abrió el diccionario. Rompió el espejo. Se afeitó. Era miércoles. Desayunó. Lavó las cobijas, extravió el cepillo y no salió a la calle. Su objetivo era inconcebible: quería matar al hombre menos prescindible del pueblo.

Dedicó toda la mañana a imaginar el crimen, a elegir a la víctima y las circunstancias de su muerte. Se amarró los zapatos para entrenar.

Preparó la soga, el nudo correcto... oyeron caer una butaca. Sonrió. Se había suicidado. Creyó haber asesinado al elemento más imprescindible del pueblo: consumó el exterminio de la muerte. Los habitantes se enteraron. Hicieron un velorio largo y bien llorado, la infinitud regresaría, nadie los mataría.

El hombre durmió profundamente. «Tres peticiones en vano», pensó.

Estaba satisfecho, había sido un delito perfecto. No le hizo ninguna otra petición a Cronos —su dios—.

V

La policía resolvió el enigma, pero el victimario se suicidó minutos antes de que lo encontraran. Estaba semidesnudo. Impunes quedaron la muerte de un alcalde, un médico, un sacerdote, dos gallinas y un perro, la destrucción de un maniquí y el robo de unos zapatos de amarrar. ■





Fiestas municipales



SANTIAGO BLANDÓN ESCOBAR
CALI

A mi hermano, quien sin saberlo alimentó mi necesidad de contar, exigiéndome una historia para cada noche.

A mi madre, quien descubrió para mí el maravilloso mundo de las palabras. Con una voluntad inquebrantable, ella me enseñó a descifrar el significado de las letras, a desentrañar el mundo que había detrás de cada página.

A mi padre, el principal responsable de mi adicción a los relatos, no solo porque me regaló mi primer libro de cuentos, sino porque es un gran narrador de historias. El presente cuento se inspiró en una de sus anécdotas. Que lo disfruten.

**Universidad de Cartagena,
Cartagena**

Fiestas municipales

SANTIAGO BLANDÓN ESCOBAR

Por ese entonces un puñado de muchachos, entre diecisiete y veinticinco años, conformamos un grupo de teatro que en pocos meses había resultado increíblemente bueno. Con la obra, *Un gato bajo la lluvia*, viajamos a Filadelfia, Salamina, Pácora, Anserma, Chinchiná; hasta nos presentamos en el teatro Los Fundadores, de Manizales. Aun así, la solicitud del alcalde nos tomó desprevenidos. En una carta nos notificaba su interés para que fuéramos el acto central de las fiestas municipales. Nunca antes habían elegido a alguien del pueblo para esa responsabilidad. Fueron muy enfáticos en que no debíamos desencantarlos. En este momento no entiendo por qué accedimos con tan poco tiempo de anticipación, pero en esa época éramos jóvenes, sentíamos que el mundo nos quedaba pequeño y nos imaginábamos cualquier cosa, menos que todo terminaría en tragedia.

Nos reunimos en la casa cultural que pusieron a nuestra disposición desde ese momento. Todos me miraban con cara de expectativa porque fue a mí a quien se le ocurrió *Un gato bajo la lluvia* y les daba la impresión de que mis ideas eran infalibles.

Pero esta vez era Toño Escobar quien quería proponer. No tuve ninguna objeción, sobre todo porque no se me había ocurrido nada bueno y no podía imaginarme que la idea de Toño nos llevaría al

desastre. Su propuesta estaba inspirada en «Agosto», un grupo de teatro que trabajaba en las calles de Bogotá, sin previo aviso, con puestas en escena que conmocionaban a la multitud porque las presentaban como hechos de la vida real. Después de explicarnos esto, Toño nos expuso su idea. A todos nos pareció tremendamente buena y —aunque ahora me resulte insólito— no hubo nadie que advirtiera el enorme peligro que representaba.

Los ensayos iban desde el amanecer hasta muy entrada la tarde. Estábamos tan emocionados que bien podíamos seguir de largo y pasar la noche en vela, con tal de que nuestro acto central fuera el mejor de todos los tiempos.

Fueron dos semanas extenuantes, pero debo reconocer que también resultaron placenteras: en la casa todos me trataban como si fuera una celebridad, me llevaban el desayuno a la cama, me alcaheteaban cualquier capricho. En la calle no era distinto: los borrachos nos ofrecían ron, las señoras nos saludaban con respeto y las muchachas nos miraban con reserva, pero con una admiración que aumentaba considerablemente cuando nos preguntaban en qué consistiría el acto central y nosotros contestábamos, con un tono de voz que denotaba la seriedad del asunto, que no podíamos revelarlo hasta las fiestas municipales. Quizá el misterio de los preparativos contribuyó a construir el malentendido que originó la tragedia.

El día de las fiestas municipales lo pasé completo con la hermana de Toño. Estuvimos juntos en las competencias infantiles, viendo a los niños correr en patines o hacer maromas en bicicleta. Caminamos con el desfile de bandas marciales y en la tarde ella me acompañó al torneo de fútbol, uno de los más concurridos del año porque teníamos la visita de un equipo de profesionales retirados que se hacía llamar «Las viejas glorias del Once Caldas». Contra

ellos perdimos la final, pero jugué como nunca: la hermana de Toño estaba orgullosa y sonriente, diciéndome que todo era un buen presagio para la obra de esa noche.

Se nos hacía tarde para los últimos preparativos de la comparsa y decidimos tomar un atajo que llamaban el «Camino del Diablo». A esas alturas solo los niños creían que si cruzaban por ahí se les aparecía un duende. Nos tropezamos en pleno monte con un puñado de campesinos encabezados por Millón y Medio, uno de los hombres más ricos y más conservadores del pueblo. En ese momento, quizá por el afán, no nos percatamos de lo peculiar que era aquel grupo reunido en la espesura. Tal vez hubiéramos podido evitar la tragedia si no fuera porque solo teníamos cabeza para pensar en que llegaríamos tarde y Toño nos gritaría. Eran las seis de la tarde.

A las ocho de la noche estábamos listos para salir —cada uno en sus posiciones— cuando el presentador del evento empezó a anunciar el acto central. Habíamos decidido interrumpirlo en ese momento para que todo resultara más genuino. La hermana de Toño, que estaba a mi lado, conservaba la calma en los momentos de mayor tensión. Yo sentía que se me iban a reventar las sienes por la presión de los nervios. Entonces, Toño irrumpió en la plaza pública y gritó con su vozarrón desmedido: «¡Esta es una toma del M19!». Era la señal para que todos saliéramos desde distintos edificios. Estábamos encapuchados y no había ni un solo policía en tres kilómetros a la redonda, porque habíamos establecido complicidad con el comandante en jefe.

Doña Esperanza Arciniegas, quien traía a su nieto en brazos, empezó a mecerlo dramáticamente en frente de nosotros, mientras repetía: «No me hagan nada, miren, tengo un bebé. ¡No me maten!». Comprendí que se nos había ido la mano con el montaje,

pero era demasiado tarde. Jairo Lagañas, uno de nuestros compañeros más resueltos, disparó al aire, con tan mala suerte que la bala se astilló al salir y una de las esquirlas cayó en la frente de don Jesús Escobar. Un hilo de sangre le empapó la cara. En la plaza pública se escuchó un grito de muchas voces: «¡Hirieron a don Chucho, hirieron a don Chucho!».

Un hombre salió corriendo del Cafegán —el principal billar del pueblo—. Desde donde estaba no me costó reconocerlo: era uno de los campesinos reunidos en el monte esa tarde con Millón y Medio. El objeto que empuñaba me resultó más difícil de distinguir, pero por la forma en que lo traía supuse que se trataba de un revólver. Se abrió paso entre la muchedumbre atónita y ni los cómplices secretos de la comparsa, ni nosotros, ni siquiera el mismo Jairo Lagañas pudo moverse del lugar donde estaba sembrado por el terror, pues el campesino corría hacia él con una violencia que impedía cualquier reacción. Confieso que en el momento del disparo no pude evitar cerrar los ojos, pero la explosión del revólver casi me revienta los tímpanos. Levanté la mirada y me costó distinguir cualquier cosa entre la muchedumbre en desbandada, hasta que al fin pude enfocar el lugar donde yacía Jairo Lagañas, pálido y sin capucha, mientras pedía a gritos que le llevaran a su mamá.

Cuando llegué a socorrerlo, lo encontré lívido, desvanecido. No me fijé en la sangre —que me había empapado hasta los pantalones—, ni en el cráter humeante que se abría en su pecho, sino en la expresión de inasible tristeza con la que remató sus últimos minutos. Los cómplices secretos de la comparsa acudieron para aclarar a gritos que todo hacía parte de la puesta en escena.

Era demasiado tarde: Jairo Lagañas había muerto. ■



Polvo (*Ghostwriter*)



JHANS ESPITIA
BOGOTÁ

Muchas palabras, palabras que quedan, palabras que se van. Y lo que es mejor: palabras que se comparten.

La dedicatoria va para Óscar Monroy, quien fue mi maestro en el arte de ver el mundo, para que yo me convirtiera en maestro de otros.

Agradezco a mi Yoba y a mi Chris, que siempre están a mi lado, creyendo.

Janko

Universidad Distrital, Bogotá

Polvo (*Ghostwriter*)

JHANS ESPITIA

A mi profesor, Óscar Monroy, y a David Hockney.

Esta casa me queda grande. Voy hasta el patio a llevar la ropa húmeda, la extiendo en un tiempo relativamente corto. A eso de las diez de la mañana debo sentarme a escribir; regreso a la cocina y pongo el café, vuelvo al patio, termino lo de la ropa; de vuelta a la cocina, saco un pocillo, sirvo el líquido caliente y sorbo un poco (perfecto para el clima de esta ciudad).

Algún día me escaparé de este departamento, algún día lo haré, tengo pensado ir a la costa, es otro clima, aquí es frío siempre, y rutinario, nadie llama a la puerta y aunque la línea de teléfono está activa, este aparato se llena de polvo rápidamente. A decir verdad, yo no llamo a nadie, no me gusta eso de molestar a otras personas.

Camino al estudio, mis zapatos resuenan en toda la casa, alisto una hoja en blanco y saco un esfero, el café reposa sobre la mesa, aún exhalando su vaho (sé que se enfriará, que se desvanecerá en el aire).

No he pasado un trapo a esta mesa, no la he limpiado, todo se llena de polvo en esta casa, la hoja blanca se ha manchado, faltan cinco minutos para las diez de la mañana en mi reloj de pulso; en el de la entrada (ahora lo recuerdo) siguen faltando esos mismos tres minutos para la medianoche... Ese tiempo es eterno. Siempre

voy de paso. Cada vez que miro ese reloj, recuerdo que tengo que mover su péndulo y darle vida; más tarde lo haré.

Ya quedó limpia la mesa, pero voy dos minutos tarde para empezar a escribir, tengo una idea pensada, es clara. Comencé con la frase: «Es un día gris, un día que presagia la muerte».

Observo las letras escritas, me quedo quieto, absorto en ellas. Recuerdo el trapo, voy hasta la cocina, el café está en la estufa, hirviendo, lo sirvo en el pocillo y llego con la resonancia de mis pasos al estudio, limpio este polvo que rodea todo. El café descansa sobre la mesa, sorbo un poco; son las diez y aún no he llevado la ropa húmeda al patio.

La frase escrita me gusta, aunque me parece triste; pienso en los dos personajes de esta historia.

Sorbo café, después de tanto tiempo permanece caliente y eterno. Sobre la mesa escucho ruidos en la cocina. Ella está lavando la loza, lo sé, también sé que preparará el almuerzo. Me gusta pensar qué será esta vez.

Pienso en la blancura del arroz y en el olor de la carne con cebolla y la seca humedad de unas papas saladas. Todos estos olores llegan hasta el estudio, de seguro el alimento ya está listo, de seguro ella acabó, tal vez ya se marchará.

Voy hasta la cocina. El eco de mis pasos me recuerda la soledad. Observo el reloj de la entrada, con una hora perdida en el tiempo. Faltan tres minutos para la madrugada (tengo que mover su péndulo más tarde). Llego a la cocina, el olor a comida lo ha invadido todo. Me acerco a la estufa aún tibia. Sobre ella reposa una olla, miro en su interior, café caliente, saco un pocillo, antes de servir recuerdo limpiarlo. Aquí todo se llena de polvo fácilmente. Me sirvo café y sorbo, debe faltar poco tiempo para las diez, debo sentarme a terminar la historia.

En el estudio se me ocurre una frase, pienso en ella, pero es muy triste. Tengo la seguridad de unos personajes claros. Ellos dos llegan de nuevo, recuerdo el reloj y sé que no le he dado vida.

Discuten muy fuerte. No me atrevo a salir, me quedo quieto con el esfero en el aire, a punto de escribir, miro el pocillo, debo ir por café hasta la cocina.

Mi mano tiembla con el trapo y el pocillo en el aire. Me dirijo hacia la puerta del estudio, tal vez escucharon mis pasos. Ya no hay ruido, pero oigo voces, susurros que se pierden en el aire como el vaho del café. Sorbo un poco. Debo sentarme a escribir, alisto una hoja en blanco, pienso en una frase y, aunque es triste, deseo escribirla.

Los jadeos de ella se escuchan por toda la casa, como mis pasos. La puerta está entreabierta. Cruzo muy rápido, pretendiendo no mirar. Debo sacar la ropa al patio. Al cruzar por la cocina veo que el café está listo. Me sirvo un poco. Deseo probarlo, tengo la sensación de saber a qué sabrá con solo inhalar su vaho.

Ella llegará pronto a preparar el almuerzo. Debo darle espacio, debo dejar la cocina. Me voy hacia el estudio, no sin antes fijarme en el reloj de la entrada. Debo mover su péndulo ahora, lo observo, tiene demasiado polvo, voy por un trapo, regreso al cuarto y limpio la mesa, no he servido café.

Preparo una hoja blanca, miro el clima en la ventana, se me ocurre una frase triste y sé que algún día me iré.

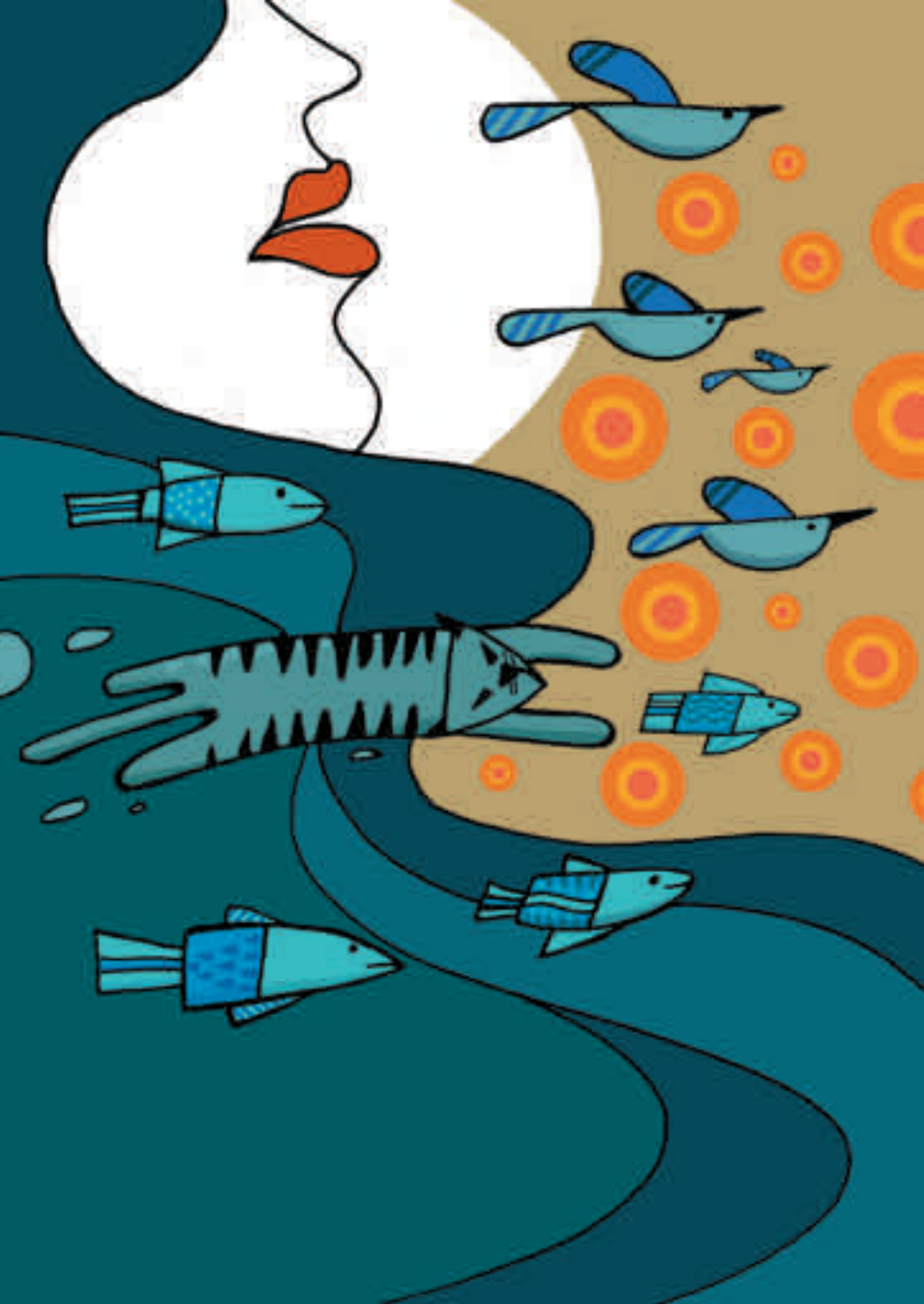
Ellos llegan, los escucho, discuten, él lo hace más fuerte, ella calla, él le reclama, no me atrevo a salir, ella calla, él intenta obligarla, ella calla, miro el vaho en el pocillo, miro el esfero flotando sobre la hoja inmaculada, él la amenaza, ella no quiere nada, solo calla, miro el pocillo; pienso en el clima, es muy frío y el esfero en el aire... Se me ocurre una frase, es muy triste. Quiero arrepentir-

me. Quiero no escribirla, pero ella ha caído al suelo, su golpe es un sonido que se ahoga en toda la casa. Cruzo rápido, la puerta está entreabierta, él salió corriendo y ahora voy despacio, con el trapo en mis manos, llevando el pocillo.

El vaho lo cubre todo, hay un hilo de sangre, una mancha, no quiero ver lo escrito, y el teléfono no sirve, llevo el pocillo y la hora interminable señala mi olvido, faltan tres para las doce ahora.

Por fin me siento a escribir. Saco una hoja blanca, tengo los personajes claros y una frase triste, una frase que presagia la muerte. Aún no he limpiado este polvo, este polvo que ensucia la hoja, que condena mis actos, este polvo de todos estos años. ■





¿Qué tal tu noche, amorcito?



JORGE ALEJANDRO ARBELÁEZ HENAO **SAN VICENTE FERRER**

Nací hace 33 años en un pequeño municipio del Oriente antioqueño llamado San Vicente Ferrer.

Este cuento y este triunfo se los dedico a aquellos que siempre han creído en mí, a pesar de todos los reveses.

**Instituto Tecnológico
de Antioquia, San Vicente Ferrer,
Antioquia**

¿Qué tal tu noche, amorcito?

JORGE ALEJANDRO ARBELÁEZ HENAO

El silbido del viento al entrar apretado por las celosías de la ventana que hay tras de mi cama, me sacó de la infeliz sopa de sueños intranquilos en la que nadaba. La cortina se hinchó con la presencia del aire, que luego de vaciarse fue a amontonarse en el fondo del cuarto.

Por un instante me sentí tranquilo en medio del vacío y el silencio casi absolutos de la noche, solo interrumpidos por los susurros ininteligibles que mi hermano dirigía a su almohada, al otro lado de la habitación. Las sedantes inhalaciones y exhalaciones nocturnas llenaban mi cuarto, excepto un lugar que estaba cerca de mí.

El viento raro que había entrado por la ventana se apilaba ahora a mis pies, sobre mi cama, constituyendo una sombra amorfa y palpitante. La imagen se aclaraba de a poco, al ritmo de la vista que se acostumbra a la oscuridad. Lo primero que pude diferenciar de entre los girones de tiniebla que se deshacían en el aire fue un dorso femenino desnudo, muy delgado; casi podía contar sus vertebras y costillas, pero el sobresalto mudo me lo impedía, la inquietante aparición no era para bromas.

Estaba sentada sobre sus piernas flexionadas, inclinada hacia su izquierda apoyándose en el brazo de ese mismo lado. Era una

mujer, no cabía duda. Su cintura era estrecha y sus caderas anchas. Su piel era pálida y estaba cruzada por moretones alargados que me contagiaron de dolor. Su cabello era una profusa maraña negra, atravesada por mechones descoloridos. Miraba al fondo de la habitación, no podía ver su rostro.

Me costó mucho trabajo arrancar la mirada de su espalda y ponerla en mi hermano, que dormía tan tranquilo, ajeno a lo que sucedía. Volví a fijar mis ojos en ella, ahora parecía triste. Giró levemente su cabeza para observar cómo sus dedos recorrían y acariciaban sus muslos azulados. Su rostro era un delgado perfil entre la profusa maraña capilar y lucía como la flama moribunda de una vela. Yo seguía sin poder ver su cara, estiraba el cuello para tratar de desvelar su identidad, pero solo pude ver que de su maxilar colgaban unas gotas plateadas que luego se precipitaron hasta golpear silenciosamente el muslo que acariciaba. Sentí curiosidad. Pronto me contagió también su tristeza. Estas emociones se habían mezclado con el miedo, contaminándolo. Entonces las oleadas de estremecimiento, ahora tibias, eran algo más tolerables.

Ella se detuvo, los dedos antes suaves, acariciantes, se cerraron en un sólido puño. Su tristeza había cedido espacio a la rabia. El miedo en mí se purificó. Envidié la suerte del gato que dormía en la habitación. Hacía rato había huido, se dio a la fuga en el momento que el lóbrego viento empezara a amontonarse a mis pies. De un tirón terminó de girar, el cabello le reptaba por las sienes y los huesos de la cabeza, toda la melena se movía por su propia voluntad. Clavó en mí sus ojos, si era que quedaba alguno en esas cuencas vacías repletas de las tinieblas más oscuras que jamás vi. No parecía tener boca, y esta solo fue visible cuando mostró una mueca, una tenebrosa sonrisa que me hizo retroceder mientras mi cuerpo se incendiaba con el más feroz entumecimiento.

En un pestañeo estaba sobre mí, atenazaba mis muñecas y mis tobillos con una fuerza brutal y metálica. El contacto con sus carnes era como tocar un vidrio liso. Sus senos escasos me rozaban el pecho, trazando líneas heladas que ardían como arañazos. Sus finos labios se deslizaban por mi cuello, me besaba delgadamente, pero no podía estremecerme, el estupor burbujeaba en todos mis miembros. Solo podía respirar y trataba, con las pocas fuerzas disponibles, de hacerlo lejos de su boca y del infecto aliento que ya me había escarbado la piel del cuello.

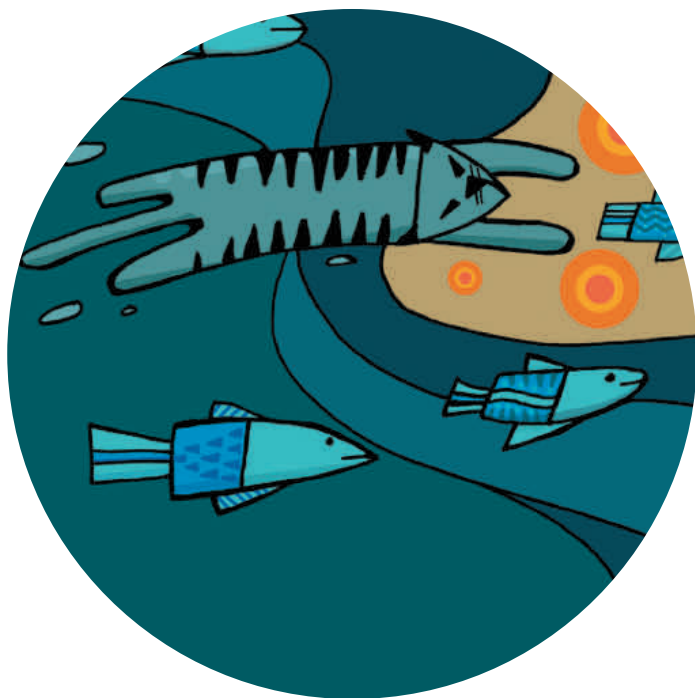
Me sorprendió la claridad durante el aturdimiento provocado por el suceso. El corazón me galopaba rabioso, sentía cómo el pulso me empujaba la piel con un gran volumen. La vista se me aclaraba en oleadas, como una luz intermitente de sístole y diástole. Pensaba en el amanecer. La luz de la mañana tenía ese gran don de sacarnos de cualquier aprieto onírico, pero esto era tan doloroso y compacto que no podía simplemente ser un sueño, o era un sueño en otro nivel, pensé fascinado.

Faltaba mucho para el alba. Ella adivinó mi pensamiento y, con voz como de cristales que se rompen, me susurró que ahora no le importaba el sol, que ese molesto astro andaba muy lejos todavía, lo que le daba tiempo para divertirse un rato más.

Mi hermano dormía como un gatito. Los susurros se habían convertido en ronroneos de satisfacción producidos por un buen sueño. Traté de liberar mi mano derecha para encender una lámpara que estaba sobre la mesa de noche. Fue inútil. De nuevo volví a sentir sus implacables dedos envolver mis muñecas mientras mecía su cabeza en un frío gesto de negación. Cuando volvió a concentrarse en mí, lo intenté otra vez, en esta ocasión con éxito. Golpeé la lámpara justamente en el interruptor. La bombilla se encendió, pero la linterna rodó por la pequeña mesa hasta caer al

suelo sin romperse. Un haz de luz abofeteó su rostro, lo que la hizo volverse. Se incorporó con la furia contenida y mirándome a los ojos me prometió volver. Luego se hizo humo y se escabulló por donde había entrado...

Desperté de un golpe. El sol llevaba media hora alumbrando y calentando la porción de mundo que le tocaba. «Esta cama es más grande», pensé, «y esta habitación también, qué raro». Dejé caer mi cabeza al lado izquierdo, sobre la almohada, y la vi, era mi novia que dormía desnuda dándome la espalda. Era un torso delgado, casi podía contar sus vértebras. Se incorporó, se desperezó y sentada sobre sus piernas flexionadas, inclinada a su izquierda, apoyada en el brazo del mismo lado, mientras acariciaba sus azules muslos me preguntó: «¿Qué tal tu noche, amorcito?». ■





Todos mis amigos están muertos



JUAN FELIPE FORERO PULIDO
BOGOTÁ

Gracias por la algarabía y los discursos, los escenarios y las cámaras, el mérito de ser un ganador por algo que en realidad no es tan especial. Después de todo, es solo un cuento. Un poco más de mil palabras, dos tipos hablando, un título llamativo, un pequeño mundo en una esquina que pasará inadvertido. Solo un cuento por el que nos darán palmaditas en la espalda y la frase: «bien hecho». Es solo otra historia sin leer. Por eso, le dedico este

simple cuento a la única persona que entiende lo que significa para mí. La única persona que cree también que no se trata de un poco más de mil palabras, dos tipos hablando, un título llamativo, un pequeño mundo en una esquina que pasará inadvertido. Esta historia (que, Dios sabe, no es tan buena) y este reconocimiento te lo dedico a ti, Sina.

Universidad Nacional, Bogotá

Todos mis amigos están muertos

JUAN FELIPE FORERO PULIDO

Hay un tipo colgando de un árbol en la plaza principal. La soga que rodea su cuello no está atada con el nudo del ahorcado, pero el amarre improvisado que ha hecho logra mantenerlo un metro alejado del suelo. Después de varias horas de estar ahí colgado, luciendo como un espantapájaros deprimido, me le acerco para ver si quiere ayuda.

—Buenas tardes —le digo, pero él no dice nada, mantiene la cabeza agachada y los párpados cerrados, balanceándose levemente de lado a lado, como si estuviera muerto—. No quiero importunarlo, amigo, solo pasaba para ver si necesitaba ayuda. Puedo traer una escalera y ayudarle a bajar —me ofrezco mientras me quito las gafas y limpio los lentes con mi camisa para que el ahorcado no se sienta tan observado.

—Estoy bien, gracias —responde.

—¿Seguro? Lleva mucho tiempo colgado y le aseguro que no se va a morir, no importa el tiempo que dure ahí.

El tipo abre los ojos y suelta un suspiro.

—Es una pena oír eso —me dice.

—Ese nudo que hizo se ve inexperto, si desea le puedo enseñar a hacer un verdadero nudo de ahorcado.

—¿Su nudo puede matarme?

—No, no puede.

—Entonces no me interesa, gracias.

Asiento con la cabeza y le doy la espalda.

—Oh, no —exclamo en voz alta.

—¿Qué pasa? —pregunta el ahorcado.

—Allá arriba, en la azotea de ese edificio, hay otro recién llegado como usted —le digo.

—¿Va a saltar?

—Sí, va a saltar. Todos los días varios saltan. Incluso viejos residentes. Intentan encontrar una forma de volver a sentir alguna emoción, y qué mayor emoción que saltar de un edificio —le aseguro mirando al extraño recién llegado a lo lejos, en el techo del edificio.

—¿Y funciona? ¿Saltar produce alguna emoción? —interroga el ahorcado a mis espaldas.

—No. Nada lo hace. Por eso vinimos aquí, ¿no? Para huir de las emociones y los conflictos. Pues aquí no podemos sentir nada.

—¿Nada?

—Nada.

Esto es una maldita pesadilla, pero no se lo quiero decir a mi nuevo amigo, el ahorcado. No quiero desalentarlo y darle más ánimos para que siga con sus infructuosos intentos suicidas. No le quiero decir que aquí no puede sentir hambre, ni frío, ni una brizna de calor, ni cansancio, ni sueño. Que aquí no necesita nada. Esto es mucho peor que la muerte o que la vida de la que huimos. Y entonces, el extraño sujeto que está en la azotea salta del edificio. Caer durante un leve segundo por el vacío y se estrella con salvajismo contra el concreto. Finalmente, se levanta, se limpia el polvo que no tiene y mira en todas las direcciones. El pobre infeliz sigue

ahí, de pie, y ni siquiera sabe por qué. Solo se quiere morir, pero no puede. Ya está muerto. Literalmente, muerto.

—Pobre tipo. Se dio cuenta de que no se puede matar —afirma el ahorcado.

—Solo se puede morir una vez —digo mirándolo de reojo.

—Va a hacerlo otra vez —afirma el ahorcado, viendo cómo el extraño vuelve al interior del edificio.

—Quizá vaya a saltar toda la tarde. Varios lo hacen por días. Saltan una y otra vez hasta que se sienten algo estúpidos y empiezan a fingir que tienen una vida, como el resto de nosotros. Cuando yo llegué, todavía se podía ver a Virginia Woolf saltando de los edificios, pero ya no —le comento al ahorcado, mirándolo de nuevo a los ojos.

—¿Virginia Woolf está aquí? —me pregunta.

—Todos los que acabamos con nuestra propia vida estamos aquí, mi amigo. No importa qué tan famosos o importantes sean.

—¿Qué tal Ernest Hemingway?

—Claro.

—Vaya.

—¿Y se le puede pedir un autógrafo?

—No hay papel ni lápiz aquí. En fin, al maestro Hemingway no le gustan los extraños. Solo se junta con otros escritores famosos como Sylvia Plath, Vladimir Mayakovsky, David Foster Wallace.

—¿Quién es David Foster Wallace? —pregunta el ahorcado.

—Un escritor más. Se colgó porque la fenelzina dejó de opacar su depresión. Es un buen tipo cuando no está con su grupo de escritores suicidas, que por cierto, ya no pueden escribir —lo digo como si fuera un chiste, pero el ahorcado no se ríe.

Hay unas cuantas personas esta tarde aquí en la plaza. Permanecen de pie, estáticos o sentados, con sus caras impávidas, pre-

tendiendo no vernos, ya que es demasiado vergonzoso presenciar a esos insistentes y patéticos suicidas colgando de árboles y saltando de edificios. Como si ellos no fuesen iguales a nosotros. Cobardes. No importa si queremos encubrir nuestro miedo con filosofía barata o tras algún código de honor. Los samuráis se quitaban la vida abriéndose el vientre con sus espadas, tomando el control de su muerte antes que perderla a manos de un enemigo o para expiar algún agravante a su código de honor. Y ahora hay un centenar de honrados japoneses enclaustrados en su eterno tedio, atrapados en este inamovible estado de aburrimiento, junto con todos nosotros. Y ahora estamos aquí, extrañando los problemas por los que nos matamos, deseando un poco de necesidad, olvidando cómo se siente la satisfacción de lograr algo, lo que sea.

—¿Qué otra celebridad hay por aquí? —pregunta el ahorcado.

—Todas —le respondo—. Una vez vi a Marilyn Monroe, con su bello rostro y cabello peinado, totalmente desnuda, en plena calle. Mostrando su esbelto y perfecto cuerpo a todo el mundo, con una expresión desesperadamente apagada. Creo que estaba buscando como fuera volver a ser deseada, admirada, amada. Y, la verdad, fue como si un vagabundo repulsivo estuviera exhibiéndose. Nadie quería verla, y todos la ignoraron. Aquí no sentimos lujuria alguna. La belleza de Monroe es tan agradable como basura en el suelo. Su bonito rostro no significa nada para nadie, no despierta nada en nadie. Ella estaba ahí desnuda, y fue tan patético como aquellos idiotas que se cuelgan de los árboles o saltan de los edificios. Quizá lo único verdadero que podemos sentir aquí es vergüenza. Solo eso, una pesada vergüenza de saber que fuimos derrotados, que nos permitimos perder y preferimos cortarnos las muñecas. Esas ansias enfermizas por no sentir vergüenza hacen que la gente invente nuevas razones a su decisión de morir. Y, de

pronto, todos aseguran haber escapado de vidas escabrosas en las que soportaron torturas y abusos. No oirás a nadie aceptar que se suicidó porque no tenía dinero para pagar la hipoteca, porque la bolsa de valores colapsó, porque no encontraba el sentido de vivir o porque se sentía triste. Sonaría estúpido. Es decir, millones de personas sobreviven guerras y terribles desastres y nosotros nos matamos porque nos sentimos solos.

El ahorcado se queda pensando un rato.

—No estoy seguro, pero creo que me maté porque no me gustaba mi trabajo. Espero que no suene tan patético como creo.

—He oído peores —le respondo.

Al menos intenta ser sincero.

Y el ahorcado me dice:

—Venga, ayúdeme a bajar de aquí. ■



4

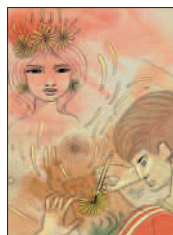
CATEGORÍA

BARRANCABERMEJA

FREDDY ALBERTO GIRALDO

Cuesta abajo

215



FLORIDABLANCA

LEONARDO RAÚL BRITO

Los pétalos, amarillos;

el polen, rojo

209

DOCENTES

BOGOTÁ

ORLANDO MARÍN HERRERA

La muerte me rasguñó

227



POPAYÁN

HELMER HERNÁNDEZ ROSALES

Diálogo de ciegos

221

BOGOTÁ

MARTHA PATRICIA

ARÉVALO PEÑA

Te hago regresar
o me voy contigo

233



Los pétalos, amarillos; el polen, rojo



LEONARDO RAÚL BRITO
FLORIDABLANCA

A mis abuelos, Lilia y Froy, contadores de historias. A mis estudiantes del Conchal, el motivo de estas letras. A Joha, mi lectora. Nací en El Pozo, un caserío de Hatonuevo, en La Guajira. Algazara en las noches: jugar con los primos al escondido, al chuseleco. La familia, contar las estrellas y darle forma a las nubes, era la infancia. Luego la ciudad, Bucaramanga, la UIS. Licenciado en Español y Literatura y maestro en Pedagogía.

Los profesores. Los compañeros y amigos. La lectura.

Un poema enredado en las entrañas. Los concursos y los premios literarios. Me gusta leer y escribir; también el silencio.

**Institución Educativa Vanegas,
Floridablanca, Santander**

Los pétalos, amarillos; el polen, rojo

LEONARDO RAÚL BRITO

La pintura de las paredes empezaba a desaparecer. No había rejas, como acá, pero sí una puerta marrón que nos separaba del patio y de la calle. Éramos veinte. En una mesa nos reunían a cinco. La mayoría del tiempo transcribíamos de unas cartillas a los cuadernos. Me perdía en las letras. Las transformaba en garabatos que nadie entendía.

—Las hojas las colorean de verde; el tronco, marrón; las flores, amarillas; el pasto, verde y los frutos, rojos —recitaba la profesora en la clase de Artística.

Pocas veces la complacía en sus indicaciones. Con el ceño fruncido y un largo suspiro de resignación reprobaba mis dibujos. Yo guardaba silencio y buscaba en el techo los pequeños orificios por los que entraban algunos rayos de luz en el salón. Luego, ya sabía: al rincón.

Allí me perdía en los ojos de Mariana, otra de mis distracciones. Era de quinto grado. Ayudaba a la profesora con los niños más pequeños y conmigo, que estaba en el grupo de los aplazados. Por las tardes solía ir a su casa. En una vieja mesa de madera me leía los cuentos que el profesor de la vereda vecina le dejaba cuando pasa-

ba por El Encanto. Yo le contaba las historias que inventaba cuando me castigaban en el rincón. Ella se reía con mis ocurrencias. Decía que las iba a escribir en un cuaderno. Después me ponía planas para que aprendiera a escribir. Aprendí, pero la profesora nunca lo supo. Me gustaba quedarme en el rincón, perderme por los orificios que invadían de luz el salón y escribir en mi cabeza los cuentos que imaginaba para la niña de los ojos cafés.

—Los pétalos los colorean de amarillo; el polen, rojo; el tallo, verde; la hojita, también verde y las raíces, marrones —insistía la profesora.

Tomé la hoja con la flor para colorear e hice un dibujo al respaldo. Mi flor era blanca y el centro rosado, como las mejillas de Mariana. A su lado estaba un niño con una capa azul, adornada con pájaros volando entre las nubes. En una de sus manos, el niño sostenía una regadera de la que salía un montón de letras que hacían sonreír a la pequeña flor.

Era un regalo para Mariana. Cuando fui a entregárselo, la profesora me detuvo. Me vigilaba desde hacía un rato. Me arrebató el dibujo, rasgando una de las esquinas de la hoja. Le grité que me lo entregara. Lo arrugó hasta volverlo una bola de papel y lo tiró al piso. Me tomó del brazo y me apretó con fuerza, mientras me regañaba por no cumplir con mis deberes. Quise deshacerme de ella lanzándole varias patadas, pero fallé en mis intentos. Me sacó del salón. Entre lágrimas cogí el camino del río y descargué mi rabia tirándole piedras al agua.

Mamá y la profesora decidieron que no volvería a la escuela. «A los burros hay que tenerlos corticos, mientras se acostumbran al peso de la carga», repetía mamá. Quizás esa era la respuesta. Me mandó montaña arriba a trabajar con unos tíos.

La noche antes de partir fui a la casa de Mariana. Entre sus libros guardaba la hoja arrugada con el dibujo. En él ya no estaba la flor. Le dije que era suyo. Un regalo. Los pasos de su madre marcaron nuestra despedida. Un adiós en la oscuridad.

Después de varios años regresé a El Encanto. Pregunté por ella. Según me dijeron, ayudaba al profesor de la vereda vecina. Vivía con él. En la escuela, una nueva profesora se ocupaba de los niños. Las mismas paredes desteñidas. Los orificios en el techo. El rincón, ahora, vacío. ■





Cuesta abajo



FREDDY ALBERTO GIRALDO BARRANCABERMEJA

Cuando escribí el cuento no lo hice pensando en participar en el concurso. Sucedió entonces que mi esposa lo leyó y opinó que era bueno. Me sugirió inscribirlo y aunque yo consideraba que no era un cuento ganador, ella insistió. Y fue justamente ella quien recibió la llamada en la que me anunciaron

que era uno de los ganadores; por supuesto, la frase: «se lo dije», no se hizo esperar.

...Y ya sabemos que a las mujeres les encanta tener la razón.

**Instituto Técnico Industrial,
Barrancabermeja, Santander**

Cuesta abajo

FREDDY ALBERTO GIRALDO

David quiso saltar antes de que la «zorra» detuviera su marcha, pero sabía que recibiría un regaño de su padre. Saludó al perro callejero que husmeaba entre las bolsas de basura sobre la acera. Inmediatamente tuvo que evitar que Arenoso, el caballo que halaba la carreta, introdujera su trompa en las bolsas de basura, lo que agradeció en silencio el famélico can.

Mientras su padre ataba a Arenoso a una señal de tránsito, David le indicaba a Clarita que debía permanecer en la carreta cuidando a Arenoso, tarea que la pequeña, de grandes ojos negros, asumía con orgullo porque, como le había dicho su padre, era el trabajo más importante en el negocio de la familia. Padre e hijo iniciaron el recorrido por la empinada calle.

—¿Puedes darme el dinero que me guardaste?

—Claro, muchacho. Solo recuerda comprar ese pan cuando terminemos de recolectar.

—No es un pan —anotó el pequeño—, es un roscón especial de arequipe. Es el más grande y sabroso de todos los roscones del mundo.

«Es el más grande y sabroso del mundo», pensaba David. Caro alimento que escapaba al presupuesto familiar, porque con el costo de uno solo de esos roscones se podía comprar el pan que la familia consumía en cuatro o cinco desayunos. Pero esta vez era diferente. El pan de sus sueños estaba al alcance después de muchas semanas de ahorro. Cada propina, cada moneda encontrada entre los desechos había sido depositada en el tarro de leche en polvo, ahora convertido en alcancía. Clarita lo acompañaba en ese sueño. Hoy lo harían realidad.

En el almacén de electrodomésticos recogieron tres cajas grandes que habían contenido neveras.

—Nos las llevaremos a la bodega de acopio —susurró el hombre al oído de su hijo.

Esas cajas les servirían para dormir ya que el río se desbordó repentinamente e inundó las humildes viviendas del sector donde vivían. Muy tarde se dieron cuenta de que los viejos colchones de algodón tendidos en el suelo absorbieron demasiada agua y lodo, lo que angustió a los padres, pero animó a los niños a jugar con barcos de papel.

En la ferretería recogieron sobrantes de láminas de madera prensada. Los más grandes servirían para reemplazar algunas tablas deterioradas de las paredes de la casa. El padre pensaba en eso con tristeza. ¿Cuándo sería posible tener una casa construida con material definitivo y no con materiales de desecho? David las imaginaba puestas en el espacio que utilizaban para dormir. Era su «habitación», y junto con Clarita las decorarían con sus propios dibujos. Tendrían paredes nuevas.

Luego de llevar a la carreta los materiales recolectados, fueron a la cafetería donde recogieron bolsas y recipientes plásticos. David observó varios vasos de helados que tenían coloridos motivos infantiles.

—¿Podemos quedarnos con algunos? —preguntó David a su padre cuando se dirigían al lugar donde estaba la carreta—. Necesitamos vasos. Los que tenemos están muy viejos.

Su padre asintió. Molesto, pensó que la basura de los demás era la vajilla de él y de su familia. ¿Por qué tenía que ser así?, se preguntó dirigiendo la mirada al cielo. David observaba con entusiasmo los que serían sus nuevos vasos. Eran más bonitos que los que tenían. Clarita hoy tendría el derecho de escoger primero.

La dueña del almacén de zapatos los llamó y, además de la caja con el reciclaje, les entregó una bolsa que contenía un vestido que ya no usaba su hija, estaba segura de que le quedaría muy bien a la pequeña Clarita. David lo sacó inmediatamente de la bolsa y su padre observó que, aunque usado, conservaba definidos los colores. Era notoria la buena calidad de la tela y de las costuras. Se preguntó si Clarita merecía usar, para esa ocasión, un vestido de esa calidad o el sencillo vestido nuevo que él y su compañera le habían comprado el día anterior. A David le pareció un excelente traje. Por la expresión de Clarita, el padre supo que la niña estaría feliz de usarlo.

Por fin terminaron la recolección en esa calle. David corrió hasta la panadería que quedaba en la parte alta de la cuadra y, sin dejar de mirar el apetecido roscón especial de arequipe, entregó una bolsa de monedas a la empleada, quien sin mucho agrado se dedicó a contarlas. El niño salió del local y, aunque no resistió la tentación de sacar de la bolsa el enorme pan dulce, tuvo que aguantar las ganas de darle un mordisco porque ese primer bocado y la mejor parte del roscón le correspondían a Clarita.

Al tratar de introducirlo de nuevo en la bolsa, el roscón escapó de sus manos y rodó cuesta abajo. David reaccionó inmediatamente. No podía permitir que su bien máspreciado, por el que se

había esforzado tanto, se le escapara o se deteriorara. De alguna manera la rueda de harina descendía en línea recta, directo hacia donde estaba la carreta en la que lo esperaban su padre, Clarita y Arenoso, en una vía transitada por muchos automóviles, rápidos y pesados, automóviles destrozadores de roscones. Eso no lo permitiría. Su padre observaba la escena. Su corazón se entristeció. Sintió rabia, sin saber contra quién. No era justo que su pequeño tuviese que recoger del suelo algo por lo que había trabajado, algo que nadie había arrojado, algo que nadie había desechado, algo que era suyo, solamente suyo.

Por un momento, David levantó la mirada y vio el rígido rostro de su padre. También vio la cara de su hermana. Pudo ver, aunque no oír, sus carcajadas, sus manitas aplaudiendo. La escena era cómica: corría, inclinado hacia adelante, con un brazo extendido, detrás de un delicioso y esquivo roscón. Empezó a divertirse con la situación, pero eso no lo hizo desistir de su propósito y pudo agarrarlo justo antes de que pasara por debajo de la carreta. Jadeante, miró a su padre, quien para entonces sonreía. Miró a Clarita y ahora escuchaba su risa, una risa de cinco años exactos, inocente y sin incisivos. Extendió hacia ella el roscón y, al tiempo que recuperaba el aliento, le dijo: «Feliz cumpleaños». ■



Diálogo de ciegos



HELMER HERNÁNDEZ ROSALES POPAYÁN

Soy docente y escritor. Escribo para restañar heridas, para juntar recuerdos, para exorcizar demonios, para sobrellevar la vida. Procuero que ningún día muera sin haber escrito un párrafo o una línea.

Después de haber participado en todas las convocatorias anteriores, finalmente logré estar en el selecto grupo de ganadores de la octava versión del Concurso Nacional

de Cuento. De modo que este también es un reconocimiento al aprendizaje permanente y a la constancia.

Dedico este cuento ganador a mis hijos Santiago, Nathalie, Helmer y Vladimir, y a mi nieto Mateo.

Institución Educativa Francisco Antonio Rada, Popayán, Cauca

Diálogo de ciegos

HELMER HERNÁNDEZ ROSALES

Junto a la puerta del banco encontré al ciego. Lo saludé y le expliqué, con palabras que no lastimaran su sensibilidad de animal herido por las tinieblas, que la mañana estaba brillante y se anunciaba un día fatigoso. Escuchó agazapado en su sonrisa de muerto y esperó a que yo terminara el saludo para decir que me había estado esperando porque quería hablarme sobre un asunto muy grave. Sonreí, desconcertado, porque nunca había pensado que un ciego pudiera hablar de cosas serias. «Es en serio lo que digo», insistió. Y después de un silencio que debió parecerle un siglo, le respondí que estaba bien, que podíamos hablar, que tenía unos cuantos minutos antes de empezar mi rutina de cajero en el banco. Se animó a decirme que no era el lugar más indicado, necesitaba privacidad. Estuve de acuerdo y le propuse ir a la cafetería de enfrente. Atravesamos una calle silenciosa y sin aroma, como una mujer recién bañada. Algunas personas que esperaban que el banco abriera protestaron. «Solo son un par de minutos», les respondí.

Al bajar el andén le tendí mi mano y noté toda la tensión del mundo acumulada en su brazo izquierdo. La cafetería estaba desierta y una empleada obesa y soñolienta desempolvaba las mesas, aprestándose para la jornada. Pedimos café. Empecé hablando de cualquier cosa y cuando ya estábamos cómodos, el ciego carraspeó

repentinamente y dijo que quería manejar ese asunto con la mayor discreción. Irguió el cuello como una tortuga boca arriba y finalmente habló, salpicando de saliva el mantel anaranjado: «Es de mi mujer que quiero hablarle». Una oleada de calor invadió mi cara. Con voz entrecortada, me dijo: «Ella tiene un amante». Enseguida metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Las manos y los pies se me crisparon. Eché el cuerpo para atrás porque creí que el ciego iba a sacar un revólver para asesinarme. Pero no, él mantenía la calma, seguramente tenía ojeras que las gafas negras no dejaban ver, aunque mostraba el sosiego de quien ha digerido largamente su amargura. «No puede ser», dije balbuceando.

Unas lágrimas asomaron por debajo de sus gafas de búho desolado. Agregué, estúpidamente: «No creo que ella sea capaz de algo así». No me prestó atención. Sacó un pañuelo amarillento y ajado, lo pasó por la cara e insistió: «Tengo pruebas». Me habló de algunos cambios inexplicables en el comportamiento de ella. Yo lo escuchaba sin descuidar el movimiento de sus manos. El aire me pesaba como una tonelada de plomo en los pulmones. Repentinamente, escupió hacia un costado y dijo algo que cambió la perspectiva de las cosas: «Solo me hace falta averiguar quién es el desgraciado que se acuesta con ella». Terminó la frase y siguió sollozando. Se quitó las gafas para secarse las lágrimas y pude ver el extraño paisaje de sus ojos sin destello, como extraviados en un desierto de sombras. Absurdamente me sentí intranquilo. Las moscas revoloteaban encima de mi cabeza, como si acecharan un cadáver. «Ayúdeme a averiguarlo», me pidió. La voz se le quebró y empezó a lloriquear nuevamente. «Es un asunto complicado», respondí. Le expliqué que lo más conveniente era que él y su mujer hablaran para aclarar las cosas. «Es cierto», reflexionó, «pero de todas maneras, necesito saberlo».

Miré el reloj. Aún me quedaban dos minutos. «Debe tener algún indicio», le sugerí sintiéndome feliz de que no pudiera verme la cara pálida. «Así es, el tipo usa una colonia muy parecida a la suya», dijo al tiempo que metió la mano en el bolsillo del pantalón. Esta vez sacó un revólver. Sentí la misma zozobra de antes. Pensé que quizás el ciego estaba usando conmigo una depurada estrategia de destrucción y simplemente estaba tomándose un tiempo para ejecutar su maniobra perversa. Sentí rabia. No estaba dispuesto a entrar en su juego de misterios y de verdades a medias. ¿Quién era él para amedrentarme de esa manera? Estuve dispuesto a corroborar sus sospechas y a asumir las consecuencias. De pronto, pregunté: «¿Y ella, qué ha dicho?».

Se detuvo en seco. Las lágrimas volvieron a aparecer por debajo de las gafas oscuras. «Algo absurdo... Por eso quiero saber quién es de verdad el desgraciado». Una mujer y dos niños se acomodaron en una mesa cercana. Agradecí al cielo y le dije: «Hay niños aquí, por favor, guarde el arma». El ciego obedeció. Agregué dos o tres frases que no recuerdo. Estaba en silencio, como a la espera de una sentencia. «Haré lo posible», dije y le apreté el brazo, en señal de compromiso. «Hora de irnos», agregué, y me puse en pie. «Me quedo un rato más», me respondió. Me despedí y salí. Por un instante pensé que iba a dispararme por la espalda. Al abrirme paso entre las personas que se aglomeraban a la entrada del banco percibí que un hombre joven que hacía fila exhalaba el mismo olor a colonia de la que había hablado el ciego. Lo miré por un momento. Pareció sonreír. En ese instante sentí como si alguien me hubiera eximido de una culpa terrible. Un segundo después, el ruido seco de un disparo que provenía de la cafetería enmudeció los murmullos de la gente. ■





La muerte me rasguñó



ORLANDO MARÍN HERRERA
BOGOTÁ

Soy de la década del sesenta. Modelo para armar, como diría Julio Cortázar. Profesor del Colegio Campestre Monteverde, en Bogotá. La literatura es mi vida en tanto que desde ella vivo de la misma manera que lo hizo don Quijote de la Mancha. Tengo mi ínsula en mi cerebro y desde ella invento mi existencia.

Centro Educativo Plan Padrinos
San Luis, Bogotá

La muerte me rasguñó

ORLANDO MARÍN HERRERA

Como le venía contando, parece, lo que más me gusta de ese barrio es la tarde, sobre todo las tres y treinta. Extraño, ¿cierto? A esa hora baja de la montaña una neblina lo más de bonita, y entonces a uno le dan ganas de imaginar que está en Londres. Me asomaba a la ventana de mi casa y veía como esa leche en polvo que resbalaba del páramo. Luego me estiraba y veía allá, al fondo, toda la ciudad de Bogotá.

Para ese entonces estudiaba en el colegio Mauricio Babilonia, solo que iba pocas veces, para qué, aprendía más afuera que adentro. A mí me gustaba ir cuando había rumba. Eso sí, la pasaba del putas. Nadie se metía conmigo. El caso es que soy muy hombre y nadie me la monta, ni mi mamá ni mi papá, él ni siquiera vive con nosotros. Aquí donde me ve, pequeño, flaco y todo lo que usted quiera, soy bravo para la pelea y para las que sea. Claro que no piense que soy camorrero; a mí, si me dejan quieto, quieto me quedo.

Bueno, mi perrito, después le sigo hablando de estos temas. Lo que me interesa ahora es hablarle del barrio. Como a las cuatro de la tarde las calles son apacibles, apenas se siente el susurrar del viento o el lejano latir de un perro. Todo parecía bien. Miraba

por la ventana y me encontraba con un cielo azul, como si el mar habitara arriba. Daban ganas de inventarse un velero y surcar sin miedo la inmensidad del infinito, hasta perderse en lo más profundo del universo. Y así iba pensando que vivía con mi mamá y con mi hermanita en una casa propia. Eso le decía yo a mi madre: «Te voy a comprar una casa, viejita». «Más bien póngase a estudiar», respondía ella mientras planchaba los uniformes que yo no utilizaría, «estudie para que sea alguien en la vida. ¿Acaso no ve cómo me toca trabajar a mí?».

Cómo no. Volvía a mirar las calles largas y curvas que ascendían por todo el cerro. Cómo me gustaba el olor de la gasolina que se mezclaba poquito a poco con el de los eucaliptos. Me hacía pensar en el peligro. Me daba una emoción que se parecía al miedo, aquí, en el estómago, y esas ganas que se apretaban en mis manos de tantas ganas de salir a aventurar. Pero no salía, me encantaba estar en la casa, ver a mi mami planchar y a mi hermanita hacer figuras en origami en unas hojas de papel muy blanco. Esperaba hasta la noche y me iba a eso de las ocho, porque esa hora es la puerta al suspenso. En la distancia no se distinguen los rostros, allí afuera, en cada calle y en cada camino, existe la posibilidad de un encuentro fortuito con la muerte o con la vida, nunca se sabe.

Cuando llovía era mejor, tenía una sensación de tranquilidad, un sosiego que se parecía al sueño, una cálida tibieza en el hogar. Escuchaba el suave susurro de las gotas de lluvia en el tejado, las gotas que resbalaban aprisa por la ventana, las gotas que se filtraban por entre los diez o veinte orificios del techo, las gotas en las cacerolas para que no se hiciera un charco en mitad de la cocina. Así era siempre. No era un dolor de cabeza. Importaba la lluvia, su suave ronroneo, su refinada cadencia, esa vida abriéndose camino por las vías del barrio hasta ser arroyuelos. Usted me dirá que si

acaso es que soy poeta. Sencillo: iba una vez a la semana al colegio, en la tarde, porque estudiaba en la tarde, pero en la mañana hacía algo que aprendí desde niño, leía. Extraño, ¿cierto? Así es la vida. Me aburría hacer tareas, en cambio me gustaba leer para mí, no quería leerle a nadie, solo leer. Y leía de todo, desde *Condorito* y *Mafalda* hasta los libros de Fernando Vallejo. Cómo me gustó *La virgen de los sicarios*. Claro que no conseguía los textos en las librerías; a veces compraba algunos en las casetas del centro, a veces me los prestaban y a veces me los robaba de la biblioteca del colegio. Salía de la casa a eso de las ocho, iba por las calles y respiraba un buen rato ese aire limpio que baja de la montaña. Me sentía lo más de bien, con ganas de hacer vida, de hacer historia, de hacer patria. No sabía lo que me esperaba...

Pero hombre, parcerito, deje el afán. Usted tiene cuarenta años y yo diecisiete, a mí me quedan aquí seis meses, a usted ocho. ¿Cuál es la prisa? ¿Por qué no les hizo caso a su mamá y a su papá? ¿Alguien le prohibió que aprendiera a leer y a escribir?... Bueno, no se alebreste, le voy a resumir la historia que le he contado tantas veces, pero aprenda a leer, con eso se divierte un buen rato por las noches, que buena falta le hace. Póngase a estudiar aquí, saque la primaria adelante. Por mi parte, ya se lo he dicho, voy a ser abogado. Que le quede claro que quiero es hablarle de mi barrio.

Sin saber cómo, el camino me condujo finalmente hasta el club Mi bohío. Sabía que algo iba a ocurrir, lo presentía. Entré y al primero que vi fue al Gato, el ex novio de Claudia. Me la tenía sentenciada, me lo habían dicho mis amigos y por eso siempre buscaba la forma de evadirlo. Se acercó y me dijo que por qué era tan alevoso, que por qué era tan picado, que era un hijueputa. Pude aceptarle todo, menos que tratara mal a mi mamá, con mi madrecita nadie se mete, así que usé el puñal una sola vez, hasta el fondo, y desde

el fondo de sus ojos vi su desesperación, vi cómo se le iba yendo la vida. Apenas decía «no me mate, seamos amigos, quédese con Claudia». Después fue la Policía, la cárcel, mi mamá llorando...

Hombre, ya sé que le gustan los detalles, pero no me agrada para nada saber que soy un joven asesino, así que por ahora no voy a profundizar en el tema. Lo quiero olvidar, hacer como si nada hubiera pasado. Estoy vivo, solo quiero pensar que la muerte me rasguñó, no más.

Le seguiré hablando de mi barrio. A las cinco de la mañana me despertaba, pero no a trabajar, me despertaba del frío. Es que desde mucho antes empieza a bajar del cerro un chiflón que va envolviendo despacio todo el barrio y cuando uno se toca la punta de la nariz parece un trozo de hielo, así que lo mejor es irse metiendo dentro de la cama, dejar apenas por fuera las fosas nasales y sentir entonces la tibieza del amanecer. A esa hora allá los únicos felices son los frailejones.

¿Los conoce? ¿No? Bueno, el frailejón es una planta que puede tener uno o dos metros de altura, sus hojas son gruesas, anchas, y lo más bonito de todo es que son aterciopeladas, están hechas para vivir en el frío del páramo. Antes iba mucho por esos lares con mis amigos, ahora no. Ahora tengo que esperar unos buenos días. A las cinco de la mañana hago un ovillo con mi cuerpo y dejo que el día fluya. Afuera se escuchan los pasos de las señoras que salen a trabajar, los autos, los pájaros, los gallos, los perros y a veces los gatos, y espero el tinto que mi hermanita está preparando. Ella sí madruga juiciosa a estudiar. Pero le insisto, lo que más me gusta de mi barrio son las tres y treinta de la tarde... Hombre, parcerito, déjeme hablarle del barrio, que hablarle del barrio es como hablarle de mi libertad. ■



Te hago regresar o me voy contigo



MARTHA PATRICIA ARÉVALO PEÑA
BOGOTÁ

«Te hago regresar o me voy contigo», más que un cuento, ha sido el pretexto perfecto para empezar a escribir y entender que nació para esto. Espero que quienes lo lean perciban lo mismo y que por nada del mundo, tal y como decía Cortázar: «Actúe la ley de la gravedad y el libro se caiga de sus manos».

Dedico este cuento a Dios, fuente de mi inspiración; a mi esposo Rodrigo, por su apoyo incondicional y por alegrar mi vida, y a mis hijos Sofi y Santi, por enseñarme la belleza del amor verdadero y darme motivos cada día para sonreír.

**Fundación Universitaria Ciencias
de la Salud, Bogotá**

Te hago regresar o me voy contigo

MARTHA PATRICIA ARÉVALO PEÑA

Toc, toc.

—¿Quién es? —preguntó Carmen.

—Yo, Gerónimo.

—¿En verdad eres tú, Gero?

—Sí, Carmen, ábreme la puerta que está lloviendo.

—Entonces, dime la contraseña.

—¿Cuál contraseña?, no hay ninguna contraseña.

—¿La olvidaste, cierto? Entonces contéstame, ¿de qué edad murió mi bisabuela?

—Carmen, otra vez lo mismo... Doña Esther falleció el día que cumplía noventa y nueve años.

Una y otra vez se repetía la historia. Carmen tenía momentos de mucha lucidez, eran pocos, pero suficientes para creer que no debía rendirme. No había muchas palabras, pero sí una mirada que pedía a gritos: ¡No me dejes, te necesito! Luego, otra vez, viajes a lugares desconocidos en los que imaginaba historias improbables, conocía personajes quiméricos, y yo intentando traerla de regreso a este mundo que tanto desconcierto le producía. Era evidente que ella prefería quedarse donde estaba. Yo temía perderla, que no regresara nunca, por eso luchaba incansablemente para que volviera.

Conocí a Carmen cuando yo tenía dieciséis años y ella quince. Desde el día en que la vi supe que quería compartir el resto de mi vida con ella. Hoy, después de veintiséis años, ocho meses y quince días juntos sé que no será por el resto de mi vida, sino por el resto de la suya, ya que cada día el pronóstico empeora. Vivo para ella. Mi vida ya no es mía; he renunciado a todos mis sueños, que al final no eran solo míos, pues los construimos los dos. Cuando duerme, la miro casi sin parpadear, quisiera creer que despertará y que todo habrá vuelto a la normalidad. A veces quisiera despertarme yo y pensar que todo fue un mal sueño, que ahí está Carmen, mi bella Carmen.

Ya casi cumplía cuarenta y dos años y parecía que ella lo había olvidado. Yo siempre intentaba que por lo menos el día de su cumpleaños fuera especial, que lograra por unos instantes sentirse el ser más importante y amado, siempre con la esperanza de que esa explosión de sentimientos lograra subir a su cabeza y hacer las conexiones en el cerebro que le permitieran recordarlo todo y empezar de nuevo.

Esa mañana, sus ojos tenían un brillo alucinante, su rostro irradiaba tranquilidad y sonreía con tal espontaneidad que yo estaba perplejo. Estábamos sentados a la mesa, desayunando, como de costumbre. Carmen se levantó de la silla y me hizo un gesto para que yo también lo hiciera. Apretó fuerte mis manos y me dio un beso profundo, un beso que aún puedo sentir en mis labios, y susurró: «Sígueme, mi amor». Sus palabras fueron tan convincentes que sin pensarlo entré en su mundo y por primera vez me sentí libre. Veía lo que ella veía, oía lo que ella oía y sentía lo que ella sentía. En ningún momento soltó mi mano, era ella quien guiaba mis pasos y me conducía por bellos caminos.

Dentro de mí, algo me empujaba a regresar, como siempre lo hacía. Carmen debía regresar. Esta vez estábamos juntos y no había temor, no había dudas, podíamos quedarnos ahí para siempre. Carmen no paraba de hablar y aquellos relatos que antes me parecían extraños e inimaginables cobraban vida ante mis ojos. Nos acercamos a un arroyo por el que corría el agua más cristalina que alguien hubiera visto jamás.

—Llegó el momento —me dijo Carmen.

—¿De qué momento hablas? —le pregunté.

—Debo despedirme —me contestó—, hasta aquí me acompañaste, debo continuar sola.

No entendía lo que Carmen decía. Pensé que nuevamente la estaba perdiendo. Esta vez era diferente, ella era diferente, sus palabras eran diferentes. Empezó a soltar mi mano lentamente y ya no la veía tan definida. Le rogué que me llevara con ella. Sonrió, limpió mis lágrimas y empezó a alejarse.

La tuve otra vez frente a mí. Ella aún no regresaba, sus ojos estaban perdidos en la inmensidad. Era la misma Carmen del día anterior, no se había ido. En lo que quedó del día, solo me miraba. No pronunció ni una palabra más. Su mirada era cómplice, como si guardáramos un secreto que nadie podía saber. Yo solo agradecía poderla tener aún conmigo.

A la mañana siguiente, estando aún en mi cama, estiré la mano para coger la cabeza de Carmen. No estaba. Me levanté, la busqué en el baño, en la cocina y en el jardín. No había rastro de ella. Entré en pánico, pensé que había salido a la calle, desde que le diagnosticaron esa extraña enfermedad, hace más de cinco años, no sale sola. Sin embargo, la puerta estaba cerrada con doble llave, tal y como yo la dejo todas las noches, antes de ir a dormir. Respiré profundo, intenté tranquilizarme y volví a mi habitación.

Sonó el teléfono.

—Abre la puerta, estoy frente a tu casa, he timbrado muchas veces y pensé que no había nadie —dijo una voz familiar.

—¿Quién habla? —pregunté.

—Soy yo, Gilma, tu mamá.

—¿En verdad eres tú?

—Sí, hijito, estaba muy preocupada, ¿estás bien?

—Pues si realmente eres tú, dime la contraseña.

—Hijo, ¿de qué hablas?, ¿cuál contraseña?

—La olvidaste otra vez, ¿verdad? Entonces contéstame, ¿hace cuánto murió Carmen, mi bella Carmen? ■



Acta del jurado

OCTAVO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

Los integrantes del jurado de la octava edición del Concurso Nacional de Cuento RCN- Ministerio de Educación Nacional recibimos cada uno 105 cuentos finalistas que llegaron hasta esta etapa de la selección a partir de un grupo de 28215 relatos que fueron evaluados en tres instancias previas. De estos 105 cuentos surgieron los 35 ganadores de las 4 categorías: estudiantes de educación básica, media y superior (10 por categoría) y docentes (5).

En la primera categoría abundan la construcción de realidades fantasmagóricas, los relatos futuristas y las fábulas tradicionales. Encontramos una buena dosis de temas como la naturaleza, los animales y se destaca la presencia de personajes que enfrentan circunstancias extraordinarias. A pesar de la corta edad de los estudiantes de esta categoría sobresalen allí narraciones sobre el mundo realista en el cual los pequeños se mueven.

En la segunda categoría aparecen la soledad, el miedo, la violencia, el amor y la locura. Una gran dosis de crítica, de imaginación y más bien poca ternura. La manera de ver el mundo se torna un poco oscura, con la presencia de tragedias cotidianas y males de nuestra sociedad.

En la tercera categoría llama la atención el interés de varios jóvenes escritores por las más diversas psicopatías, como si consideraran la literatura una vía natural de expresión de las enfermedades del alma. Otros temas recurrentes son las relaciones humanas, el amor, la muerte, el suicidio, la incomprensión y los sueños. La ternura y el humor tienen mayor presencia. Los talentosos jóvenes escritores de estos cuentos demuestran originalidad, imaginación y muy buena técnica para manejar el suspenso.

En la cuarta categoría encontramos relatos bien redactados que tienden a reflejar las contradicciones del mundo contemporáneo: la guerra, la pobreza, la violencia y la desigualdad. El misterio y la melancolía se hacen presentes en historias construidas con gran fuerza.

Muchos de estos relatos representan el deseo de dar testimonio escrito del conflicto colombiano en el mundo rural. Todos son cuentos construidos con imaginación, creatividad, pasión e historias vividas que reflejan la sensibilidad y visión de jóvenes que narran con mucho acierto lo que sienten, imaginan y viven. ■

OCTAVO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO



CUENTOS
GANADORES
2014